This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

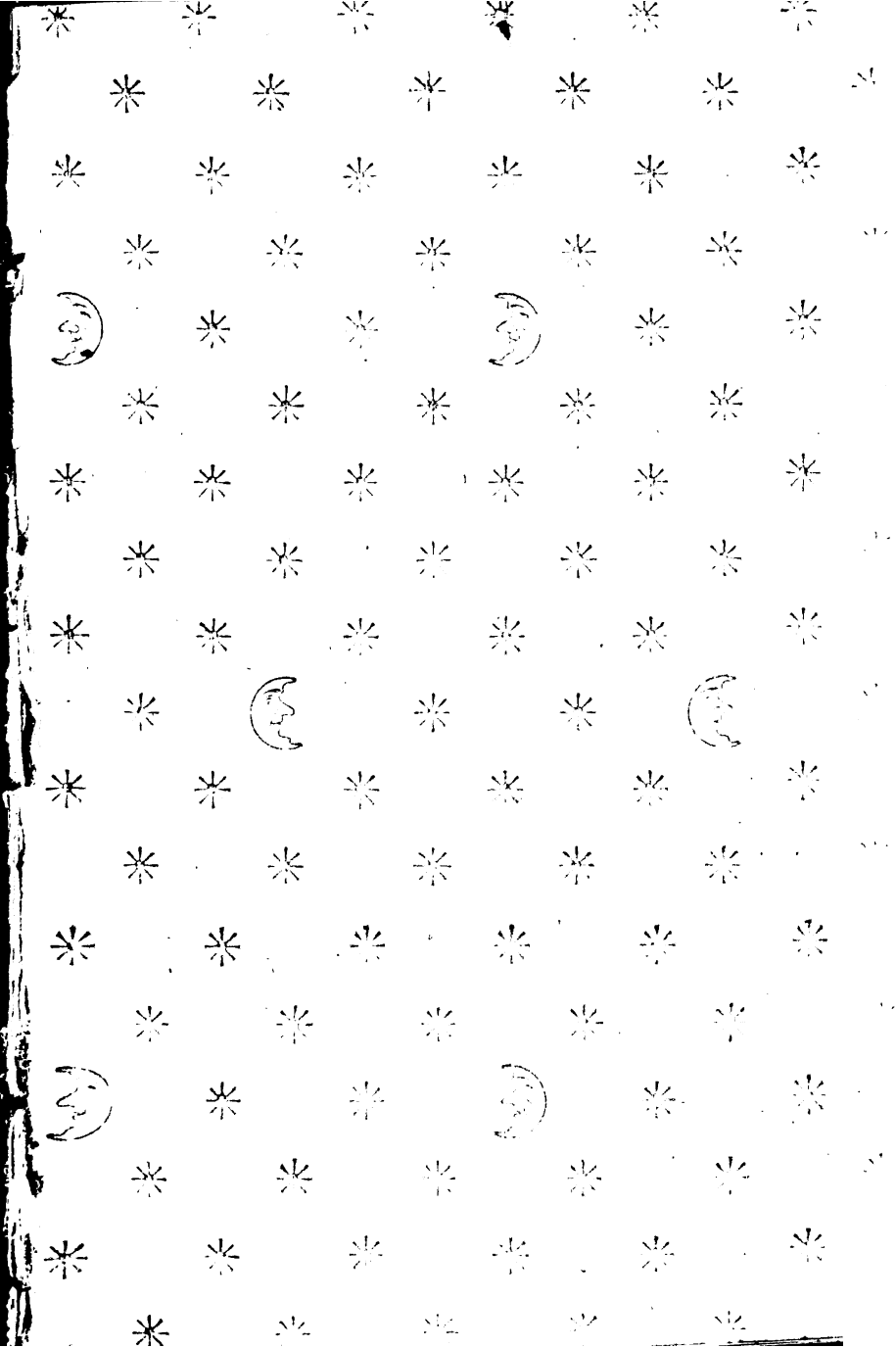
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 299 999

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



# LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUAREZ

Preciados, 48.—MADRID

## OBRAS DE DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÈS

Constituye esta numerosa colección una verdadera biblioteca de ...ación moral y recreativa á la vez para la mujer española en ...os los varios aspectos de la inteligencia, del corazón y de la vida femenina.

Campea en ellas el interés que despierta la atención simpática tanto como los graves pensamientos que mueven el ánimo al recogimiento discreto y á las acciones nobles, y su inspiración es tan pura, su expresión tan hermosa y tan delicado su arte, que parecen como un luminoso reflejo del alma heróica y buena de nuestra mujer, por mujer de ninguna otra raza superada.

Son obras, en una palabra, verdaderamente bienhechoras, y que se recomiendan por sí solas.

He aquí sus títulos y precios:

**Abuela** (La).—Narración. Segunda edición. Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

**A la luz de una lámpara.**—Colección de cuentos morales (obra de texto), 1 peseta. Contiene: El vestido de baile. — Las dos amigas.—El carpintero.—Los premios.—La presumida. — Los dos rosales.

**Alma enferma** (El).—Novela original Tercera edición. Dos tomos, 7 pesetas.

**Contiene**: Días de sol.—Tempestades.—Aurora de consuelo.

**Amor y llanto.**—Colección de leyendas históricas originales. Tercera edición, 4 pesetas.

Comprende: La corona de sangre.—La diadema de perlas. —Luz de luna.—La Princesa de los Caspios.—La hermana de Velázquez.

**Angel del hogar** (El).—Estudio. Séptima edición. Dos tomos, 7 pesetas.

Entre otras muchísimas cosas de sumo interés para la mujer, contiene: Primera edad de la mujer.—De la mujer en su juventud y ancianidad.—Una madre joven.—Nacimiento. — Desgracia. — De lo necesario que es estudiar la índole de las niñas

para dirigirlas con acierto. — La adolescencia. — Los amores de Rosa.—Diario de Magdalena.— La Caridad y el socialismo.—El avaro.— Astucia generosa.—Consejos. — Mistriss Simpson y su hija.—Carácter de Alicia.— La dama de gran tono.— Pensamientos maternales.— La mujer sin corazón.—Un casamiento sin amor.—Una casita pobre. — Remordimiento.—Dos bienaventurados.—El perdón.—Las dos amigas, felicidad doméstica. —La felicidad.

**Angeles de la Tierra** (Los). 4 pesetas.

Contiene. A la sombra de un tilo.—Sofía.

**Combates de la vida.** — 4 pesetas.

Contiene: Una hija del siglo.— Mecerse en las nubes.

**Cómo aman las mujeres.**— 3,50 pesetas.

Contiene: La virgen de las lilas. —El Angel de los tristes.

**Dama elegante** (La).—Manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico. Quinta edición, corregida cuidadosamente por la autora, 3 pesetas.

**Damas galantes.**—Historias de amor, 3 pesetas.

Contiene: Inés Sorel.—F. de Foix.—Ana de Pissolen.— D. de Poitiers.—María Touchet.—Gabriela de Estrees.

**Dos madres para una hija.** —Fanny Kendal. (Antes se tituló *El lazo roto.*)—(Arreglo del francés.) 1,50 ptas.

**Dramas de familia.**—Dos tomos, 7,50 pesetas.

Contiene: Primera serie. Una vida sin mancha. El último amor.—Amor de madre, 4 pesetas.

Segunda serie. Celeste. — El almohadón de rosas, 3,50 pesetas.

**Fausta Sorel.**—Novela original, precedida de un prólogo de J. M. de Losada. Dos tomos en 8.°, 8 pesetas.

Esta novela, que es una de las mejores de su autora, no la propagó por contener pasajes análogos á los ocurridos á la autora.

**Hija, esposa y madre.**— Cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad. Cuarta edición, con un apéndice titulado *Hermana*, que antes se titulaba *El camino de la dicha*. Dos tomos, 8 pesetas.

**Isabel.**—Estudio del natural, que encierra mucho interés. 3,50 pesetas. (Antes se tituló *A río revuelto.*)

**Ley de Dios** (La).—Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Séptima edición, corregida por la autora é ilustrada con diez láminas nuevas, hechas expresamente para esta edicion, 1,50 pesetas (obra de texto).

**Locuras humanas.**—Veladas de familia (arreglo del francés), 4 pesetas.

**Luz y sombra.**— Leyendas originales. Dos tomos, 8 pesetas.

Contiene: Santa Adelaida, Emperatriz de Alemania.—Julia Leonor de Lespinasse.—Ana María de Nesle.— María de Rabutin Chantal, Marquesa de Sevigné.

**Morir sola.**—Con el retrato de la autora, 6 pesetas.

Contiene: Infamia hereditaria. —El suplicio de un hombre honrado. — El vengador de su padre.— La sombra de Barrientos.

**Mujer en nuestros días** (La).—Obra dedicada á las madres y á las hijas de familia, 2 pesetas.

**Mujeres ilustres** — Narraciones histórico-biográficas. Tres tomos, 6 pesetas.

Contienen: Tomo I. María Estuardo. —Santa Teresa de Jesús, 2 pesetas.

Tomo II. Catalina Gabrielli.—Agripina, Princesa romana. —Blanca Capelo, Reina de Chipre y gran Duquesa de Toscana, 2 pesetas.

Tomo III. María Josefa Tascher de la Pagiere. — Juana de Arco. — Luisa Maximiliana de Stolberg, Princesa Estuardo y Condesa de Albany, 2 pesetas.

**Narraciones del hogar.**—Dos tomos, 7 pesetas.

Contiene: Primera serie. El lazo de flores.—La rama de sándalo, 4 pesetas.

Segunda serie. La copa del Obispo. — El amor de los amores. — Cruz de paja y cruz de plomo.—Martirio sin gloria.—El cáncer del siglo, 3 pesetas. (Antes *Cuentos de color de cielo.*)

**Novelas cortas.** — 3 pesetas.

Contiene: El tesoro de la casa. —Filipina.—La corona nupcial.—Modestia y vanidad. —La maestra de escuela.

**Páginas del corazón.**—4 pesetas.

Contiene: Mariana. — No hay deuda que no se pague.—La sortija.

**Plácida y un drama de familia.**—Novela original, 3 pesetas.

**Premio y castigo** y **Lasalas de Icaro.** — Novelas originales en un solo volumen. En 8.°, 4 pesetas.

Contiene la 1.ª La casa blanca y la casa verde.—La dama del gran mundo.—El martirio.—Conclusión.—Víctor y Lucía.—La 2.ª Las Alas de Icaro.

**Rosa y Flor de oro.** — Novelas originales. Nueva edición; las dos en un solo tomo, 2 pesetas.

**Senda de la gloria** (La).—Novela original. Segunda edición aumentada, 4 pesetas.

**Sol de invierno** (El).—Novela original. Segunda edición corregida cuidadosamente por la autora, 4 ptas.

Contiene: Mundeta.—El alma herida.—Adolescencia.—La dicha de la tierra.—Gaspar. —Celia.

**Tres genios femeninos.**—Leyendas originales, 4 ptas.

Contiene: Cristina, Reina de Suecia.—Doña Isabel de Farnesio, Princesa de Parma y Reina de España.—Condesa de Genlis.

**Una herencia trágica.**—Narracion, 4 pesetas.

**Un libro para las damas.**—Estudios acerca de la educación de la mujer. Cuarta edición, 3 pesetas.

**Un libro para las jóvenes.** —Estudio social, 4 pesetas.

Contiene: Correspondencia de dos hermanas. — Diario de una joven pobre.—Pedro y Camila.

**Un libro para las madres.** —Segunda edición, 3.50 ps.
Contiene: La dicha de la tierra. —Elena.—La vida real.

**Un nido de palomas.**—3 pesetas.
Entre otras cosas contiene: Una comida de hombres solos.—La ramilletera.—La ópera. —Páginas del corazón.—Lazos rotos.—El duelo.—Caridad.—Un nido de palomas. —La velada.—La autora á sus lectores.—La niña sin padre. — Felicidad. — Las bodas.

**Verdades dulces y amargas.**—Páginas para la mujer. Segunda edición, 3,50 pesetas.

**Vida íntima** (La).—Correspondencia de las familias del gran mundo.—En la culpa va el castigo. Tercera edición, 4 pesetas.

**Vida real** (La).—Alegrías y tristezas de una familia (estudio social), antes *Cartas á un solterón*, 4 pesetas.

Agotadas, que se imprimirán:
**Album de mis recuerdos.** —**Dos venganzas.**—**Flores del alma.**—**Palmas y flores**, y otras.

**Los precios marcados son para Madrid y á la rústica.**

# ROSA

Y

# FLOR DE ORO

# ROSA

Y

# FLOR DE ORO

NOVELAS ORIGINALES

DE

MARIA DEL PILAR SINUES

---

NUEVA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1907

PRESERVATION
COPY ADDED
M/F 7-19-90

ES PROPIEDAD

J. C. CEBRIAN

MADRID: 1907.—Est. tip. de la Viuda é hijos de M. Tello,
*Carrera de San Francisco, 4.*

# DEDICATORIA

**A los Sres. D. Pedro Sinués y Yoldi y Doña Flora Navarro de Sinués.**

*Cuando, viviendo á la dulce sombra de vuestro amparo, escribí este pequeño libro, tomé por tipo, para retratar la virtud, lo más santo y digno que conocía: acordándome de tí, querido padre mío, pinté al* Doctor Álvarez; *y con el pensamiento fijo en el inmenso amor que tus hijos te debemos, buena y amada madre mía, pude crear cuanto de tierno y generoso se descubre, aunque á través de sus errores, en el corazón de la* Marquesa de Olmedo.

*Dejad, pues, que al frente de* Rosa *vayan unidos vuestros queridos nombres al de vuestra amante hija,*

María del Pilar Sinués.

Madrid 30 de Enero de 1857.

339901

# ROSA

# I

## LA CALLE DE SAN ESTEBAN

Cualquiera que haya recorrido la antigua ciudad de Burgos, habrá experimentado un sentimiento de tristeza al cruzar sus barrios.

La ciudad nueva, edificada debajo de la primitiva población, se asemeja á una linda doncella dormida á los pies de su anciana abuela. Aquellas cuestas, en las que crece la hierba que huella apenas la planta de sus escasos habitantes; aquellas sombrías y tortuosas calles, dan tristeza al alma en medio del día, y la llenan de terror en las tinieblas de la noche.

La de San Esteban es sin duda la más triste del barrio de este nombre: á su fin se ve el solar del Cid, venerado por aquel pueblo que le vió nacer; una de las puertas de la grandiosa Catedral da también á esta calle, destacándose soberbias las aéreas agujas de sus torres hacia el límpido azul del firmamento.

Alguna que otra mezquina casa, de mísera apariencia, se ve aquí y allá, y la neblina que obscurece casi siempre aquella parte de la ciudad, condensa la atmósfera hasta el punto que apenas dis-

pensa á sus edificios la luz opaca de un débil crepúsculo.

En el año de 1844 existían en la calle de San Esteban tres casas de aspecto menos humilde que las otras: una de ellas se veía adornada con cristales, y esto la distinguía de las dos restantes. Tenía dos pisos: en el primero había tres ventanas, á tan poca altura, que podía considerarse cuarto entresuelo; en el segundo, que al parecer estaba inhabitado, igual número de balcones.

Las dos primeras ventanas estaban siempre cerradas, y unas cortinillas blancas, corridas con esmero, cubrían las vidrieras por la parte interior; la tercera, que tampoco se veía nunca abierta, tenía levantado uno de los visillos, observándose detrás de ella constantemente una cabeza de mujer, adornada de espesos rizos castaños.

Las comadres del barrio decían que sus habitantes eran gentes pacíficas. Tres mujeres: una señora anciana y ciega; otra joven, nieta suya, y la nodriza de ésta, que hacía los oficios de criada, eran las que la ocupaban. La anciana no salía de casa; la nieta sólo lo hacía para ir á misa los días festivos, acompañada de la nodriza.

Una noche del mes de Agosto de 1844, en que el desierto barrio parecía dormir profundamente, se vió descender á un hombre de la cuesta de San Esteban.

Era la una de la madrugada: el calor sofocante, que se había sentido durante las últimas horas

de la mañana anterior, produjo más tarde un denso nublado, variación muy frecuente en aquel inconstante clima; dominaba un aire húmedo, y la obscuridad era tanta, que no dejaba distinguir el cielo.

El nocturno caminante parecía saber perfectamente aquel camino, pues bajó con paso rápido la pendiente cuesta, entró en la calle y se paró delante de la casita de los cristales; tosió ligeramente, y á esta señal de inteligencia se abrió con precaución una de las tres ventanas.

—¿Estás ahí, Edmundo?—preguntó una voz dulce sin acabar de abrir.

—Sí, Rosa mía,—contestó el embozado, pues lo estaba en una larga capa.

Entonces se abrió del todo la ventana, y apareció una joven: la luz que había en el aposento alumbró un instante el semblante del caballero, é hizo que brillase al mismo tiempo la botonadura de un uniforme militar.

Rosa observó con inquietud, y después más tranquila, al parecer, se apoyó en el antepecho de la ventana.

La luna rasgó entonces su cortina de nubes, y alumbró de lleno el cuadro.

Aquella joven, de estatura mediana y esbeltas formas, parecía tener diez y ocho años; no era ni morena ni rubia; tenía su tez ese color mate expresivo, más bello que la más delicada blancura; brillaban como dos estrellas sus ojos negros y ras-

gados, rodeados de largas pestañas y coronados de espesas cejas; adornaban su frente apretados bucles de cabellos castaños, dorados y brillantes; el óvalo algo prolongado de su semblante, armonizaba perfectamente con su estrecha frente, y su boca, que formaba un arco de coral, tenía una gracia y encanto singulares.

De su talle no podía juzgarse, porque lo ocultaban los anchos pliegues de una bata de noche; pero, sin embargo, se adivinaba que debía estar lleno de elegancia y distinción.

Por lo que hace al caballero, aparentaba de treinta y ocho á cuarenta años, y le distinguía esa belleza varonil, expresiva y enérgica, característica de los hijos del Mediodía. De elevada estatura, tenía la tez morena, y negros los ojos y bigote; llevaba el uniforme de infantería, de cuya arma era capitán, que ocultaba casi del todo una larga capa.

—Esta noche te he hecho esperar, mi amada Rosa—dijo á la joven;—pero Dios sabe hasta qué punto he padecido: ¿has tenido sueño?

—¡Sueño esperándote, Edmundo!—dijo la joven con acento de dulce reconvención.

—¡Perdóname! ¡he sido injusto! — repuso el capitán —Ya sé, ángel mío, que me amas lo bastante para comprender que, cuando tardo, es por causas ajenas á mi voluntad, y que entonces sufro más que tú. Ya sabes que sólo cuando te veo soy dichoso: ¿no es verdad, Rosa mía?

—Sí—respondió la joven con dulzura;—lo sé, Edmundo; sé que me amas, y tengo confianza en tí: cuando tardas, me pongo triste; te espero con ansiedad; pero luego me digo: ¿quién sabe lo que le entretiene? Sin duda cosas de su servicio; sin duda le es imposible venir á verme cuando se priva de esta dicha: ¿qué soy yo para hacerle faltar á sus deberes? Y por otra parte, Edmundo—prosiguió Rosa,—si faltases por mí á lo que de tí exige tu obligación, yo lo sentiría mucho.

—¡Mi amable y querida niña!—murmuró el capitán con un acento de ternura que vendía la sonrisa que se dibujaba en sus labios, y que le ocultaba la obscuridad de la noche.

—¡Yo no sé por qué—prosiguió Rosa;—pero tengo, Edmundo, la más completa, la más absoluta confianza en tí! Creo que no me puedes engañar, ni querrías hacerlo, porque ¿quién hallarás que te quiera tanto, y á quien puedas hacer tan dichosa con tu cariño?

—Rosa mía—repuso el capitán con apasionado acento:—al oirte hablar así, soy muy dichoso, porque tengo la seguridad de que te has decidido ya á lo que te propuse como el único medio de asegurar tu felicidad y la mía.

Rosa guardó silencio.

—¿No me contestas?—preguntó el capitán con una admiración en la que se notaba el acento del reproche.

—¿Qué he de decirte?—murmuró la joven.—Sólo una cosa... ¡que no puedo!

—¿Con que aún encuentro en tí la misma indecisión? ¿Es éste tu cariño?—dijo Edmundo con amargura.

Las sombras de la noche impidieron al capitán ver dos lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Rosa.

—¿No me respondes?—prosiguió con ansiedad;—¿no me contestas, Rosa? ¿Acaso no me amas ya?

Un sollozo que se escapó del pecho de la joven le impidió continuar.

—No llores, por Dios, amada mía—dijo Edmundo con profundo sentimiento;—perdóname si, arrebatado por mi pasión, he podido dudar de tu cariño. Sí: estoy cierto de que me amas; pero tu indecisión me hace sufrir mucho. Dentro de tres días debo separarme de tí, sin que sepa hasta cuándo: deja que pueda antes llamarte mía.

—¡Imposible, Edmundo!—exclamó la joven con desesperación;—primero morir cien veces que cometer la negra ingratitud de abandonar á mi anciana abuela, ciega y casi demente.

—Entonces ¿por qué no quieres que me eche á sus pies y le pida tu mano? ¿acaso supones que me crea indigno de poseerte?

—Escucha, Edmundo: no sé qué desgracia horrible pesa sobre mi familia, cuyos únicos restos somos nosotras. Desde que tengo uso de razón,

he visto siempre á mi abuela en el mismo estado; pero Magdalena me ha dicho que en otro tiempo era una hermosa y noble dama. Sé también por mi nodriza que la causa de nuestro infortunio fué un hombre que, como tú, había abrazado la carrera de las armas.

—¿No has conocido á tus padres, Rosa?—preguntó pensativo el capitán;—¿no conservas ninguna memoria de ellos?

—Sí—contestó la doncella:—me acuerdo de mi padre, que era ya anciano. Vivíamos en una hermosa casa de campo, y teníamos muchos criados. Papá me tomaba en sus brazos, y muchas veces me besaba llorando. Después enfermó, padeció mucho, y al fin murió,—añadió la pobre niña rompiendo en amargo llanto.

—Valor, Rosa—dijo Edmundo:—no llores, y prosigue, porque es preciso que yo lo sepa todo.

—Poco tengo ya que decirte, Edmundo—repuso la joven enjugando sus ojos.—Dos días después de la muerte de mi padre, Magdalena y yo, solas y muy tristes, subimos á un coche y llegamos aquí.

—¿Qué edad podría ser la tuya entonces?—preguntó el capitán.

—Apenas había cumplido cuatro años, y el recuerdo de entonces se presenta á mi imaginación como la memoria lejana de un penoso sueño. Cuando vinimos, estaba mi buena mamá como hoy, demente y ciega; llamaba sin cesar á su

hija, que sin duda era yo, porque al oir mi voz se calmó el violento frenesí que la devoraba. Una criada que la servía, y que era su única compañía, fué despedida al día siguiente de mi llegada, y desde entonces nadie ha frecuentado esta casa.

—¿Has vivido siempre en ella, Rosa?—preguntó Edmundo, dando otro giro á las ideas de la joven.

—Sí: siempre, desde que llegué á esta ciudad —contestó ella.—Mi pobre mamá no ha vuelto á recobrar su razón, y mi vida se deslizó bien triste, hasta que tuve la dicha de conocerte.

—Magdalena—continuó Rosa,—me enseñó las labores de mi sexo, y el capellán de San Esteban me dió la instrucción escasa que poseo: no sé más que esto, y quererte con toda mi alma, Edmundo.

—Escúchame, Rosa—dijo el capitán tras algunos instantes de silencio, con voz dulce, pero firme.—El regimiento tiene orden de marchar dentro de tres días, y el deber me manda seguir sus banderas. Si pudiese ofrecerte una mediana suerte, te juro, Rosa, que desde el momento abandonaría mi carrera; pero, desgraciadamente, la espada es toda mi fortuna. Nací de obscuro origen, y yo también, como tú, tengo bien poco que agradecer á mi destino. Sí, Rosa: hasta en el mal nos une una coincidencia simpática. Te he dicho que dentro de tres días debo marchar; pero no lo haré sin la esperanza cierta de llamarte

mía. Son las dos: á las doce, en vano será que te niegues á ello; estoy decidido á hablar á tu madre.

—¡Oh!—exclamó la joven trémula de terror:—¡no hagas eso por Dios!

—Oye, y después decide. Hubo un tiempo en que amé á una mujer, pero no como á tí, no con el afecto profundo y grave que tú me inspiras, sino con el fuego, con la vehemencia de la primera impresión. La madre de mi amada, de carácter receloso, lo ignoraba; su hija, poseída de una timidez excesiva, ni pudo resolverse á confesárselo, ni menos consintió que yo lo hiciese. Yo era pobre; ella, por el contrario, era dueña de una inmensa riqueza. ¡Oh, Rosa! ¡cuánto se te parecía! Cuando la casualidad me condujo á esta calle, y distinguí en la ventana tu cabeza de virgen, quedé absorto; me creí juguete de algún sueño, ó pensé que tenía delante de mis ojos una visión celeste.

—¿Tanto se me parecía, Edmundo?—preguntó Rosa cándidamente.

—Tanto, que á no haberla visto muerta, hubiera jurado que tú eras ella: tus ojos de fuego, tu espléndida cabellera, tu preciosa boca y tus manos de marfil, son las suyas; tal es, por fin, la identidad entre las dos, que llegué á persuadirme de que la mujer á quien yo amaba había abandonado la tumba.

Al decir estas palabras, el capitán se pasó la

mano por la frente como para separar un sombrío pensamiento; después continuó con voz alterada:

—La indecisión de aquella joven hizo su ruína y mi desgracia; obligáronla á casarse con un hombre á quien no amaba, y yo, sin valor para presenciar tal enlace, que me hundía en un infierno de dolor, huí desesperado.

—¿Y qué fué de la desgraciada?—preguntó Rosa.

—Murió: la aflicción la condujo al sepulcro, que ¡pluguiese al cielo que se hubiera abierto para mí también! Perdida mi razón, anduve vagando sin destino ni dirección pensada hasta hoy, que tu encanto ha avivado en mi corazón un sentimiento que creí extinguido. Por lo mismo, pues, no habrá fuerza en lo humano que de tí me separe, y ó mañana eres mía, ó pongo fin á una existencia que, lejos de tí, considero como una carga horrible y que no puedo soportar.

—Sea como tú quieras, Edmundo,—dijo la joven con dulzura, sobrecogida de la enérgica resolución de su amante.

—Hasta dentro de algunas horas,—dijo el capitán; y llevando á los labios una mano que le abandonó Rosa, desapareció al través de los tortuosos callejones.

Ella permaneció en la ventana, sorprendiéndodola la aurora con la frente apoyada entre las manos.

## II

### SORPRESA Y DOLOR

Las once de la mañana serían del día que siguió á la entrevista de Rosa y el capitán.

Las tres únicas personas que habitaban la casa se hallaban reunidas en una sala sombría y húmeda, cuyo mueblaje se reducía á una mesa de pino, algunas sillas de paja, un gran sillón de vaqueta y una cortina de extremada blancura.

Recostada en el sillón y sumida en su triste abatimiento, se veía á una anciana cuyo solo aspecto lastimaba el corazón: su pálido y cadavérico semblante conservaba restos de una magnífica hermosura, pero estaba sellado con esa desgarradora expresión del sùfrimiento que sólo pueden imprimir hondos é incurables pesares; sus ojos garzos y rasgados, inmóviles y un tanto hundidos, estaban privados de la luz; advertíase, sin embargo, en la figura de aquella mujer, vestida de riguroso luto, mucha nobleza y distinción.

Sentada Rosa junto al sillón, bordaba con afán: llevaba un vestido azul de hechura sencilla, y sus cabellos, que caían en largos rizos hasta tocar

sus hombros, dejaban descubiertas sus sienes de una azulada blancura.

Algo separada, hilaba una mujer de mediana edad: su fisonomía era franca y leal; tenía puesto un traje obscuro de hábito del Carmen, que sujetaba á la cintura una ancha correa de cuero negro.

El calor era excesivo, y la ventana entreabierta dejaba el aposento á una media luz.

Rosa trabajaba sin interrupción, con la vista fija en el bordado; pero al más leve ruido, un temblor convulsivo dominaba su cuerpo, y estremecida entonces dejaba escapar la aguja de sus manos.

Largo rato hacía que reinaba el más profundo silencio, interrumpido sólo por la respiración de un hermoso galgo inglés, dormido á los pies de la joven, y á quien ésta quería extremadamente porque había sido de su madre.

—¿Qué tienes hoy, hija mía?—dijo la mujer que hilaba dirigiéndose á Rosa.

La joven no contestó: con la cabeza sobre el pecho, parecía entregada á dolorosas meditaciones; la buena mujer la contempló durante algunos instantes con asombro.

—¿Estás enferma, hija mía?—repitió con mayor cariño todavía.

Entonces levantó Rosa su hermosa cabeza y fijó sus grandes y cariñosos ojos en su interlocutora.

—No tengo nada, mi buena Magdalena,—dijo pasándose la mano por la frente, como para separar un mortificante pensamiento.

—¿De veras, hija mía? Pues estás pálida y demudada.

—Eso es del calor... estoy buena, créeme,—murmuró la joven levantándose; y como si quisiera huir de las tristes ideas que la dominaban, se aproximó al sillón de su abuela.

—¿Tienes mucho calor, mamá?—le preguntó con cariñoso acento.

—Hija mía, no me dejes, no te separes de mí, —murmuró la anciana en tono suplicante.

—Hoy está mal—dijo Magdalena:—desde que la vestí, no ha cesado en sus clamores.

—Soy yo, mamá—continuó Rosa dirigiéndose á su abuela.—¿No me conoces?—añadió, tomando con ternura su trémula y descarnada mano.

—¡Hija mía! mi hija, sí,—repitió la anciana con voz obscura y gutural.

—¿Es á mí á quien llamas, mamá?—preguntó la joven; mas aún no había espirado la palabra en sus labios, cuando oyó un ruido que la estremeció.

Llamaban á la puerta de la casa.

—¡Ya!—murmuró.—¡Dios mío, dadme valor! Magdalena, ve á abrir,—añadió con voz agitada y temblorosa.

—Hija mía—repuso la nodriza,—yo creo que

no es en casa donde llaman: únicamente viene el capellán, y ahora está enfermo, como sabes.

Un segundo golpe, más fuerte que el primero, la llevó á la ventana.

—¡Dios mío! es un militar,—dijo retirándose sorprendida.

—Abre—repitió Rosa,—y sea quien quiera.

Este lenguaje tan decisivo dejó atónita á la buena Magdalena, quien, sin replicar, quitóse la rueca y marchó á abrir.

Rosa elevó al cielo los ojos, y cruzando sus manos sobre el pecho, murmuró una oración.

En aquel momento apareció Magdalena seguida de Edmundo.

Adelantóse éste y se inclinó delante de la joven, que le miraba maquinalmente.

Volvióse después para saludar á su abuela; mas la voz espiró en sus labios al fijar los ojos en el semblante de la anciana; cubrióse su frente de frío sudor, palideció intensamente, y exclamó con voz ahogada y retrocediendo algunos pasos:

—¡La Marquesa de Olmedo! ¡Desdichado de mí!

—¡Yo conozco esa voz!—exclamó la anciana, como saliendo de un sueño.

—Sí, sí: soy Edmundo de Gálvez,—dijo el capitán bajando los ojos y sumido en un profundo abatimiento.

—¡El asesino de mi hija!—gritó la Marquesa, cuyas pupilas sin luz iluminó un fugitivo resplandor.

Diríase que este grito de angustia había desgarrado el corazón de la anciana: levantóse é intentó huir; pero volvió á caer en su sillón, lanzando un gemido y retratando en su semblante la desesperación más honda.

—Dice usted bien, señora—murmuró el capitán con sombría y amarga resignación:—¡mi funesta pasión le robó su hija!... ¡Oh! ¿Por qué la separó usted de mí? ¡Sin su tenaz é injusta resistencia, aún viviera Clementina, y usted no sería desgraciada!

Calló Edmundo y examinó el semblante de la anciana; mas ésta había doblado la cabeza sobre el pecho y permanecía inmóvil.

—Voy á dejar á usted, señora—continuó el capitán levantando la frente con dolorosa altivez; —pero no quiero alejarme de aquí dejándola en el error, ultrajante para mí, de que yo he contribuído á la muerte de mi infortunada Clementina. ¡Oh, señora! yo le juro por mi honor, por la memoria de mi padre, que no la ví durante su casamiento, y que si le escribí dos veces fué únicamente con el fin de darle consuelo y aliento para cumplir con sus deberes.

Edmundo esperó de nuevo, aunque en vano, una contestación de la Marquesa, que continuaba sumergida en la inmovilidad.

—Adiós—prosiguió con voz más alterada el desdichado amante;—adiós, señora, y no me maldiga usted ya, puesto que por segunda vez le sa-

crifico mi amor: yo quería arrebatarle á su nieta, porque Rosa es necesaria á mi vida; pero ya que es también su único consuelo, se la dejo, y voy á morir lejos de ella.

Dirigiendo después á la joven una mirada llena de amor y desesperación, se lanzó á la puerta y bajó vacilante la escalera; mas Rosa, que comprendía por instinto que perdía para siempre á su amante, le siguió desolada.

—¡Te vas, Edmundo!—gritó con voz cortada por los sollozos;—¡me abandonas sin darme un último adiós!

Oyó el capitán aquel grito desgarrador: detúvose, volvió la cabeza, y contempló con angustia mortal á la infeliz niña, que acababa de caer desmayada en los primeros peldaños de la escalera.

Edmundo adelantó dos pasos; pero llevó ambas manos al corazón y se detuvo estremecido.

—¡No!—murmuró pasando el umbral,—¡no! ¡Si vuelvo á su lado, me la llevaré entre mis brazos! ¡Sea yo solo el que sufra, y que ella no beba del amargo cáliz que estoy apurando há tantos años!

## III

### SACRIFICIO

Han transcurrido algunas horas después de la salida de Edmundo de casa de la Marquesa; son las diez de la noche, y Rosa, envuelta en un peinador y en extremo pálida, está sentada junto á una mesa, sobre la que arde una lámpara; tiene una carta en la mano, que sin duda ha devorado cien veces su impaciente vista, según indican sus dobleces; y de tiempo en tiempo sus ojos, hinchados y secos, se fijan en otra abierta que se ve sobre la mesa.

Al volver de su desmayo, se encontró en brazos de su abuela y de Magdalena, á quienes rogó con instancia que la dejasen sola. No bien se vió sin testigos, se entregó al exceso de su dolor; el llanto, ese consuelo en la tierra, no vino á aliviar su agonía. ¡Aquel Edmundo tan amado se alejaba! ¡Iba á perderle quizás para siempre! La pobre niña se sentía morir de dolor; latían sus sienes con violencia, y de cuando en cuando dejaba escapar un sollozo.

En este estado la sorprendió la noche. Magdalena había entrado luz, y, al verla sentada y quieta, se salió con cuidado. Rosa se acercó á la ventana y la abrió: la fresca brisa de la noche vino á templar su abrasada frente; apoyóse en el antepecho y tocó un papel.

—¡Carta!—murmuró,—¡carta suya! ¡Gracias, Dios mío!

Lanzóse á la mesa y rompió el sobre con temblorosa mano.

«Rosa—decía,—voy á partir, á alejarme de tí, de tí que eres mi vida y la sola luz que me guía. ¿Qué será de mí sin tí? Esta reflexión lúgubre me horroriza y abate mi espíritu: te juro, Rosa, que sin el sostén de la religión, y si el baldón y el desprecio no infamaran la memoria del suicida, este día que nos separa sería el último de mi amargo martirio. ¡Aún me sostiene una esperanza, y á tu valor toca el realizarla! Si queda fallida, que Dios se apiade de mí.

»Escúchame: el dolor abrió una llaga en el corazón de tu abuela, que no me es dado cerrar: por esto, pues, nunca podré llamarte mía con su consentimiento; tal vez pueda perdonarme, pero jamás aprobará nuestro enlace. Rosa, si es cierto que me amas, sígueme, fíate á mi honor: yo te juro, por el cielo, que antes que se ponga el sol de mañana estarás unida á mí por el doble vínculo de la religión y del amor. Por piedad, oye mis

súplicas; no olvides, mi noble y generosa Rosa, que te amo con toda mi alma. Respóndeme aprovechando instantes y dime tu resolución: ella es de muerte ó vida para tu

*Edmundo.*»

Rosa leyó rápidamente esta carta, como si temiese que le había de faltar el ánimo para concluirla; después la acercó á los labios.

¡Terrible lucha sostenía la joven entre el amor y el deber! ¡Rudo combate que agotaba sus fuerzas, cansadas ya de tanta resistencia! En tal conflicto, acudió al cielo como único consuelo y halló en la oración la fortaleza que necesitaba.

Levantóse con la frente bañada de sudor frío; pero animado el semblante con la expresión de una resignación sublime, asemejábase á una víctima que, satisfecha de sí propia, marcha con paso firme al sacrificio; sentóse, y con mano insegura escribió:

«Adiós para siempre, Edmundo; Él nos separa: respetemos su Providencia y ofrezcamos á su soberana voluntad el sacrificio de nuestra dicha. No puedo admitir el pensamiento de abandonar á mi desgraciada madre, ciega y anciana: si lo hiciera, la venganza del cielo caería sobre mi cabeza, y la sombra de la que me dió el sér me seguiría á todas partes, acusándome de pérfida y desnaturalizada, comprendiéndote á tí también su maldición

terrible. Separémonos, pues, Edmundo, y vive con la certeza de que mi pensamiento mientras exista, y al morir mi último suspiro, serán para tí, como fué siempre tuyo el corazón de

*Rosa.*»

Este era el contenido de la carta abierta que Rosa tenía en la mano. La contempló largo rato; mas venciéndose por un último esfuerzo, se inclinó á la ventana y la arrojó por ella: una sombra que se apoyaba en un ángulo de la calle, acudió con presteza á recogerla.

—¡Adiós, Edmundo mío, para siempre!—exclamó tendiendo los brazos, y, dejándose caer en un sillón, ocultó el semblante entre las manos.

Los primeros albores del día la sorprendieron en la misma actitud; se levantó entonces y se encaminó al cuarto de su abuela: la desdichada intentaba buscar consuelo en el cariño materno.

Eran apenas las seis de la mañana, y la Marquesa dormía aún. Rosa cayó de rodillas á los pies del lecho, é inclinó en él la cabeza sollozando.

—Déjame descansar, Magdalena,—dijo la anciana señora.

—Mamá, querida mamá mía, soy yo—observó Rosa:—¿no me conoces?

—¡Ah! ¿Eres tú, hija mía? ¿Qué te trae aquí á estas horas? ¿Te has desvelado sin duda? Anda, ve á dormir: es muy temprano.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la joven.—¡Si perderá otra vez la razón!

En aquel momento se oyeron los ecos de una música militar: era el regimiento de Edmundo, que salía de Burgos. La ronca voz de la Marquesa vino á mezclarse á aquel ruido que se perdía cada vez más por la distancia.

—¡Mi hija! ¡hija mía!—murmuró la anciana.

Rosa lanzó un grito y cayó sin sentido en el suelo. Perdía á Edmundo, y volvían á notarse en su madre los síntomas de la demencia.

## IV

### LUISA

Volvamos, lector mío, algunos pasos atrás, y vamos á conocer á la familia de Rosa, y á que yo pueda enterarte de por qué combinación de circunstancias descargaba la desgracia su terrible brazo sobre aquella cabeza tan pura é inocente.

Luisa, Marquesa de Olmedo y abuela hoy de la joven heroína de esta historia, se había casado casi al salir de la infancia.

Su nacimiento costó la vida á la que se la dió, y su padre, Consejero de Estado y hombre excelente, que adoraba á su hija, la colocó en un convento para que recibiese la educación religiosa y moral que es la base de la verdadera felicidad.

A pesar de haberla dejado depositada en aquel asilo seguro, el Consejero pensaba sin cesar en la suerte de su querida Luisa.

—¿Qué será de ella—se decía—cuando la traiga á mi lado? Tan hermosa, tan inocente, ¿quién la defenderá de las asechanzas de los jóvenes, no teniendo madre ni ninguna parienta cercana que cuide de ella?

De esta suerte cavilaba el Consejero en la suerte futura de su hija. Un día que iba á verla y se hallaba en su casa el Marqués de Olmedo, se brindó á acompañarle.

—Ya tengo deseos de ver á la niña—le dijo:—debe estar muy bella y haber ganado mucho en los dos años que hace que no la veo. Vamos allá.

Cuando Luisa apareció, el Marqués no pudo reprimir un grito de sorpresa: era una niña grave, pero encantadora; aunque sólo contaba quince años, su talla era ya más que mediana, y su apostura noble y modesta; largos cabellos rubios, hechos rizos, adornaban su cuello y hombros; sus ojos garzos tenían una mirada grave, profunda y apasionada.

—¡Qué hermosa estás, querida Luisa!—exclamó el Marqués mirándola extasiado.

—¡Ese es mi mayor pesar!—murmuró el Consejero:—¡ya tiene quince años y va siendo hora de que la saque de aquí!

Apenas salieron del convento, el Marqués tomó la mano de su amigo y le preguntó:

—¿Quieres darme á Luisa?

—¿Qué dices?—preguntó á su vez asombrado el Consejero.

—Que si me das á Luisa por esposa.

—¿Para tu hijo?

—No: ¡para mí!

—¡Qué escucho! ¿Piensas en volver á casarte?

—Con Luisa, sí.

—¡Pero hay una gran desproporción en vuestras edades!

—No lo niego; pero Luisa no ha amado aún, y no puedo temer el peligro de las comparaciones.

El Consejero quedó pensativo, y después respondió:

—Dentro de tres días te contestaré.

Inútil es decir que aquellos tres días se los pasó reflexionando profundamente acerca del porvenir de su hija.

Pasó revista á muchos matrimonios jóvenes que conocía, y que eran, por cierto, muy poco dichosos.

Pensó en que el Marqués reunía una gran fortuna, y no dudó de que podía asegurar la dicha de su hija.

—Te la doy,—dijo al llegar el término que él mismo había prefijado.

Luisa salió del convento cuatro días después.

Preguntó á su padre el motivo de aquella brusca determinación, y éste la contestó:

—Vas á casarte, hija mía.

—¡A casarme!—repitió la joven que el día antes jugaba aún con las muñecas.

—¡Sí, hija mía! Vas á ser la Marquesa de Olmedo,—repuso su padre con una alegría que le rebosaba en el semblante y en el acento.

—¡Pues qué!—repuso Luisa cándidamente,—¿me voy á casar con el Marqués?

—Sí, hija mía: ¿acaso no te agrada?

—Sí por cierto—repuso la niña:—siempre ha sido muy bueno para mí.

Un mes después se celebró el casamiento. Luisa no estaba alegre, pero nadie se extrañaba de eso: nunca lo había sido, y su carácter grave y casi austero propendía más bien á la melancolía.

El Marqués y su padre la rodearon de costosas galas. Luisa parecía dichosa examinando aquellos objetos tan nuevos para ella.

Cuando fué á su casa, la examinó toda, del mismo modo que sus galas, con un placer íntimo é inocente; pasó revista á sus libros, y hasta á algunos juguetes que su esposo y su padre le habían preparado para que no echase de menos los de su convento.

De esta suerte llegó á ser esposa sin apercibirse de ello; pasó de los juegos á la gravedad de sus deberes, y de los risueños pasatiempos de la infancia á las austeras obligaciones de la esposa; ¡áspero y terrible cambio, al que muchas jóvenes no se acostumbran jamás!

La joven Luisa no sentía, al casarse, aquel amor dulce y eficaz que hace la felicidad conyugal. Educada en el retiro y doctrinada en los principios de piedad y devoción, á la edad de quince años desconocía la fuerza de aquel sentimiento. Amaba á su padre, pero del modo y hasta el punto que pueda hacerlo una niña cuando apenas le conoce; amaba la virtud por natural

instinto. Era sincera, candorosa, generosa, noble; su carácter, dominado por una melancolía dulce, hacía que gustase con preferencia de la soledad; era callada y reflexiva, y en la edad en que todo es vida y movimiento, marcaba sus facciones el sello de una gravedad prematura.

El hombre á quien su padre la había unido, no era joven ni hermoso: casado antes con una mujer á quien adoraba, no pudo consolarse de su pérdida. Tenía un hijo que viajaba hacía algunos años, y cansado de la soledad, formó el proyecto de contraer un nuevo enlace, pensando aliviar de este modo su malestar.

Tenía el Marqués cincuenta y cuatro años; era alto, enjuto, de blancos cabellos; sus ojos estaban casi cubiertos por espesas cejas, y vestía con desaliño.

Luisa acababa de cumplir quince, y era perfectamente bella; tenía rasgados y brillantes ojos pardos, adornados de largas pestañas; su cabello, de un rubio dorado, era magnífico, abundante y sedoso.

Celebróse la boda sin fausto, y al día siguiente salieron los esposos de Madrid para Valencia, á habitar una hermosa casa de campo que el Marqués poseía en las cercanías de aquella ciudad.

La joven Luisa comprendió bien los deberes que su nuevo estado le imponía: no podía amar al hombre elegido por su padre; pero eran tales la exactitud, condescendencia y solicitud que se

notaban en todas sus acciones, que parecía animada del amor más acendrado. Criada en la soledad, era dichosa en ella, y si bien se aumentó algún tanto su melancolía, no se alteró su natural apacible.

El Marqués llegó á amar con pasión á su joven esposa: prodigábala las más delicadas atenciones, adivinando, con ese instinto peculiar del cariño, sus más leves deseos para satisfacerlos; y tanto se debilitó en él la memoria de su primera esposa, que no le quedó de ella más que un dulce recuerdo.

La tristeza de Luisa se aumentaba visiblemente. En vano su esposo intentó llevarla á Madrid; en vano le propuso vivir en Valencia: la joven Marquesa se negó siempre á abandonar su querida y tranquila soledad, asegurando que estaba buena y contenta; mas era tan triste la expresión de su semblante al decirlo, que desgarraba cruelmente el corazón del Marqués.

Luisa era, en efecto, desdichada: dotada por el cielo de un alma ardiente y de una imaginación apasionada, se consumía en aquella existencia monotona é igual, y de esto nacía su tristeza. Por espacio de dos años se conformó con su suerte, y todos sus deseos se limitaron á recibir cartas de su querido padre. Pero nunca había amado, y esta pasión era ya para su corazón una necesidad. ¡Ay! ¿y á quién podía amar? ¿A su esposo? No le era posible. Le había dado su amistad; le prodi-

gaba atenciones, muestras de cariño; era fiel y exacta en el cumplimiento de sus obligaciones, y por lo mismo creía satisfechos todos sus deberes para con él.

La joven Marquesa vivía creando en su ilusión entes ideales, que en breve destruía la triste realidad; forjábase mil quimeras, hijas todas de su ardiente fantasía, llegando su loco devaneo á alterar su salud.

Apiadóse, por fin, el cielo de sus tormentos, y le dió una hija, y con ella una nueva existencia, un nuevo sér: nació el amor, el entusiasmo, el placer; los deseos del presente y la esperanza del porvenir quedaron satisfechos, y en alas de la alegría de esta hermosa realidad, huyeron las mentidas y fantásticas visiones que su mente acariciara.

¡Con cuánta ternura veía crecer á su amada Clementina! ¡Con qué esmero se dedicaba á formar su tierno corazón! ¡Con qué afán tan prolijo sembraba en su alma el germen de todas sus virtudes! Cuando la sentaba sobre sus rodillas, y con las manecitas unidas contestaba balbuceando á la oración que le enseñaba radiante de alegría y vertiendo lágrimas de entusiasmo, se consideraba la más dichosa de las madres, y juzgaba el mundo pequeño para contener su felicidad.

Convencida la Marquesa de que una madre tierna y previsora es el mejor mentor de su hija, no quiso partir con nadie el trabajo de tan dulce

tarea: ella la enseñó todas las labores de su sexo, á leer, escribir, dibujo y música.

Amaba el Marqués á su hija con ternura; pero desaprobaba el ciego delirio de su madre: trató, pues, de modificar sus transportes, y al efecto le habló con firmeza y dulzura á la vez.

—El desarrollo de Clementina—le dijo,—exige que se cultive su inteligencia y se le dé aquella instrucción que, formando su carácter, la haga apreciable á la sociedad y digna de sus padres. Para conseguirlo, he determinado darle toda clase de maestros.

Empezó, pues, la educación de Clementina, que, vigilada y animada por su celosa madre, hizo en breve rápidos adelantos.

A los diez y ocho años poseía una vasta instrucción, unida á un carácter angélico, á un alma elevada y á un corazón sensible y generoso. Su belleza no era tan notable como la de su madre; pero tenía la gracia y esbeltez de sus formas; y la hermosura de sus negros ojos, sus cabellos castaños y espesos, su tez de fresca palidez, su nariz de forma griega, su boca de húmedo coral y sus dientes de nácar, hacían de Clementina una encantadora criatura.

El Marqués, que contaba ya cerca de setenta años, cayó peligrosamente enfermo, sin que pudieran salvarle ni los recursos de la ciencia ni los afectuosos cuidados de su esposa é hija. Murió, y sus bienes, que estaban vinculados, pasaron

al hijo de su primer matrimonio, quedando reducida la Marquesa á una corta pensión que le señaló el heredero.

El infortunio no abatió el espíritu de Luisa, quien abandonó su amada quinta y marchó á Madrid con Clementina á reunirse con su padre.

## V

### UNA CARTA

El anciano recibió á sus hijas con la efusión del más tierno cariño: habitaba un segundo piso de una linda, pero modesta, casa, situada en un barrio pacífico y solitario.

Cada día se aumentaba el amor de la Marquesa hacia su hija: amábala aún mucho más desde que murió su esposo, y todo su anhelo se cifraba en llenar, con su ternura, el triste y hondo vacío que la muerte de su buen padre dejara en el corazón de Clementina.

La joven, por su parte, pagaba este amor con un apasionado cariño: sentada junto al lecho de su madre, espiaba el momento en que despertaba para recoger su primera mirada; no se separaba un instante de su lado, y era la confidente y depositaria de todos sus pensamientos, su compañera constante y su única amiga.

El Consejero vivía enteramente aislado, y la Marquesa y su hija, habituadas á la soledad y amantes de ella, no echabande menos un mundo que ni una ni otra conocían: trataban únicamente

á un anciano vecino que ocupaba, con sus criados, el cuarto principal de su misma casa: viudo hacía muchos años, poseía una inmensa fortuna, adquirida á costa de una vida laboriosa; había pertenecido á la marina y desempeñado en ella un destino muy elevado; su carácter era noble, franco y generoso; su instrucción variada y profunda, y unía á los modales más distinguidos, la más dulce é indulgente bondad.

Conocedor del mundo y hastiado de él, don Fernando de Osorio vivía, desde que se había retirado del servicio cargado de honores y de títulos, en la más completa soledad. El trato de vecinos creó una amistad verdadera entre los dos ancianos, marino y Consejero, y la llegada de la Marquesa y de Clementina regocijó en extremo á los dos.

Osorio se aficionó de tal modo á su compañía, que no sabía separarse de ellas: admiraba las brillantes cualidades de la Marquesa, encantábale su carácter; y en cuanto á Clementina, su gracia femenil, su dulzura y la pureza é inocencia de su alma, le hechizaban: nunca había visto nada comparable á aquellas dos nobles criaturas.

Cerca de un año hacía que la señora de Olmedo y su hija habían llegado á Madrid. Clementina tenía ya diez y nueve, y hasta entonces los objetos únicos de su amor habían sido su madre y su abuelo; quería también con extremo á su perro Azor, hermoso galgo inglés, que pocos días

después de su llegada á la corte le había regalado don Fernando; dulce, buena y dotada de un carácter simpático, sólo se le advertía una timidez excesiva, haciéndola esta debilidad recelosa y desconfiada.

Lejos de verse en su semblante aquella melancolía que daba tan sublime expresión á las puras y hermosas facciones de su madre, revelaba su fisonomía su carácter risueño y bullicioso.

Jamás la Marquesa le había dirigido la más leve reprensión; nunca el indulgente y cariñoso anciano, de quien era el ídolo, dejó de hablarle con el acento de la dulzura, y, no obstante, su invencible cortedad impedía á la joven manifestar la expansión y confianza que merecían aquellos dos seres, para los cuales era objeto de una predilección exclusiva.

Harto bien conocía la Marquesa lo que aquel defecto perjudicaba á su hija, y creyó que podría, á fuerza de cariño, si no vencerlo, disminuirlo; mas en vano hizo uso de todos los medios que le sugirió su maternal interés: en la edad en que el entendimiento está desarrollado y fortalecida la razón, no se conocían aún en Clementina ideas fijas ni voluntad decidida.

Y no se crea por esto que carecía de talento: su comprensión era fácil, su imaginación poética y ardiente, y su corazón sensible é impresionable.

Una tarde hermosa del mes de Septiembre se hallaban reunidos, en el salón de la casa del Con-

sejero, la Marquesa y los dos ancianos. Clementina había salido á buscar una pieza de música que Osorio deseaba oirle cantar.

Los balcones abiertos dejaban penetrar en el salón el aire embalsamado del otoño; eran las cinco, y se esperaba que anunciasen que estaba servido el comedor.

Jugaban la Marquesa y su padre al ajedrez, y don Fernando hojeaba, sentado junto al piano, el álbum de Clementina.

—Si no manda usted otra cosa, Marquesa, me bajo á comer,—dijo de pronto.

—¿No ha dicho usted á mi hija que deseaba oirla cantar?—observó la señora de Olmedo.

—Veo con placer que el juego la divierte á usted mucho — repuso sonriendo don Fernando, —puesto que no ha advertido que hace una hora que la espero.

—Voy á mandarla llamar — dijo la Marquesa. —¿Quiere usted aguardarme un momento, padre mío? — añadió, poniendo sobre las rodillas del anciano el tablero del ajedrez.

—Tenga usted la bondad de tirar de ese cordón, mi querido Osorio—dijo el Consejero deteniendo á la Marquesa;—y tú, hija mía, continúa la partida: jaque al rey.

El antiguo marino alargó el brazo para llamar; pero antes de hacerlo se abrió la puerta y apareció un criado.

—Haga usted el favor de llamar á la señorita,

—dijo la Marquesa, la cual, convencida de que la bondad conquista el corazón de los sirvientes, hablaba siempre á los suyos con dulzura.

Inclinóse el criado, y después, dirigiéndose al Consejero.

—Tengo que advertir al señor—dijo,—que hay en la antecámara un caballero que desea hablarle.

—¿Te ha dado tarjeta?—preguntó el anciano.

—Sí, señor.

—¡Edmundo de Gálvez!—dijo el Consejero leyendo la tarjeta que le entregó el criado.—No conozco este apellido; sin embargo, dígale usted que pase adelante.

Un instante después volvió á abrirse la puerta, y un joven oficial de infantería apareció en el umbral; el criado acercó un sillón y se retiró.

El militar aparentaba veinte años á lo más; era de esbelta y elevada estatura; tenía la tez muy morena; del negro más hermoso los grandes y rasgados ojos, y rizado y abundante el cabello; su mirada enérgica y atrevida, bien que templada por una dulzura inexplicable, se velaba á veces por la ancha franja de sus negras pestañas. Todas sus facciones eran hermosas hasta la perfección.

Vestía, con una soltura llena de elegancia, el sencillo uniforme, y se descubría, á través del blanco guante y de la charolada bota, una mano y un pie que hubieran dado envidia á una mujer.

Inclinóse profundamente delante de la Marquesa y de los dos ancianos; después, sin pronunciar una palabra, presentó al Consejero una gruesa carta.

—Sírvase usted, ante todo, tomar asiento, caballero—dijo el anciano, indicando al joven un sillón, y sentándose él también.—Y ahora, permítame usted que lea.

El oficial se inclinó por segunda vez; en aquel momento se oyó una voz fresca y sonora que cantaba el aria de *Tancredo*, y Clementina abrió la puerta con estruendo.

—Dé usted de comer á Azor—dijo desde el umbral:—ya sabe que anoche no quiso cenar;—y tomando su andante de donde lo había dejado, entró en el salón.

## VI

### NOBLEZA

Una mampara abierta ocultaba á la Marquesa, á su padre y al oficial; y Clementina, creyendo que Osorio estaba solo, daba rienda á su carácter risueño.

—Le he hecho á usted esperar mucho, ¿no es verdad? —dijo, dirigiéndose á don Fernando.— ¡Me costó tanto encontrar esta pieza! Pero no se enfade usted, porque voy á indemnizarle cumplidamente en premio de su condescendencia.

Abrió el piano y recorrió el teclado rápidamente, mientras que don Fernando la miraba sonriendo.

Edmundo no separaba un instante sus ojos de Clementina, contemplándola extasiado y absorto: nada había visto hasta entonces más hermoso y seductor.

Encantadora estaba, en efecto: llevaba un vestido de batista, blanco, de cuerpo liso, y cuyas mangas anchas y flotantes descubrían toda la hermosura de sus torneados brazos; rodeaba su esbelto y gracioso talle una cinta azul, y sus ca-

bellos, divididos sobre su despejada frente, bajaban en dos anchas bandas á unirse con la gruesa trenza enlazada detrás de su cabeza.

La voz del Consejero produjo un cambio de escena.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó, teniendo en la mano la carta que acababa de leer.—¡Oh, Dios piadoso!—repitió con trémula voz, y elevando al cielo una mirada empañada por el llanto.—Cuando, gastados todos los medios para descubrir un secreto cuya obscuridad ha acibarado mi vida; cuando, sin esperanza ya de conseguirlo, creí llevar al sepulcro el dolor de comprender un deber sin poder satisfacerlo, ¿será cierto que la bondad de usted me dispensa el beneficio de conocer á mi bienhechor, al salvador de mi existencia y de mi honra? ¡Oh, hijo mío!—prosiguió el anciano, estrechando contra su seno al joven oficial.—¡Bien venido seas á la casa de tu segundo padre!

Al oir á su abuelo, se volvió vivamente Clementina, y el rubor subió á su frente: el joven á quien con tanta efusión abrazaba el anciano, le era absolutamente desconocido, y creyendo solo á Osorio en el salón, se había entregado al transporte de la frívola alegría de su carácter.

El Consejero, después de haber estrechado á Edmundo una y mil veces contra su pecho, se volvió á su hija sin soltar la mano del joven, é hizo una seña á Clementina y á Osorio para que se acercasen.

—Os presento, hijas mías—dijo,—y á usted también, mi querido amigo, al hijo de un hombre que me salvó la vida y el honor, y que hasta hoy me ha sido desconocido.

—Escuchad—prosiguió con voz insegura y profundamente conmovida;—oid esta carta: ella os hará conocer y amar á mi noble bienhechor.

Y desdoblando la carta, leyó lo que sigue:

«Señor: Sólo el amor de padre puede dispensarme el atrevimiento de recordarle el servicio que en otro tiempo tuve la dicha de hacerle; pero usted lo es también, y estoy cierto de que sabrá comprender lo que pasa en mi corazón.

Cuarenta años hace que la casualidad nos reunió en una casa de juego. ¿Se acuerda usted de aquella noche funesta? Había usted perdido todo el dinero que tenía y mucho más sobre su palabra; ciego, poseído de un vértigo horrible, seguía usted jugando desgraciadamente; estábamos entre gente perdida, que sólo deseaba su ruína; ya habían pasado á otras manos el reloj y todas las alhajas de su uso, restando sólo en poder de usted una cadenita de oro, de la cual pendía el retrato de su prometida, puesto en un medallón guarnecido de diamantes; desesperado, lo arrancó usted de su cuello y lo puso usted sobre el tapete; mas en el instante mismo se arrepintió de aquella villana acción, y recogiendo la adorada efigie, huyó hacia la puerta. ¡Estaba cerrada y era imposible salir! Aquella turba sin freno se arrojó

sobre usted, llenándole de injurias y de golpes. ¿Se acuerda usted del hombre que apareció cuando, creyéndose cerca de la muerte, apretaba el medallón contra los labios? Aquel hombre era yo; yo, que tuve la dicha de salvarle, sustrayéndome después con cautela á las pesquisas de usted para conocerme. Era rico y la recompensa de mi acción la esperaba en el grato recuerdo de haber obrado bien.

El destino ó la casualidad me colocó en la clase media, cuando usted pertenecía á la nobleza más elevada: yo hijo del pueblo, y aristócrata usted, conocí la gran diferencia que entre los dos ponía esta circunstancia. Me oculté, pues, y usted, que no reparó entonces en mi semblante, no ha podido reconocerme después, no obstante haberme visto con frecuencia.

Yo había impuesto todo mi caudal en el comercio; algunas especulaciones desgraciadas y la mala fe de mis corresponsales dieron por tierra con mi crédito. Mi esposa, al morir, me había dejado un hijo, y en él se concentraron mi amor, mis esperanzas y todos mis deseos; quise vivir para él, y aseguro á usted, señor, que fuí denodado, porque es necesario más valor para arrostrar una vida penosa y llena de privaciones, que para atentar contra ella y darse la muerte.

Hace cuatro años dejé á Cádiz, mi patria; mi hijo me había manifestado su inclinación á la ca-

rrera de las armas; vinimos á Madrid, é instalé á mi Edmundo en el Colegio militar.

Renuncio á describir á precio de cuántos sacrificios he soportado la satisfacción de los gastos que me ha ocasionado su carrera: bástele á usted saber que soy feliz, porque veo retribuído mi amor paterno con el cariño y agradecimiento de mi Edmundo, que es el mejor de todos los hijos.

Hace un mes que fué promovido á oficial: lo recomiendo á usted, y le ruego, con todo el encarecimiento de mi alma, que se digne hacer mis veces para con él; el empeño que usted ha puesto en buscarme, me ha hecho conocer toda la sensibilidad de su corazón, y me hace esperar con confianza que accederá á mi ardiente súplica.

Proteja usted á mi hijo, señor. Solo, en medio del mundo, entregado á sus propias fuerzas, sin el auxilio del consejo ni el sostén de la autoridad, su ardiente y generosa juventud le proporcionará mil escollos en esta engañosa corte que tanto fascina; dígnese usted ampararlo: yo sé que se hará amar de usted; él es bueno, noble y generoso, siéndole más fácil morir que faltar á sus deberes.

Yo me vuelvo á Cádiz, consolado con la dulce certeza de dejar á mi Edmundo bajo la protección de usted. Tranquilo en mi retiro, y entregado todo á mi gratitud, rogará á Dios con fe ardiente por la felicidad de usted,

*Carlos Gálvez.*»

Muchas veces había interrumpido el Consejero su lectura, dominado por la emoción. Cuando la terminó, se volvió hacia el joven, y vió correr el llanto por sus mejillas; el anciano tomó entre sus manos las de Edmundo, y le contempló largo rato en silencio.

—Escuchad—dijo al fin:—mi noble bienhechor, por un efecto sin duda de modestia, pasa en silencio lo que más interesa en su acción sin ejemplo; pero yo estoy en el deber de referirla tal cual fué, para que se conozca hasta qué punto es grande y meritoria.

Hoy hace cuarenta años que peligró mi vida, y la sola consideración del modo con que iba á morir me horroriza, á pesar del tiempo transcurrido. Sí: iba á dejar la vida, imprimiendo con mi sangre en el nombre de mi familia una mancha denigrante, porque mi cadáver se habría encontrado en una casa de juego, en uno de esos sitios que la ley castiga y la honradez condena. Rodeado y acometido por todas partes por una turba de estafadores, acerqué, en efecto, el medallón á mis labios, resignándome con mi desgracia; pero en aquel momento apareció un hombre de ademán resuelto y alta estatura envuelto en una capa.

—¿Cuánto debe ese joven?—preguntó con voz segura y fuerte; y como nadie le contestase,—¿hay bastante con eso?—volvió á preguntar, arrojando sobre el tapete un bolsillo. Tomándome en se-

guida del brazo, me sacó de aquella infame casa. —Adiós, caballero—me dijo luego que estuvimos en la calle:—sírvale de escarmiento esta dura lección;—y al ver que yo cruzaba las manos con la expresión de la más viva gratitud,—nada me debe usted—continuó:—guiado de un natural impulso, hago siempre todo el bien que puedo, sin que crea contraer mérito en ello. Adiós, pobre joven —prosiguió, estrechando mis manos:—no vuelva usted, créame, á estos sitios detestables, donde se mancha el honor y se extravía la razón.

Mi bienhechor desapareció, sin que yo, absorto de la singularidad de su proceder, pensase en detenerle.

Después le he buscado con el mayor empeño; pero, desgraciado en mis investigaciones, tuve que dejar á Cádiz con el disgusto de no haberle encontrado; desde entonces, te lo juro, hijo mío, no he dejado de pensar en tu padre y de pedir á Dios por su felicidad. Le encuentro al fin—prosiguió el anciano elevando al cielo sus ojos;—¿qué no haré yo para probarle mi reconocimiento? Habla, Edmundo: ¿quieres vivir con nosotros? Esta casa será para tí el asilo paterno. ¿Deseas más libertad? Cuanto poseo es tuyo, todo tuyo, hijo mío.

—Gracias, señor—dijo el oficial con voz conmovida.—¡Gracias! No viviré en esta casa—añadió, mirando á Clementina;—pero ya verá usted cómo procuro pagar su generosa protección.

Aceptando la oferta de vivir con usted, abusaría de su bondad; pero ofrezco verle todos los días, y no habrá en el mundo hijo más amante que yo para usted.

Ni una palabra había pronunciado la Marquesa desde la llegada de Edmundo de Gálvez. Aquel alma, que había enfriado la melancolía, sólo conocía un sentimiento: el amor materno. Amaba á su padre, es verdad, y hubiera dado gustosa su vida á aquél que había salvado al consejero. Hubiera amado al padre de Edmundo, sin éste, contra quien sentía una aversión invencible: un celoso instinto le hacía presentir que aquel hermoso joven, de quien Clementina no separaba sus ojos, había de amargar su existencia.

—Si lo permite usted, señor—dijo el oficial levantándose,—iré á despedirme de mi padre.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho, hijo mío?—repuso el Consejero con alegría.—¿Está aquí tu padre? ¡Oh, Dios justo!—prosiguió, radiante su semblante de placer.—¿Con que veré á mi salvador, y podré besar sus manos antes de morir? ¡Gracias, Dios mío, gracias! Vamos, vamos, hijo mío; guíame pronto, tan pronto como mi impaciencia desea. Al instante, mi levita,—gritó, aproximándose á la puerta y despojándose él mismo de su bata.

Un ayuda de cámara entró con la prenda pedida; el Consejero se vistió precipitadamente, y salió seguido de Edmundo.

Después de haber andado largo rato, tomaron una calle, á cuyo fin se veía una casa de apariencia muy modesta. Edmundo llamó.

—¿Y mi padre?—preguntó á una criada que salió á abrir.

—Ha partido hace una hora, dejando esta carta para usted,—contestó la doméstica.

Palideció el oficial, teniendo que apoyarse en la pared para resistir el estremecimiento de todo su sér. El anciano lanzó un suspiro y elevó al cielo sus ojos.

—¡Adiós, padre mío! ¡Adiós!—exclamó Edmundo con ahogada voz.

—¡Hombre generoso, has llevado tu delicadeza hasta huir para evitar la efusión de mi agradecimiento!—dijo á su vez el anciano.—¡Dios te bendiga! ¡Yo te juro que haré la felicidad de tu hijo, aunque fuera para ello necesario el sacrificio de mi vida!

## VII

### CELOS MATERNALES

Desde aquel día, la casa del Consejero fué la de Edmundo: el anciano escribió á su bienhechor manifestándole el deber en que estaba de cumplir fielmente su encargo; le prometía para su hijo toda la ternura y solicitud del padre más amante, y concluía suplicándole que le concediese la gracia de abrazarle antes de descender al sepulcro, que veía ya de cerca.

El noble Gálvez respondió en el sentido más afectuoso y reconocido: le decía que deseando evitar los transportes de un agradecimiento que no merecía, y eludir la amargura de la separación, había precipitado su salida de Madrid, completamente confiado en ver realizadas sus esperanzas; le daba las gracias más expresivas, y acababa transmitiéndole toda su autoridad sobre Edmundo, como prueba de su ilimitada confianza.

A pesar del cariño tierno que le profesaba el consejero, era Edmundo muy desgraciado: la belleza de Clementina y los encantos de su carácter

y de su corazón engendraron en él una pasión ardiente, y este sentimiento, que en otros es la delicia del alma y la dulzura de la vida, torturaba cruelmente su corazón. El trato frecuente y la libertad de verse era el incentivo que aumentaba aquel fuego voraz y destructor.

Había otro sér que sufría también: la Marquesa vió con progresiva tristeza enfriarse el cariño de su padre; creía que era Edmundo la causa, y la aversión que este joven le inspirara desde luego, se convirtió en un odio sordo y concentrado. Ni una lágrima se deslizó de sus ojos, ni la más leve queja salió de sus labios, ocultando su pena con el mayor cuidado.

Mas este pesar rompió sus diques cuando vió la alteración profunda del carácter de su hija: el que le había arrebatado el cariño paterno, le robaba también la ternura filial.

En efecto: Clementina estaba desconocida; lejos de anhelar, como antes, la compañía de su madre, huía de ella, buscando con afán la soledad. Se interrumpieron los paseos deliciosos; desaparecieron las dulces confianzas, las francas conversaciones, las nocturnas lecturas; sombría y pensativa su frente, tan serena y apacible poco antes, aparecía sellada de un hondo sufrimiento, y su palidez y abatimiento la hacían asemejarse á la estatua del dolor.

Contemplábala la Marquesa con desesperación, y aquella mujer de alma altiva se sentía morir

bajo el peso de un intenso dolor. No acusaba á su hija; todo su odio se alimentaba en Edmundo: Clementina le amaba, y harto bien conocía la desdichada madre lo hondo de la pasión que los unía.

¿Y cómo no amarle? ¿Qué defensa oponer al irresistible ascendiente de la nobleza y lealtad de Edmundo? ¿No era además hermoso, gallardo, sensible su alma y generoso su corazón? ¿Y cómo podía la pobre niña vencer una pasión que su abuelo conocía y aprobaba al parecer?

Sin el amor extremado que la Marquesa tenía á su hija, su dolor no hubiera sido tan intenso; pero si se considera que había cifrado en ella todas sus esperanzas de ventura, toda su ilusión del porvenir, que hasta que Dios se la envió, cual ángel de paz, al borde del sepulcro, vivió sin amor y sin consuelo, no se extrañará su desesperación.

Clementina no le había confiado su secreto; adivinaba lo que pasaba en el corazón de la Marquesa, y temblaba ante el pensamiento de tan dolorosa confesión.

Un año hacía que el joven Edmundo, ya ascendido á teniente, se había presentado en casa del Consejero. En todo este tiempo rogó varias veces á Clementina que confiase á su madre su mutua pasión, sin que ella pudiese jamás decidirse á hacerlo; cansado de suplicarle en vano, se decidió á abrir su corazón al indulgente y cariñoso ancia-

no, á quien debía la solicitud de padre; mas su mala fortuna lo dispuso de otro modo, arrebatándole de un solo golpe todas las esperanzas.

Cayó gravemente enfermo el Consejero, y débiles sus fuerzas para vencer la violencia del mal, sucumbió en breves días. Murió con la serenidad del justo, con la conformidad que imprime la religión y la seguridad de una buena conciencia, siendo su último suspiro una bendición para el padre de Edmundo, demostrando así que ni la muerte podía entibiar la gratitud que le debía.

Este golpe cruel acabó de abatir el espíritu de la Marquesa: resintióse su salud, se alteró su razón, y en su extravío maldecía á Edmundo, y llamaba á su padre, á su hija y á Osorio. El antiguo marino consolaba á Clementina, y Edmundo, que á pesar del odio de la Marquesa le profesaba cariño, no salía de su aposento.

La señora de Olmedo recobró por fin la salud á beneficio del exquisito esmero y acierto de los médicos en el tratamiento de su indisposición; pero quedó débil su cabeza.

Recaía con frecuencia en su delirio, y en medio de la incongruencia de sus palabras, manifestaba clara su aversión hacia Edmundo. Los desgraciados amantes tuvieron, pues, que renunciar á verse, por no exasperar la dolencia de la Marquesa, y aquella casa, que había sido para el joven el asilo paterno, se le cerró para siempre.

Entonces pensó en ir á abrazar á su padre y depositar en su pecho todas sus penas, y, al efecto, pidió y obtuvo licencia para un mes.

Una noche que meditaba en su próxima partida y en los medios de dar su último adiós á Clementina, entró su criado con una carta sellada con lacre negro. Tembló Edmundo al tomarla; pero venciendo su emoción, rompió el sello; y no bien había leído las primeras líneas, palideció y cayó sin conocimiento, dando un grito lastimero.

Era de su padre y decía así:

«Es muy posible que cuando recibas esta carta, hijo mío, haya yo dejado de existir para pasar ante el Tribunal de Dios, á quien pediré por tu felicidad. No llores esta separación momentánea: tu virtud y mis fervorosas súplicas merecerán que nos reunamos en el cielo, donde nos espera tu buena madre.

Escucha, hijo mío, las últimas palabras de tu padre moribundo; oye y graba en tu alma, con caracteres indelebles, lo que voy á decirte.

Sé siempre reconocido; ama y respeta á tu bienhechor, y no empañes jamás el honor que te he transmitido puro é ileso: estos dos preceptos resumen todos tus deberes, y observándolos estrictamente, satisfarás lo que debes á mi memoria y á tu propia dignidad. Te conozco demasiado, y por lo mismo abandono sin temor este mar proceloso que llaman mundo.

Adiós, hijo mío; mi mano desfallece, y se nublan mis ojos... ¡Adiós, mi adorado Edmundo!... Recibe, con su bendición, el último suspiro de tu padre

*Carlos Gálvez.*»

Al volver Edmundo de su desmayo, besó mil veces aquellos caracteres sagrados que contenían el último adiós de su noble padre.

—¡Todo lo pierdo á un tiempo!—exclamó con amargura el desdichado joven.—Mi padre y mi bienhechor no existen ya, y la fatalidad me roba á Clementina. ¡Oh, Dios mío!—prosiguió, elevando al cielo sus ojos.—¡Dios de consuelo y de bondad! ¿Por qué no me lleváis con ellos?

Largo rato permaneció Edmundo abismado en su dolor, con el semblante oculto entre las manos, sin tener, en trance tan amargo, quien le ofreciese consuelo ó le acompañase en su pena.

De repente levantó su frente pálida y se puso de pie; brillaron sus ojos, y un ligero carmín animó sus mejillas, socavadas y marchitas por largos días de sufrimiento.

—Vamos — murmuró, — vamos á ver á Clementina: tal vez se compadezca de mí, al saber que he quedado solo en el mundo.

Las grandes pasiones tienen la potestad de dominar todas las emociones del alma, por violentas que éstas sean: cuando un sentimiento exclusivo ocupa el corazón, la alegría, el pesar diríase

que parten de aquel centro, y que de él nacen y en él van á morir.

Eran las doce de la noche. El cielo, encapotado por densos nubarrones, no dejaba ver ninguna estrella, y reinaba un calor sofocante.

Edmundo se acercó á la ventana, y expuso al aire su frente abrasada; brillaban en sus ojos ráfagas de delirio, y su respiración era difícil y entrecortada. No bien se hubo serenado un tanto, embozóse en una larga capa y salió de su casa, tomando la dirección de la habitación de la Marquesa.

## VIII

### ÚLTIMA ESPERANZA PERDIDA

Al llegar Edmundo al sitio donde habitaba Clementina, sintió aumentarse la opresora angustia que destrozaba su corazón, y tendió la vista en su derredor.

La obscuridad aumentaba y retumbaba el trueno, precursor de la tempestad.

Gálvez atravesó el gran patio, y empezó á subir lentamente las anchas escaleras de mármol; de súbito se detuvo en ademán reflexivo, permaneciendo inmóvil largo rato.

—No—dijo,—no: prefiero verla sin que ella sepa que estoy aquí; quiero apurar de una vez esta amarga copa. ¡Oh, padre mío, sostenme y dame aliento en esta última prueba!

Bajando entonces la escalera que acababa de subir, se dirigió á una puerta situada cerca de la portería.

El Argos de aquella casa dormía sin cuidado.

Aproximóse Edmundo y escuchó: oíase hablar dentro de la habitación, y se veía luz por la ce-

rradura; sin duda que el joven conoció las voces, porque de súbito se serenó su frente.

—¡Julia!—dijo á media voz.

La conversación cesó dentro de la habitación, y se siguió el silencio más profundo.

—Julia — repitió Gálvez, — ¿no me conoces? Abre.

—¡Ah! ¿es usted, señorito Edmundo?—preguntó una voz juvenil.

—¡Sí, Julia: yo soy! Abre, — repuso Edmundo.

La puerta giró sin ruido sobre sus goznes, y una linda joven apareció riendo.

—¡Usted aquí, señorito Edmundo, y á estas horas!—dijo.—¡Si supiera usted cuánto me alegro de verle!

—Silencio, Julia — contestó éste con tan imponente acento, que espiró la sonrisa en los labios de la joven.—Dame la llave del jardín,—prosiguió con más dulzura. Y mirando luego con desconfianza hacia el fondo del aposento, sus ojos se fijaron en los de Julia como interrogándola.

—Es Fanni—dijo ésta, comprendiendo el pensamiento de Edmundo:—mejor será que no le vea á usted; tome usted la llave y tenga cuidado, porque Azor está en el jardín.

—¿Dónde se hallan la Marquesa y su hija?—preguntó Edmundo con alterada voz.

—En el salón del piso bajo—contestó la joven: —ya esperamos hace tiempo, Fanni y yo, que nos

llamen para desnudarlas. No sé decir lo que pasa en esta casa —prosiguió Julia;—pero lo cierto es que don Fernando de Osorio no se separa de las señoras: ahora mismo se hallan juntos.

Gálvez no contestó, y atravesando de nuevo el patio, se dirigió á la puerta del jardín; la abrió, cerrándola después detrás de sí, y empezó á andar con segura planta, á pesar de la lobreguez de la noche.

Pronto distinguió el resplandor de las luces que iluminaban el salón, cuyas ventanas abiertas, no obstante lo avanzado de la hora, permitían ver lo que pasaba en su interior.

Edmundo volvió á detenerse, llevando la mano al pecho para contener los latidos de su corazón, y haciendo después un violento esfuerzo, pudo llegar al frente de las ventanas y se ocultó detrás de un árbol.

Los ávidos ojos del desdichado penetraron en aquel aposento, donde había sido tan feliz bajo la égida protectora del venerable anciano que ya no existía.

Sentada la Marquesa, y envuelta en una báta de terciopelo negro, que hacía resaltar su extremada palidez, tenía entre las suyas una mano de su hija; su magnífica cabellera de color dorado, negligentemente recogida, contrastaba con el negro de azabache de sus cejas y pestañas.

Arrodillada Clementina á los pies de su madre, apoyaba su cabeza en uno de los brazos del sillón:

no podía verse su rostro; pero el movimiento convulsivo de sus hombros hacía conocer que lloraba.

El largo traje de luto que vestía la joven, extendíase como una alfombra sobre el pavimento, formando sus anchos pliegues un extenso círculo en derredor suyo.

Don Fernando Osorio, de pie y silencioso, contemplaba aquel grupo.

En el salón reinaba un profundo silencio, interrumpido sólo por los sollozos de Clementina.

Absorto el capitán en una muda y tristísima contemplación, no separaba sus ojos de aquellos objetos tan queridos para él.

Dejóse oir un ruido sordo entre los árboles del jardín, sin que se apercibiese de él el joven, pues continuaba en su actitud sombría y con la vista fija en Clementina, que, sin variar tampoco de postura, seguía sollozando.

El ruido se repitió más cerca: era Azor que venía corriendo hacia el sitio que ocupaba Edmundo.

Al llegar cerca de éste, gruñó sordamente; pero el noble animal, avisado en seguida por su fino instinto, y reconociendo al que había causado su recelo, lamió cariñoso sus manos, dándole así, y con los continuos y alegres movimientos de la cola, un testimonio de su recuerdo.

Una lágrima humedeció los abrasados ojos del infeliz Edmundo.

—¡Ah! ¡mi noble Azor! —exclamó:—¡con cuánta razón es designada tu raza como el emblema de la lealtad! Tú me conservas cariño, mientras que ella...

La voz de la Marquesa le interrumpió en sus amargas reflexiones, y fijó su atención con ansiedad.

—Ese llanto, hija mía—decía,—es ya una ofensa para nuestro amigo y para mí: si mis razones no tienen bastante fuerza para convencerte; si los consejos de mi amor son ineficaces para decidirte, yo te lo ruego por la memoria de tu padre, que te lo demanda también desde su tumba. Muévate esta sagrada invocación, y no amargues los días que restan de vida á tu desdichada madre.

Clementina levantó entonces la cabeza y se puso de pie. Edmundo llevó una mano á la garganta para sofocar un sollozo más fuerte que su voluntad.

El dolor había impreso su terrible huella en el semblante de la infortunada joven: estaba pálida y enflaquecida; eran ya blancos los labios que en otro tiempo ostentaban carmín tan vivo, y circuía sus grandes ojos una aureola amoratada.

Sentóse junto á su madre, enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y llevó la mano á la frente como para desterrar un pensamiento que la mortificaba.

—Escuchad, madre mía—dijo con alterada

voz,—y usted también óigame, señor. Voy á complacerles... mas esta obediencia exige el sacrificio de mi vida: moriré, pues, sin que una queja salga de mis labios. No me pregunten ustedes el motivo que me dicta esta resolución—prosiguió, animándose gradualmente;—yo lo diré sin esfuerzo, dando así una prueba de ingenuidad.

Cuando perdí la esperanza de ver á Edmundo —continuó Clementina con voz cada vez más ahogada,—pedí á Dios, con todas las veras de mi alma, que me reuniese pronto con mi padre, y creo me será concedida esa gracia.

—¿Y pudiste concebir el pensamiento de que yo consintiera nunca en unirte con un hombre sin posición, sin nombre y sin fortuna? Oye, hija mía—prosiguió la Marquesa dominándose:—yo me casé con un hombre que me doblaba la edad, y, no obstante, me hizo muy feliz. ¿Por qué tú, pues?...

—Basta, señora—interrumpió Clementina:—usted no había conocido á un Edmundo; usted dejó las sombrías y tristes paredes del claustro para ir á vivir á la casa de su esposo; usted tenía catorce años, y yo tengo veinte: la diferencia que existe entre usted y yo es, pues, inmensa, y por lo mismo no hay término de comparación posible.

—¡Perdón, perdón para ella!—exclamó Osorio, juntando las manos con ademán suplicante, al

ver la descomposición del semblante de la Marquesa.—Perdón, señora: el dolor la extravía.

—¡El dolor!...—repitió la irritada madre.—¿Hay alguno tan fuerte, tan intenso, que haga á una hija faltar al respeto que debe á su madre? ¿Hay algún pesar que autorice el olvido del sentimiento más noble, que es la gratitud? ¡Hija desnaturalizada y cruel!... ¡Yo te mal...!

Un alarido del anciano detuvo en los labios de la Marquesa la terrible maldición que iba á pronunciar.

—No me maldiga usted aún, madre mía—dijo Clementina con dolorosa sonrisa:—cuando yo muera, la inquietará ese remordimiento. Cuando usted guste—prosiguió volviéndose á Osorio,—seré su esposa.

—¡Adiós para siempre, Clementina!—gritó Edmundo, saltando al salón por la ventana, seguido de Azor.—¡Adiós!—repitió, abrazando frenético las rodillas de la joven, ahogado por el llanto, y como si sus labios no pudiesen proferir otra palabra.

La Marquesa, al oir el sonido de aquella voz aborrecida, había alzado la abatida cabeza; levantóse y fué á tirar del cordón de la campanilla sin pronunciar una palabra.

Un criado se presentó en el umbral.

—Llama á Juan y á Marcos,—dijo la Marquesa con alterada voz, presentándose los tres apenas había espirado la palabra en sus labios.

—Echad de aquí á ese hombre—continuó la señora de Olmedo, señalando á Edmundo que permanecía arrodillado á los pies de Clementina.

Este nada oyó: postrado ante la joven, seguía sollozando.

—¿No entendéis?—gritó furiosa la Marquesa: —os mando que pongáis á ese hombre en la calle.

—¡Oh, señora: por Dios, por la amistad, por vos misma! Piedad, indulgencia para los dos,—exclamó don Fernando.

Los criados habían levantado á Edmundo. Loco, furioso éste, arrojó lejos de sí la ancha capa y tiró de la espada: asustados los domésticos, retrocedieron; mas el joven, indignado, les dirigió los apóstrofes más duros.

—Retírate, vil canalla—exclamó,—si no quieres encontrar en mi venganza el premio que merece tu estúpida obediencia. Conoce la inmensa distancia que separa á los criados de la Marquesa de Olmedo de don Edmundo de Gálvez, y respétala.

Envainando después la espada, y volviéndose á Clementina, que pálida é inmóvil clavaba en él sus ojos extraviados.

—Te perdono, desventurada—dijo, vencido otra vez por la emoción é interrumpiendo sus palabras con amargos sollozos;—sí: no sólo te perdono, sino que rogaré al cielo por tu bien.

La infeliz joven permaneció muda y absorta, y Edmundo se lanzó á la calle.

—Por lo que le sea á usted más sagrado, señora, apiádese del estado de su hija,—dijo don Fernando al ver á Clementina que doblaba la cabeza sobre el pecho, cerrando los ojos.

—Silencio, Osorio,—interrumpió la Marquesa con voz segura ya:—dentro de tres días será mi hija su esposa de usted. Para vencer sus escrúpulos y cualquier otro obstáculo que pudiera sugerir á usted su delicadeza, acuérdese de que nos salva á las dos de la indigencia que nos amenaza, y piense también que sólo á precio de esta unión detengo la maldición que estoy próxima á lanzar sobre su cabeza.

Y volviendo la espalda sin mirar á su hija, que yacía inanimada, salió del salón cuando el reloj de la chimenea señalaba las dos de la madrugada.

## IX

### UNA MÁRTIR

El enlace de Clementina se efectuó tres días después de esta dolorosa escena, saliendo la noche del último de Madrid los esposos, acompañados de la Marquesa.

Don Fernando de Osorio había tenido la delicada galantería de comprar la quinta de Valencia, donde había nacido su esposa, y la llevaba allí, confiando en que los dulces y serenos recuerdos de la infancia disiparían su dolorosa melancolía.

Al unirse á Clementina, cediendo á la generosidad de su corazón, se impuso un amargo sacrificio. Amábala, es cierto, y suyo fué el primer pensamiento de este enlace; mas desistió de una idea tan grata para él, cuando se convenció del ardiente amor que la joven alimentaba por Edmundo.

Pidiendo á la Marquesa la mano de su hija, cedió más bien á la caballerosidad de sus impulsos que á la fuerza de la pasión. La muerte del Consejero las había constituído en un estado precario: toda su fortuna era el sueldo del anciano, y fal-

tando éste, la Marquesa se vió reducida á la corta pensión que le pasaba el hijo de su esposo.

Lastimado el noble corazón de don Fernando con la pena de Clementina, se esforzó en vano por convencer á la Marquesa para que consintiese en la unión de su hija con Edmundo; mas su dolor llegó al último extremo cuando se aseguró de que no era posible vencer la obstinación de la irritada madre, y de que no había remedio en lo humano que evitase la amarga suerte de la pobre joven.

Clementina hubiera podido unirse á Edmundo huyendo con él; pero este pensamiento criminal no encontró abrigo, ni por un instante, en su puro corazón, porque para aquella noble criatura era más fácil morir que traspasar los límites del deber.

Bien persuadido Osorio de que jamás podría vencer la insistencia de la Marquesa, se decidió á unirse á la señorita de Olmedo con dos intentos. El primero, el de atenuar su aflicción y llorar con ella. El segundo, el de salvarla con su madre de la estrechez y privaciones que las amenazaban.

La salud de la joven se alteraba más cada día, sin que el cariño y cuidados de su madre, que acrecieron desde que se vió obedecida, consiguiesen restablecerla.

Todo cuanto el amor materno y conyugal tiene de más sublime y tierno, era empleado con vivísimo interés para aliviar su continuo padecer,

mas sin éxito, porque las lesiones del corazón no tienen cura.

Ni una queja salía de los labios de Clementina; pero en su frente pálida se leía claro un dolor profundo combatido por un valor resignado.

Sentía cierto bienestar melancólico al recorrer aquella hermosa quinta que la vió nacer, y en la que se ensayaron los primeros juegos de su infancia. Allí veía el gabinete de su buen padre; más lejos, la galería donde corría con Azor; en el piso bajo, el salón donde jugaba al volante con su joven madre, y en todas partes, recuerdos dulces de un tiempo feliz.

Tres meses después de su casamiento, recibió una carta de Edmundo, y con ella el bálsamo del consuelo. Estaba fechada en Cádiz, y le decía que había salido de Madrid un día antes que ella para ir á llorar sobre la tumba de su padre; le deseaba felicidad, y le rogaba que rompiese su escrito, porque, de no hacerlo, podría comprometerla y turbar su paz doméstica.

Clementina guardó como un tesoro esta carta querida sin contestarla, y lo mismo hizo con otra que recibió poco tiempo después.

Diez meses habían pasado desde su casamiento, cuando la señora de Osorio dió á luz una niña. Este acontecimiento amortiguó algún tanto su pena, y su madre y su esposo concibieron esperanzas, que desgraciadamente fenecieron al nacer.

Apenas cumplió un mes la pequeña Rosa, que así se llamaba la hija de Clementina, cayó ésta en un estado alarmante de abatimiento y postración. La infortunada, no pudiendo resistir el fuego de su vehemente pasión, y agotado el sufrimiento en la larga y penosa lucha sostenida con tanto valor, cedía al fin el campo á la desgracia. Levantábase, no obstante, é iba á sentarse cerca de una ventana que daba á la risueña campiña, y allí, fijos los ojos en el hermoso y despejado cielo, evocaba la memoria de Edmundo.

La Marquesa comprendió el estado desesperado de su hija, y la inquietud y la ansiedad del remordimiento, de ese justo castigo con que la conciencia venga los ultrajes hechos á las leyes de la naturaleza, se apoderaron de su alma.

Al abrir un día la correspondencia de su hija, encontró una carta de Edmundo: palideció la señora de Olmedo al reconocer la letra, y rompió el sobre con inquieta impaciencia. En ella avisaba el joven á Clementina su llegada á la corte.

El dolor y la desesperación se apoderaron del corazón de la desdichada madre: entonces dió por cierto que la correspondencia con Edmundo había sido seguida desde que se separaron, y que su pasión, ávida sin cesar y exasperada por las cartas de éste, la había conducido al estado de agonía en que se encontraba.

Una mañana en que el sol aparecía radiante y puro, y el cielo más azul, se hizo vestir muy tem-

prano la señora de Osorio, y mandó abrir las ventanas.

Era un hermoso día de Septiembre, y los perfumes del jardín embalsamaban la estancia.

La joven se acercó á una ventana, apoyada en el brazo de su doncella, y aspiró con delicia el aire purificado y balsámico.

—Julia—dijo dulcemente,—condúceme hasta mi sillón y tráeme lo necesario para escribir.

—¿Cómo se encuentra usted hoy, señora?—preguntó Julia con afectuoso interés, sentando á Clementina suavemente en un ancho sillón.

—Bastante bien, Julia—contestó la enferma con su dulce sonrisa.—¿Y mi hija?—añadió, viendo volver á la camarera con los objetos que le había mandado traer.

—Rosita duerme aún, señora—contestó Julia,—y Magdalena, que salía ahora de su cuarto, me ha contado que había pasado la noche muy bien, como de costumbre.

—Tráemela en cuanto despierte,—dijo Clementina, preparándose para escribir.

—Está bien, señora,—contestó Julia retirándose discretamente hasta la ventana.

La palidez de Clementina era aquel día mucho mayor que de ordinario: rodeaba sus grandes ojos un círculo azulado, y su mano trémula apenas podía sostener la pluma.

Un momento permaneció indecisa: era la lucha postrera, el último esfuerzo de su alma.

—¡Oh, Dios míol—murmuró, elevando al cielo sus ojos con tristísima expresión.—¡Oh, Dios de piedad...! perdonadme si lo que voy á hacer es una falta... tened en cuenta mi largo y doloroso martirio, y merezca yo vuestra indulgencia en gracia de tan amargo padecer.

Inmediatamente púsose á escribir con febril agitación, y bien pronto el llanto corrió de sus ojos.

Haciendo, por fin, un último y poderoso esfuerzo, pudo concluir su carta.

«Voy á morir, Edmundo—decía en ella,—y antes de dejar el mundo quiero darte el último adiós. Próxima como estoy á comparecer ante el Supremo Juez, te aseguro sin remordimiento que te he amado siempre y que tu imagen querida no se ha separado de mi corazón un solo instante. Muero víctima de una pasión que no he podido vencer, á pesar de haber hecho inauditos esfuerzos para conseguirlo.

»¡Oh, Edmundo mío! muero amándote con el mismo entusiasmo, con el mismo fuego con que te amaba en los días felices que vivíamos al lado de mi abuelo; lo mismo que te amaba el día cruel en que, sin piedad, nos separaron para siempre.

»Mucho he sufrido; mas creo que Dios se apiada de mí, y que me abre el cielo donde me espera mi padre: la religión y la reflexión de lo que el deber me demandaba me han defendido; pero en

la ardua lucha que han sostenido mi corazón y mi conciencia, se han agotado mis fuerzas.

»He recibido tus dos cartas, que he dejado sin contestar, porque conocía que, haciéndolo, ofendía el nombre que llevo, y mi deseo ha sido que me acompañe á la tumba el consuelo de haberlo respetado.

»Dejo una hija, Edmundo, y te ruego, en nombre del ardiente amor que ha identificado nuestra existencia, que seas su protector y amigo si, como creo, llega el día en que se encuentre sola en medio de este agitado torbellino que yo dejo sin pena. Sé el amigo de mi Rosa; ámala, Edmundo, y no permitas jamás que le quiten la vida como á su desdichada madre.

»Perdona á la que me dió el sér: su extremado cariño la cegó; mas la venda caerá de sus ojos aunque para mí sea tarde. Créeme, Edmundo: ella daría hoy su vida por conservar la mía y hacerla feliz.

»Adiós, mi noble y generoso Edmundo; ven, yo te lo ruego, alguna vez á verter una lágrima sobre mi tumba. No te entregues al dolor; el cielo, que he ganado á costa de una larga y penosa agonía, es mi destino: en él me espera mi padre... él me llama lleno de ternura... Adiós, pues, Edmundo; voy á encontrarle y á rogar por tí...

*Clementina.*»

Esta carta, dirigida á Cádiz, fué remitda á Madrid desde aquella ciudad. La señora de Osorio ignoraba el regreso de Edmundo á la corte, porque su madre le había ocultado la carta en que éste se lo participaba.

## X

### LA MUERTE

Seis días después se hallaban en el aposento de la enferma la Marquesa y Osorio. La pequeña y linda Rosa sonreía alegremente en los brazos de Magdalena.

Eran las seis de la tarde. La señora de Osorio, sentada en un sillón, estaba envuelta en una bata blanca. Tenía la cabeza caída hacia atrás, y su magnífica cabellera de dorados reflejos, dividida en trenzas, bajaba casi hasta tocar el pavimento.

Ya había recibido los auxilios espirituales, que ella misma pidió con instancia; su alma se separaba del cuerpo sin violencia, y la muerte iba invadiendo á éste, debilitado por el largo padecer.

Aún estaba, sin embargo, muy hermosa Clementina: sus rasgados ojos, cerrados y guarnecidos de larguísimas pestañas, prestaban á su semblante una sublime expresión. Tenía entreabierta la pequeña boca, que dejaba ver una doble fila de nacarado esmalte, y cruzadas las hermosas y torneadas manos sobre las rodillas; mas su belleza inspiraba un sentimiento de profunda melancolía,

pues ofrecía la imagen fiel del ángel de los sepulcros.

Contemplábala su madre con desesperación, clavando en ella una sombría mirada, y su esposo, sentado junto á ella, estaba sumido en un intenso dolor.

—¿Quieres acostarte, hija mía?—preguntó la Marquesa á la enferma, tomando entre las suyas una de las manos de Clementina.

La joven movió ligeramente la cabeza.

—Haga usted... abrir... esas ventanas... madre mía... se lo suplico...—dijo después con débil y cortada voz y entreabriendo los ojos.

La Marquesa se levantó y fué ella misma á hacer lo que su hija deseaba.

—¡Ah!—murmuró la enferma.—¡Qué... bien... estoy así!... ¡Qué tarde tan... hermosa!... Hoy hace... dos años...—prosiguió con voz tan apagada, que sólo una madre pudiera comprender.—Hoy... hace dos años... que ví... á Edmundo... por la primera vez... era una... tarde tan hermosa como ésta.

Durante algunos instantes, sólo se oyeron los sollozos de la Marquesa y el congojoso estertor del pecho de la moribunda.

Reanimóse de pronto el semblante de Clementina, é incorporándose con dificultad,

—Quiero ver... á mi hija...—dijo.

Magdalena trajo la niña, que tomó la Marquesa y la acercó á Clementina.

—¡Adiós... hija mía...! ¡madre... querida... adiós!—exclamó la joven, confundiendo en un mismo abrazo á la Marquesa y á la niña.—Y tú... amigo mío...—prosiguió tendiendo sus dos manos al anciano, que se precipitó llorando á sus pies;—recibe mi última... despedida... Permite... que te dé... gracias por todo... lo que has hecho... por mí... y perdóname lo que te hice... sufrir... ¡Adiós!...—repitió echando sus brazos al cuello del anciano.—¡Adiós, tierno amigo mío! ¡Madre...! ¡Hija mía...! ¡Adi...ós!

Después extendió las manos, y sus labios murmuraron el nombre adorado de Edmundo.

—¡Hija mía...! ¡hija mía! ¡no quiero que mueras ..! No, no,—gritó la Marquesa con desgarrador acento, precipitándose de rodillas á los pies pies del sillón, y retorciendo sus manos con horrible y convulsivo dolor.

—¡Clementina... hija mía...! ¡Oyeme, óyeme, y dí al menos que me perdonas antes de alejarte de mí!—continuó la desventurada madre en el vértigo del dolor.—¿No me oyes...? ¿No me escuchas, hija mía? ¿Desconoces á tu madre? ¡Clementina, Clementina, respóndeme, por piedad, por Dios!

Levantóse desesperada, y fué á estrechar en su seno á la desgraciada mártir; pero al mirarla cayó desvanecida, lanzando un alarido desgarrador. Buscaba á su hija y había encontrado un cadáver.

En aquel momento se oyó el ruido de una silla de posta que entraba en el patio de la quinta, y poco después un hombre pálido, enflaquecido y cubierto de polvo, se precipitó en el sitio de tan funesta escena.

Era Edmundo de Gálvez.

—¿Dónde está Clementina?—preguntó azorado; y viéndola entonces, se aproximó rápidamente al sillón, engañado por la postura que guardaba el cadáver helado de la señora de Osorio.

Clementina dormía el sueño de la muerte en la actitud de un ángel acostado á los pies del trono del Señor.

Sin hacer Edmundo caso de la Marquesa, desmayada á sus pies, ni del esposo, que lloraba sin consuelo, tomó en una de sus abrasadas manos las yertas de Clementina, y no pudiendo persuadirse de la horrible verdad, puso la otra en el corazón de la joven. ¡Ay, aquel corazón que fué todo suyo, no palpitaba ya!

—¡Muerta!...—gritó, clavando sus ojos secos y desencajados en el cadáver.—¡Muerta!—repitió con temblorosa voz.

Lanzando después una lúgubre carcajada, tomó á la joven entre sus brazos, precipitándose hacia la puerta. Mas Osorio, que le observaba, se levantó lentamente y la cerró.

—Deténgase, joven—dijo con solemne acento, —y escúcheme: si es cierto que amó usted á ese ángel que ambos lloramos, no empañe la honra

que ella ha conservado pura á costa de su vida, con una acción imprudente. ¡Llore usted—prosiguió el noble y generoso anciano;—llore usted si puede, Gálvez! Las lágrimas alivian el corazón que destroza un intenso dolor.

Y tomando el cadáver de los brazos de Edmundo, sin que éste opusiese ninguna resistencia, le colocó piadosamente en el sillón que había sido su lecho de muerte.

—Váyase usted ahora, Edmundo—dijo después,—y déjeme cumplir los sagrados deberes que sólo á mí me tocan. ¡Víctimas de la fatalidad!—continuó Osorio, contemplando con amargura el yerto cuerpo de su esposa y al desdichado joven.—¡Os amásteis con pasión y la mano dura de la desgracia os persiguió sin descanso! ¡Ay! ¡por qué no aceptó Dios el sacrificio de mi vida y os hizo felices á vosotros!

Nada respondió Edmundo: imprimió sus labios en la frente helada de Clementina, y huyó de aquel sitio con la razón perdida y llevando la muerte en el alma.

## XI

### LA INFANCIA DE ROSA

Algunos días después de la muerte de Clementina, abandonó la Marquesa de Olmedo la quinta. La vista de aquellos lugares era un torcedor constante, un recuerdo vivo que aterraba á la desventurada madre, y quiso huir para siempre de ellos.

Dirigióse á Burgos: deseaba la soledad, y creía que en ninguna otra parte podía conseguirla tanto como en aquella ciudad, donde no era conocida de nadie.

Alquiló una habitación aislada y se encerró en ella, sola con su dolor.

Osorio buscó en vano un calmante á su pena en el amor que tenía á su hija: la herida era de esas que no se cierran jamás. Solo en el mundo y entregado al recuerdo de Clementina, cayó en una profunda melancolía.

La linda Rosa crecía, amada tiernamente por la fiel Magdalena, y su rostro infantil era una copia exacta del semblante de su madre; pero esta misma semejanza era un torcedor perenne para el corazón del anciano, á quien afligía sin cesar la

mortificante idea de haber contribuído, aunque sin voluntad, á la muerte desgraciada y prematura de su esposa.

Cuatro años hacía que Rosa había perdido á su madre, cuando don Fernando de Osorio, sin fuerzas ya para luchar con su pena, cayó enfermo. Vió llegar su hora postrera con resignado valor, y aprovechando instantes escribió á la Marquesa. Decíale que su muerte dejaba en la orfandad á su inocente Rosa, y le pedía para la pobre niña el amparo y protección que reclamaba su tierna edad, anunciándole que en cuanto él espirase, irían á reunirse con ella, su hija y Magdalena.

No esperaba don Fernando contestación de la Marquesa: desde su salida de la quinta no había escrito ni una sola vez. La desdichada madre había perdido la razón por la fuerza del dolor, y sus ojos, velados por densas tinieblas, hacía mucho tiempo que estaban cerrados á la luz.

Al escribirle, pues, cedía Osorio al deseo de recomendar su hija á alguna autoridad: el desgraciado anciano conocía, no obstante, que aquella sombra era ineficaz para protegerla, y llamó á Magdalena para que se encargase de su Rosa con toda la eficacia é interés de su amor, haciéndola jurar que no se separaría jamás de ella. La buena mujer prometió solemnemente cuidarla con la ternura de una madre, y velar siempre por su niña con solícito interés.

Don Fernando hizo testamento, dejando á su

hija única heredera de una inmensa fortuna, y asegurando la suerte de Magdalena; nombró un tutor de probidad conocida á su pequeña Rosa, y exhaló el último aliento con la serenidad del justo.

Tres días después de la muerte de su padre, salió Rosa para Burgos con Magdalena, que no hacía más que llorar y llenar de besos á la pobre huérfana.

Al llegar á la casa materna, sólo encontró la inocente niña á una mujer loca y ciega: ni una caricia recibió; únicamente oía la voz de la Marquesa cuando repetía con acento ronco:—¡Hija mía! ¡hija mía...! ¡no me dejes... no te separes de mí...! ¡Clementina... no te vayas...! ¡no me dejes sola!

Durante trece años, la vida de Rosa se deslizó triste y monotona. En todo este tiempo apenas tuvo la Marquesa un intervalo lúcido, y la pobre niña creció en aquella habitación, sombría como un sepulcro, sin conocer más cariño que el de su fiel Magdalena y el del leal Azor, que amaba á la hija tanto como había querido á la madre.

Una tarde que, como de costumbre, trabajaba junto á la ventana del aposento de su madre, levantó maquinalmente la cabeza para mirar á la calle: nunca se veía á nadie por la de San Esteban, y la joven se sorprendió no poco al ver á un hombre parado enfrente de ella que la miraba con atención.

Ruborizóse la doncella por ese instinto de pudor, innato en todas las jóvenes, puesto que su inocencia no le permitía comprender lo que significaba aquella mirada.

El curioso seguía contemplándola con fijeza. Era un capitán de infantería, y Rosa no había visto jamás á un hombre parecido á aquél.

Anochecía, y Magdalena entró con una luz, dirigiéndose á cerrar la ventana, sin reparar en el gallardo caballero que seguía mirando la casita.

Desde aquel día, todas las tardes volvía el capitán á ocupar el mismo sitio, y al ver á Rosa se disipaba la nube de tristeza que obscurecía su frente. Aventuróse, por fin, á saludarla con un leve movimiento de cabeza, y la joven le contestó con dulce sonrisa.

El capitán era Edmundo de Gálvez, cuyo regimiento había ido de guarnición á Burgos, y que, pasando casualmente por la casa de Rosa, creyó, al verla, que Clementina había salido de su tumba.

La gracia seductora de la joven, su hermosura, y sobre todo su extraordinaria semejanza con aquella Clementina tan amada, despertaron en el corazón de Edmundo un sentimiento que el tiempo había amortiguado.

Una tarde, á la hora en que no hay más luz que un débil crepúsculo, ofreció á Rosa un ramo de violetas, que la joven aceptó con cándida alegría: como todas las organizaciones nerviosas y

apasionadas, amaba las flores con extremo. Edmundo había colocado entre el ramo un billete, que cayó á los pies de Rosa al desatarlo.

Nada hablaba de amor. Gálvez sabía que esas improvisadas é insípidas declaraciones, lejos de interesar, retraen la voluntad é intimidan el corazón de una inexperta joven.

Rosa contestó con la seguridad que le inspiraba el estilo sencillo en que estaba concebido el billete.

Desde aquel día, la correspondencia no fué interrumpida. Mas esta inteligencia produjo en el pecho de la joven una inquietud que ella misma no acertaba á explicarse. Amaba sin saberlo, y la pasión más fuerte había invadido su alma; anhelaba confiar á alguno lo que le pasaba en su interior. Pero ¿á quién hacerlo? ¿en quién depositar su confianza? ¡Ay! No tenía madre, porque la anciana á quien daba este dulce nombre estaba privada de razón y no podía comprenderla; y en cuanto á Magdalena, un sentimiento instintivo de delicadeza le aconsejaba que no lo hiciese.

Reconcentró, pues, en lo íntimo de su alma el amor que le inspirara el gallardo capitán, á quien hablaba todas las noches á las doce.

La afable sencillez de la joven, la pureza de sus ideas, la bondad de su corazón, la dulzura de su carácter y su exacta semejanza con Clementina, hicieron reaparecer en el corazón de Edmundo una pasión que creía extinguida para siempre hasta entonces.

Había rogado á Rosa muchas veces que confiase á su abuela el mutuo cariño que se profesaban, ó que le autorizase para hacerlo él mismo, porque su único deseo era el obtener su mano; pero la joven se oponía siempre, diciéndole que en su estado de nulidad mental no podía comprenderla, y le rogaba dulcemente que le permitiese amarle, sin exigirle nada más.

Esta situación se hubiera prolongado indefinidamente á no haber recibido orden de salir de Burgos el regimiento de Gálvez. Desesperado éste y decidido á no partir sin Rosa, le propuso que huyera con él para unirse en la primera aldea; mas ésta se negó abiertamente, porque se horrorizaba á la sola idea de abandonar á su madre.

Ya hemos visto cómo, cediendo á los ruegos de Edmundo, consintió en que viese á su abuela, y el éxito funesto que obtuvo este paso.

## XII

### LA PARTIDA

La desesperación de Edmundo al alejarse de Rosa, creció de todo punto con la lectura de la carta en que le daba ésta su último adiós.

—¡Con que se inmola lo mismo que su madre! —exclamó.—¿Y podré yo consentir tan doloroso sacrificio? ¿Cumpliré así con el encargo solemne que me hizo Clementina? ¡Cómo obrar, Dios mío, cuando ella misma me rechaza y se despide de mí!

La aflicción más amarga laceraba el corazón de Edmundo; el deber y el honor le mandaban seguir sus banderas, dejando en Burgos toda su dicha del presente, todas sus esperanzas del porvenir. Amaba á Rosa con extremo; la amaba mucho más desde que sabía que era hija de Clementina, porque este vínculo la hacía aún más cara para él. La vida le era una carga odiosa lejos de Rosa, y sólo al pensar que se alejaba de ella para siempre, desgarrábase cruelmente su alma.

Al llegar á Madrid, se dirigió á la casa que fué

del anciano Consejero. Mirándola, se embriagaba con el recuerdo de lo pasado; mas bien pronto aquel dulce transporte cesaba y se entregaba á la pena de su situación presente.

Una noche que vagaba sin objeto por las calles de la populosa y coronada villa, pasó rápidamente un coche, y tal era la violencia de su marcha, que Edmundo fijó en él la vista como sorprendido.

—Es el coche del doctor Alvarez,—dijo un hombre que pasaba á la sazón, como si Edmundo debiera conocerle.

—¿Y quién es ese señor?—preguntó el capitán.

—¡Cómo, caballero! ¿No conoce usted al famoso médico, al célebre oculista?—dijo admirado el buen hombre.

—En verdad que no—contestó sonriendo Gálvez,—y no le extrañará á usted mi ignorancia cuando sepa que hace poco he llegado á Madrid.

—No hace mucho que ha venido él—dijo el complaciente interlocutor;—pero es tal el prodigio de sus curas, tanto su acierto y buen tacto, que es ya el asombro de la corte. Ha hecho con feliz éxito la operación de las cataratas; ha curado afecciones de pecho, dolores nerviosos, reúmas pertinaces...

—Dígame usted, caballero, ¿dónde vive?—interrumpió Edmundo.

—Está hospedado en la Fontana de Oro,—

dijo el hombre, muy satisfecho de poder mostrar que se hallaba al corriente de las novedades del día.

—Gracias, buen amigo, y adiós,—dijo el capitán, siguiendo su camino.

Edmundo se dirigió en seguida á la Fontana de Oro. Al oir encomiar la habilidad del doctor Alvarez, surgió en su mente un pensamiento. Si el médico pudiera volver la luz á los ojos de la Marquesa, su querida Rosa sería menos desgraciada. ¡Cuán grande, cuán inmensa alegría recibiría la joven! ¡Cómo la bendeciría! ¡Cuán grata le sería la memoria de su Edmundo!

Las diez de la noche serían cuando Gálvez llegó á la Fontana, abismado en estas reflexiones. Preguntó por el cuarto del doctor Alvarez, y un criado le condujo á él.

El aposento estaba amueblado con ese lujo sin gusto, peculiar de todas las fondas; constaba de una sala con alcoba y gabinete: la primera, iluminada con dos candelabros colocados sobre la chimenea, estaba tapizada y colgada de damasco encarnado; reflejaban la luz grandes espejos, y anchas butacas estaban repartidas por la habitación.

El doctor se hallaba en el gabinete, sentado delante de una mesa cubierta de papeles. Aparentaba tener cincuenta años, y su despejada frente estaba ya surcada de hondas arrugas: aquella fisonomía, pálida y abatida por las vigilias y el es-

tudio, tenía cierta serenidad augusta, respetable y santa.

Llevaba puesta una bata de brocado de seda carmesí, recamado de grandes flores negras; sus plateados cabellos cortados muy rasos, sus ojos azules de elocuente y bondadosa mirada, y su sonrisa dulce y melancólica, completaban un conjunto que inspiraba veneración y confianza.

Al ver al capitán, se levantó cortés y le ofreció su mismo sillón con una política expresiva y llena de dulzura.

—¿A qué debo el honor de esta visita, caballero?—preguntó á Edmundo luego que se hubieron sentado.—¿Tiene usted—añadió,—la desgracia de necesitar de mis servicios?

—Tengo, en efecto, que lamentar una desgracia—dijo el capitán,—y vengo á buscar el alivio en los profundos conocimientos de usted.

—Explíquese usted, pues, caballero: le escucho—contestó el doctor.—¿Carece su esposa de salud? ¿Está enferma su madre? Hábleme usted con confianza.

—Desgraciadamente, señor, soy solo en el mundo—dijo Gálvez con profunda tristeza.—Escúcheme usted—añadió, arrastrado por un sentimiento de confianza y por la necesidad irresistible de desahogar su corazón;—oígame usted, señor: voy á referirle mi vida entera, y ¡quiera Dios que tenga piedad de mí!

—Hable usted, hable usted—dijo el doctor

aproximando su asiento al del capitán;—yo también he padecido mucho, amigo mío, y, por lo tanto, un sentimiento invencible me inclina siempre al desgraciado.

Alentado Edmundo con tanta bondad, refirió al doctor la serie de disgustos que habían amargado su existencia: su amor á Clementina, el odio de la Marquesa y la pasión que profesaba á Rosa.

El largo martirio de la señora de Osorio conmovió hondamente al sabio anciano, y las lágrimas humedecieron sus ojos al escuchar el sublime y costoso sacrificio de su hija, compadeciendo el extravío de la Marquesa y excusando su dureza.

—Si la ceguera de la Marquesa—dijo,—procede de cataratas, curará, y recobrará la razón con la vista.

—¡Ah, doctor!—exclamó Edmundo, levantándose y estrechando las manos del anciano.—¡Será posible! ¿podría aliviarse la suerte de Rosa? Hable usted; pídame todo cuanto poseo, todo, hasta mi vida. ¡Ah!—prosiguió con amarga tristeza, —¡nunca he sentido como hoy la desgracia de ser pobre!

—Dígame usted su nombre, capitán—dijo el doctor:—no le ha proferido durante su narración.

—Me llamo Edmundo de Gálvez.

—¡¡Gálvez...!! —repitió el doctor, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría. Elevando después al cielo una mirada de profunda gratitud, hubié-

rase dicho que le daba gracias por algún inmenso beneficio.

Desapareció de súbito la expresión que animó por un momento la fisonomía del anciano, y sus móviles facciones recobraron su dulce serenidad.

—Escúcheme usted, pues, Gálvez—dijo con voz ligeramente alterada:—dentro de seis días salgo para París; mi designio era ir directamente; pero cambio mi intención y me detendré en Burgos para ver y curar á la Marquesa. Tenga usted paciencia aún—prosiguió el doctor, viendo que el capitán iba á interrumpirle;—déjeme que concluya, antes de manifestarme su agradecimiento. Yo he hecho muchos beneficios, que han recibido en recompensa la ingratitud más negra; no he encontrado aún un alma como la de usted, no he hallado hasta hoy las virtudes que le son innatas. Déjeme usted que haga la última prueba: si me equivoco, ¿qué importa un desengaño más, después de tantos sufridos? Le aseguro que será el último á que me exponga.

—¿Y qué le mueve á usted á usar de tanta bondad con un hombre que le es desconocido?—preguntó Edmundo;—¿por qué exceso de santa caridad quiere hacerme un beneficio tan inmenso?

—Le conozco á usted, capitán—dijo el doctor con suave sonrisa,—ó á lo menos creo conocerle; ya le he dicho además que quiero probar por la vez postrera.

—Pues bien, señor—exclamó Gálvez, cedien-

do al entusiasmo que aquel hombre le inspiraba: —pruebe usted. Quizás sea yo el destinado á persuadirle de que aún hay gratitud en el mundo. ¡Oh!—prosiguió el capitán en un arranque de apasionado reconocimiento,—¡oh, señor! ¡feliz yo mil veces si me pidiera la vida, único bien con que pudiera pagarle!

—Tal vez llegue un día en que yo mismo pida á usted una aseveración de esa protesta—repuso el doctor con melancólica sonrisa; por ahora sólo una cosa exijo de usted: tenga cuidado de su salud, que está más quebrantada de lo que usted mismo cree; esa palidez y el abatimiento de esa mirada me dicen que para usted no hay intervalo de descanso entre el día y la noche; tenga usted cuidado, capitán, porque los dolores del alma llegan á hacerse incurables si nos abandonamos á ellos; la cabeza destruye y mata al cuerpo, y contra la afección de aquel órgano, la indicación es bien conocida: la razón, la reflexión es lo único que puede curarle; la medicina es ineficaz en las lesiones morales.

—Tiene usted razón—repuso Edmundo;—he sufrido tanto, que yo mismo me estremezco al recordarlo; pero, gracias á usted, encuentro hoy un consuelo á mi dolor.

—Váyase usted, pues, á descansar, amigo mío —dijo el anciano,—y venga á verme todos los días mientras esté en Madrid. Mis muchas ocupaciones me privarán del gusto de verle en su

casa, porque no visito, y recibo aquí todas mis consultas.

Edmundo se despidió del generoso doctor hasta el siguiente día, y salió de su casa con el corazón henchido de admiración y gratitud.

## XIII

### UN BUEN DOCTOR

El doctor Alvarez salió de Madrid, despidiéndose de Edmundo con la efusión y ternura que lo hace un padre de su hijo, y anotando en su cartera las señas de la casa de la Marquesa.

Apenas descansó en Burgos algunas horas, salió en su busca y se dirigió á la calle de San Esteban, fijando desde luego su atención en la blanca casita que le había descrito el capitán.

Largo rato hacía que la contemplaba, sin saber á quién dirigirse, y ya iba á retirarse, cuando se abrió la puerta de la casa, y poco después salió de ella una mujer de edad madura, en cuyo semblante se retrataba una aflicción profunda.

El doctor, recordando la pintura que Edmundo le había hecho, reconoció en ella á la nodriza de la joven Rosa.

Magdalena cerró la puerta tras sí, y echó á andar acelerada. El doctor la siguió, y avivando también el paso, consiguió ponerse á su lado.

—¿Podría usted decirme, buena señora, si voy bien por aquí á la Plaza Mayor?—preguntó á la nodriza.

—Siga usted la calle,—contestó ésta sin dejar de andar.

—Puesto que llevamos el mismo camino, permítame usted que la siga para no extraviarme,—continuó el doctor sin desanimarse con el laconismo de su interlocutora, y siguiendo á su lado hasta la calle de San Nicolás.

—Yo me separo aquí, caballero—dijo la nodriza,—porque ya no llevamos el mismo camino: vuelva usted la calle á la derecha, y se hallará en la Plaza Mayor. Yo misma le hubiera conducido á ella; pero me es imposible porque voy corriendo en busca de un médico.

—¿Busca usted á un médico, señora?—preguntó Alvarez, pudiendo ocultar apenas su alegría: —pues ya le ha encontrado. Vamos, condúzcame usted á donde puedan ser útiles mis auxilios.

—Venga usted, pues, señor; venga pronto,—dijo la buena Magdalena volviendo atrás, y andando tan á prisa que apenas podía seguirla el doctor.

Pronto llegaron á la calle de San Esteban. Magdalena abrió la puerta y entró en la casa, precediendo al médico.

Al entrar éste en la sombría y triste vivienda de Rosa, se oprimió dolorosamente su corazón. Magdalena le condujo á la salita que ya conocemos, y le rogó que tomase asiento.

Las puertas de la alcoba estaban abiertas y permitían ver en su fondo un lecho rodeado de

cortinas blancas, en el que descansaba una joven; el gran sillón de vaqueta estaba colocado en la cabecera, y sentada en él la Marquesa de Olmedo. El semblante de la anciana había perdido algo de su tétrica y feroz expresión; pero en su pálida frente se leía una desgarradora angustia. Desde la impresión que sintiera al oir la voz de Edmundo, había tenido algunos intervalos lúcidos, y poco á poco desapareció el delirio, que era su habitual estado.

Este cambio favorable, que poco antes había llenado de gozo á la desdichada Rosa, no la causó ahora sensación alguna. Perdida la esperanza de ver á Edmundo, ¿qué era ya el mundo para ella? ¿qué valía la existencia? Se sentía morir, y allí en el lecho del dolor y entre las tristes paredes de la casa materna, daba gracias al cielo y pedía para Edmundo la protección divina.

¡Desventurada! ¡Con cuánto cuidado evitó que su madre advirtiese su pesar! ¡Con cuánto afán disimuló la alteración de su voz, ahogada muchas veces por el llanto! Esta heróica abnegación, este inmenso sacrificio, sólo Dios podía apreciarlos, porque la razón de la Marquesa estaba aún harto débil para que pudiese comprender lo que pasaba en el corazón de su hija.

Dos meses hacía que Edmundo había partido; aquella mañana se aumentó el decaimiento de Rosa, y una fiebre ardiente la obligó á acostarse, cayendo bien pronto en un profundo letargo.

Asustada la Marquesa, mandó á Magdalena que llevase su sillón á la alcoba de Rosa, y en seguida que fuese en busca de un médico.

La razón de la anciana fluctuaba de nuevo en aquel mar inmenso de dolor. No amaba á Rosa con el delirio con que había adorado á Clementina, porque el dolor había gastado en ella el sentimiento; pero la quería como á su único bien, y su amor aumentaba á medida que se disipaban las densas sombras que por tanto tiempo obscurecían su cerebro.

Al salir de casa Magdalena para cumplir la orden de su señora, fué cuando encontró al doctor.

Detúvose éste un momento en el umbral, contemplando con tristeza á la anciana sin vista y á Rosa sin sentido en su lecho.

—Beso los pies de usted, señora, —dijo acercándose á la alcoba.

—¡Ah! bien venido sea usted, señor doctor—contestó la Marquesa.—¡Si supiera con cuánta impaciencia le esperaba! Tenga usted la bondad de observar á mi hija—añadió,—y dígame si presenta peligro su dolencia.

—Abra usted la ventana,—dijo el doctor, dirigiéndose á Magdalena.

Obedeció ésta, y el médico se aproximó al lecho.

Rosa, pálida, inanimada, apoyaba la cabeza sobre su torneado brazo. Tan blanco estaba su rostro, que, á una media luz, no se hubiera distinguido de la batista de la almohada. Tenía ce-

rrados los rasgados ojos, y la sedosa franja de sus pestañas destacaba su sombra obscura sobre sus mejillas de alabastro.

El dolor, el sufrimiento no habían podido robar á aquel angélico semblante la expresión de sublime pureza, de resignación y de bondad que tenía impresa.

Mudo, absorto el doctor, contempló á aquel ángel de paz; acercándose después, puso su mano en el pecho y en la sien de la joven. Pidiendo luego recado de escribir á Magdalena, trazó algunas líneas, y dándole el papel, la envió á la botica, encargándole el pronto regreso.

—¿Qué me dice usted, doctor?—preguntó la Marquesa impaciente.—¿Ofrece su vida algún riesgo? ¿La curará usted?

—Pondré los medios, señora, para conseguirlo —contestó gravemente el doctor:—ofrezco á usted emplear todos los recursos del arte y toda mi eficacia é interés para combatir el mal; pero no puedo responder del resultado.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la pobre madre con dolorosa expresión.—¿Con que lo que yo creía una dolencia leve, es una indisposición grave? ¿Con que peligra la vida de mi hija? Tenga usted piedad de mí, señor—prosiguió juntando las manos y derramando un torrente de lágrimas.—Estoy ciega y sola en el mundo. ¡Salve usted á mi hija!

—Repito á usted, señora, que haré cuanto pue-

da—dijo conmovido el doctor.—Quisiera usted —añadió—cuidarla por sí misma, ¿no es verdad? ¿Desearía usted no fiar á nadie tan importante servicio? Su mayor alegría sería poderle acreditar el extremo de su amor, atendiendo con esmero á las exigencias de su situación, ¿no es cierto?

El anciano se detuvo, espiando en el semblante de la Marquesa el efecto que producían sus palabras.

Palideció ésta y juntó las manos, apretándolas fuertemente contra el pecho.

—¡Ah!—murmuró:—esa dicha inmensa no la conoceré yo jamás; no tengo derecho á esperarla, porque fuí muy culpable, y esta convicción me da conformidad en la pena.

—Dios se apiada por fin, señora—dijo el doctor con solemne acento:—esa conformidad religiosa, ese respeto á los decretos de la Providencia, bastan para espiar las mayores faltas, y yo preveo cercanò el momento de la compensación que merecen. Tal vez—prosiguió vacilante,—tal vez seré yo el encargado de esa misión sublime, que empezaré á desempeñar, si usted me lo permite.

La anciana hizo un movimiento, é iba á hablar; mas el doctor continuó diciendo con su dulce y serena voz:

—Hace rato que estoy observando los ojos de usted, señora, y me he convencido de que les ha robado la luz la enfermedad de las cataratas; yo

conozco los medios de curarlas, y si me promete usted valor y confianza, pronto desaparecerá el impedimento que obscurece su vista.

—¡Oh, no, no, doctor!—exclamó la Marquesa. —Alivie usted primero á mi hija, y después pensaremos en mí. ¡Mi hija, mi hija!—repitió confundiendo en su extravío á Clementina muerta y á Rosa que se moría.

El doctor comprendió lo que aquellas palabras significaban, enterado como estaba por la relación que Edmundo le había hecho.

—¡Si recae en su delirio—pensó,—no hay recurso: todo se ha perdido! Tranquilícese usted, señora—añadió en voz alta:—el estado de esta señorita no es tan desesperado como su interés por ella le hace ver, y es posible que ahora mismo salga de él,—continuó viendo entrar á Magdalena con la medicina.

Alvarez tomó una cuchara, y llenándola de la poción, la acercó á los labios de Rosa, que sintió la impresión y entreabrió dulcemente la boca.

Poco á poco tomaron sus mejillas un débil sonrosado; abrió los ojos, y pronunció el nombre de Edmundo.

—¡Pobre niña!—murmuró el doctor.

En seguida volvió á verter algunas gotas de la bebida en la boca de Rosa, que cobró más animación.

—¡Mamá!—dijo con débil voz,—¿estás aquí?

La Marquesa no respondió al dulce llamamien-

to de la doncella. Con la cabeza demudada é inclinada sobre el pecho, había vuelto á caer en su atonía.

—Calle usted, hija mía—dijo el médico, haciendo al mismo tiempo una seña á Magdalena para que se saliese de la alcoba:—su madre de usted duerme, y ese sueño regenerador es muy conveniente en su estado.

Rosa fijó los ojos en el doctor con timidez y admiración.

Alvarez se aproximó á la Marquesa y la contempló algunos instantes, volviendo después al lado de Rosa.

La pobre ciega nada podía ver ni oir, y yacía en una completa inmovilidad.

—Ahora vamos á hablar con franqueza, hija mía—dijo el doctor, sentándose á la cabecera del lecho.—La conversación que vamos á tener ha de producir más bien en la salud de usted que el uso de todos los medicamentos; el mal de usted, hija mía, nace del corazón, y yo conozco los medios de combatirlo y curarlo.

Nada contestó la señorita de Osorio: miraba absorta y silenciosa al doctor, mientras que éste la contemplaba con melancólica sonrisa.

—Escuche usted, Rosa—prosiguió el anciano: —usted ama al capitán Edmundo de Gálvez. Lo sé todo—continuó, viendo el terror que se retrataba en los ojos de la doncella:—soy el depositario del secreto de su pasión, que su confianza fió á

mi amistad, y vengo de su parte á salvar á usted y á devolver la luz á los ojos de la Marquesa.

El tiro era al corazón: palideció la joven, y quedó inmóvil y trastornada hasta que las lágrimas vinieron en su auxilio.

—Llore usted, llore, hija mía—dijo el doctor con cariñoso acento:—las lágrimas que se reprimen caen gota á gota sobre el corazón.

—¡Oh, señor!—exclamó la joven, cruzando las manos sobre el pecho con la expresión del reconocimiento más vivo.—¿Quién es usted? Dígamelo para que pueda acertar á venerarle del modo que merece la nobleza y santidad de su propósito.

Calló Rosa, quebrantada por la emoción, y echó hacia atrás, con su enflaquecida mano, las gruesas trenzas de sus cabellos castaños. Incorporándose después, fijó en el anciano una mirada nublada por el llanto.

—¿Viene usted de parte de Edmundo, señor?—dijo.—Usted le llevará, pues, mi último suspiro.

—No tenga usted cuidado, hija mía—contestó el doctor:—vivirá usted para ser tan feliz como su virtud merece. Escuche usted ahora: mañana voy á efectuar en la Marquesa la operación de las cataratas. ¿Me promete usted tener valor mientras dure?

—Lo prometo—dijo la joven con trémula voz;—pero permítame usted que le haga una pregunta: ¿sufrirá mucho?

—Lo menos posible, porque pondré todos los medios al efecto. Tranquilícese usted, pues—continuó el doctor:—se lo suplico en nombre de Edmundo; fíe usted en mí, y hasta mañana.

—Pero ¿quién es usted, señor, que me asegura dicha cuando me siento morir de pena? ¿Usted que me conoce á mí y ama á Edmundo?

—Ya lo sabrá usted algún día: yo le comprometo mi palabra, que es sagrada—dijo el doctor con gravedad.—Ahora procure usted descansar, hija mía, y hasta mañana, que vendré á verla muy temprano.

—Adiós, señor—contestó Rosa, llevando á sus labios una mano del doctor;—que el cielo le recompense tanto bien.

El anciano colocó paternalmente la cabeza de Rosa sobre la almohada, corrió á medias las cortinas del lecho, dirigió una mirada á la Marquesa, y después de haber llamado á Magdalena para que permaneciese al lado de su señora, salió de la estancia y se encaminó á la fonda donde se hospedaba.

## XIV

### LA OPERACIÓN

Las diez de la mañana del día siguiente serían cuando el doctor Alvarez entró en la habitación de la Marquesa.

Sentada ésta cerca del lecho de su hija, le hablaba tranquila; el sueño había reanimado su espíritu, y esperaba impaciente la llegada del doctor.

Pulsó éste á la joven y la encontró más aliviada; luego acercó él mismo el gran sillón á la ventana, y colocó en él á la Marquesa.

Inquieta y afectada Rosa al ver estas disposiciones, dudando del éxito de la operación, y deseando consolar á la anciana en situación tan penosa, suplicó encarecidamente al doctor que le consintiese levantarse. Accedió éste, y así que la hubo vestido Magdalena, situó Alvarez otro asiento enfrente del de su madre, y la colocó en él.

—Vamos, señora, valor—dijo dirigiéndose á la Marquesa:—por unos breves instantes de sufrimiento, va usted á experimentar la dicha de ver á su hija.

—¡Pero, Dios mío, será cierto!—exclamó la pobre madre.—¿Será posible que vuelva á ver la luz?

El médico se preparó; pidió á Magdalena una venda, y, aproximándose á la anciana, empezó á operar.

Ni un grito se escapó de los labios de la Marquesa. Rosa, abandonando su sillón, se había dejado caer de rodillas á los pies de su madre, y apoyaba la cabeza en sus rodillas, teniendo fuertemente asida una de sus manos.

La impasibilidad de la paciente dió seguridad y tiempo bastante al doctor para batir la tela que cubría sus ojos.

—¡La luz...! ¡ya veo la luz...!—gritó de repente; y extendiendo sus manos, tocó la cabeza de Rosa, á la cual estrechó contra su corazón.

—¡Oh...! —exclamó.—Clementina, ¿has bajado del cielo para consuelo mío...? Rosa, ¿eres tú ó es tu madre la que tengo delante de mis ojos?

—Cierre usted las ventanas, Magdalena, pronto,—dijo con voz fuerte el doctor, vendando los ojos de la Marquesa.

—¡Oh, Edmundo, bendito seas mil veces!—exclamó Rosa elevando al cielo sus ojos bañados en llanto.

—¡Edmundo...!—repitió la señora de Olmedo quedándose pensativa.

—¡Rosa, Rosa...! ¿qué tiene usted?—preguntó Alvarez al ver que la joven doblaba la cabeza

como un lirio tronchado por el viento. Tomándola después entre sus brazos, la tendió en el lecho, y enjugó con su pañuelo la frente de la pobre niña, cubierta de helado sudor.

La Marquesa se hizo conducir por Magdalena, y arrojándose sobre el lecho, cubrió el semblante de Rosa de besos y lágrimas.

—¡Fatalidad!—murmuró el doctor.—Sólo Dios y esta mujer pueden salvar á esta desdichada.

## XV

### AGONÍA

Un mes ha pasado desde el día en que el doctor Alvarez volvió la luz á los ojos de la Marquesa de Olmedo.

Son las doce de la noche, y el cierzo embravecido azota las vidrieras de la casita gimiendo sordamente.

Triste aspecto presenta el aposento en que vamos á introducir al lector. Rosa está tendida en su lecho, sin movimiento, y, al parecer, sin vida; el doctor de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y contemplándola en actitud sombría; la Marquesa con los ojos vendados aún y sollozando amargamente; Magdalena cubriendo con el delantal su rostro inundado de lágrimas, y Azor, el leal y viejo Azor, fijando la mirada en todos alternativamente, y lanzando de vez en cuando un lastimero gemido.

—¿Con que no hay esperanza?—preguntó la señora de Olmedo con voz entrecortada.

—Ninguna, señora—contestó el doctor:—la pulsación concluye, y empieza la fatigosa agonía.

—¡La agonía ha dicho usted! —repitió la anciana estremecida.—¿Con que va á morir? ¿Con que el cielo me roba mi último consuelo?

—Respete usted sus decretos, señora, y no interprete su justicia — repuso el anciano con severo acento.—No es él, es usted quien la mata sin compasión, y con las mismas armas con que asesinó á la desventurada Clementina. ¡Mujer cruel... pues que el sagrado nombre de madre debe negarse á quien rompe, desprecia y pisa las sagradas leyes de la naturaleza! Sí: ¡usted es el verdugo de sus hijas, y, al matarlas, ha atentado usted contra sí misma!

—¿Qué desea usted, pues?—preguntó la Marquesa con altiva arrogancia.— ¿Que entregue á Rosa al asesino de su madre? ¿Que fíe la rica herencia de esta niña á ese hombre sin posición? ¿Quiere usted, en fin, que los esclarecidos timbres de su ilustre cuna se denigren uniéndose á un hombre obscuro?

—Quiero—contestó el doctor,—que escuche usted á su conciencia; quiero que tenga usted piedad de esta hermosa y adorable joven, que muere en la primavera de su vida; quiero, en fin, que mida la corta distancia que existe entre usted y la tumba, y que no amargue los días que le restan hasta llegar á ella el recuerdo de su conducta criminal y de su feroz orgullo.

—¡Ah, doctor!—exclamó la Marquesa aterrada con el severo lenguaje del anciano,—¿no he refe-

rido ya á usted todos los dolores que han envenenado mi vida? ¿Por qué, pues, no tiene piedad de mí?

—Lo sabía todo antes de que usted me instruyese—repuso Alvarez:—sé hasta qué punto llega la crueldad de usted por un hombre digno de mejor fortuna, por un inocente á quien usted culpa injustamente, porque no quiere escuchar la voz de la razón.

Demudóse el semblante de la Marquesa, contrayéndose de un modo extraordinario.

—No me recuerde usted á ese hombre,—dijo sordamente.

—Señora, tengo que satisfacer un deber que yo mismo me impuse, y un deber es sagrado para mí—repuso el anciano con tan firme expresión, que dejó atónita á la Marquesa.—Voy á hablar á usted de ese hombre, mal que le pese, en presencia de su hija agonizante. Voy á convencerla de que le debe gratitud, porque él fué quien me rogó que viniese á dar la luz á sus ojos. Quiero que comprenda usted la excelencia de su corazón y la nobleza de sus ideas, que le recomiendan y encumbran mucho más allá de donde puede llegar la más alta nobleza.

—Y yo no quiero oir á usted, caballero,—dijo la anciana levantándose y dirigiéndose lentamente á la puerta.

—¡Marquesa de Olmedo!—exclamó el doctor con terrible energía,—prevengo á usted que, si

pasa ese umbral, pierde el último suspiro de su hija, que recogerá mi cariño, porque no consentiré que la vuelva usted á ver.

—¡Oh, no, no! ¡Eso sería horrible!—exclamó la anciana dejándose caer en la silla más próxima. Y recogiendo todas sus fuerzas, añadió:—Usted no hará eso, doctor; no lo hará, ¿es verdad? Ni morirá mi Rosa, ¿no es cierto? Dígame usted que no morirá; deme usted ese consuelo si aprecia en algo mi vida.

Alvarez se acercó á la Marquesa; desató con mucho cuidado la cinta que vendaba sus ojos, y tomándola por la mano la condujo hasta el lecho de Rosa.

Los ojos de la anciana, enrojecidos y débiles aún, se fijaron en la joven, que tenía cerrados los suyos, y cruzaba las manos sobre el pecho con una actitud llena de gracia é inocencia.

—¡Mire usted á su hija, señora—dijo el doctor, —y después dígame si la engaño cuando le advierto que va á morir!

—¡Rosa, Rosa! —exclamó la Marquesa cayendo de rodillas á los pies de su lecho;—¡hija mía! ¡Con que mi horrible destino es verte morir como á tu madre! ¡Con que no hay medio de salvarte...!

Los sollozos le impidieron continuar, y ocultó la frente entre las ropas del lecho.

—Usted puede darla la vida, señora, y puede hacerla muy feliz.

—¡Yo...!—repitió la anciana;—¡yo...! ¿y no me ha dicho usted aún lo que he de hacer? Vamos—prosiguió con febril impaciencia,—vamos: hable usted.

—Escriba al capitán rogándole que venga en el momento que reciba su carta: la presencia del objeto amado es el recurso que resta, es mi única y última esperanza. Dígale que gane instantes, y que su presencia aquí sea la respuesta.

—¡Llamar á Edmundo...! ¡al verdugo de mi hija!—exclamó la anciana.—¡Oh, jamás, jamás!

—Pues entonces, ¿para qué me pregunta usted el modo de salvarla? ¿Para qué llora su muerte, cuando está decidida á no ceder, siguiendo en su opinión monstruosamente errónea? ¿Va usted ahora—prosiguió con amarga sonrisa,—á llamar á Gálvez su verdugo? Mire usted á esta niña; mire usted cómo todavía le llaman sus labios; vea usted esas lágrimas que se desprenden de sus ojos: esas lágrimas son su última despedida, son su postrer adiós al capitán.

—¡También le ama más que á mí...! ¡lo mismo que su madre...!—exclamó con amargura la Marquesa.—¡Oh, cuán desdichada soy!

—No compare usted estos dos amores, señora—dijo el doctor;—nada tiene de común el dulce sentimiento del cariño filial con ese incendio voraz que todo lo arrastra y lo consume: si hubiera usted sabido distinguirlos, aún viviría Clementina. Permítame que me retire—añadió, tomando

el sombrero,—y sepa que parto satisfecho de haber cumplido con mi deber. Se queda usted sola á sentir las consecuencias de su conducta.

—¡Oh, doctor!—exclamó la Marquesa, cruzando sus manos con ademán suplicante.—¡No, no me abandone usted! ¡No deje usted morir á mi Rosa! ¡Deténgase por lo que más ame...! ¡Haré... haré lo que usted quiera!

—Cálmese usted, señora, se lo suplico,—dijo Alvarez, conmovido, á su pesar, por aquel terrible dolor. Acercándose luego al lecho, añadió:—Va á salir del letargo, y es preciso que usted se decida.

—¡Oh, Clementina, Clementina mía!—exclamó la Marquesa, arrodillándose y elevando al cielo sus trémulas manos.—¡Oh, hija mía querida! ¡Tu memoria me vence! ¡No quiero que me acuses desde el cielo de no haber salvado á tu hija! ¡Ruega al Señor que vuelva este ángel á la vida!

Levantóse y se dirigió á la mesa; el doctor le preparó en silencio lo necesario para escribir, y la anciana trazó, con temblorosa mano, las siguientes líneas:

«Venga usted en cuanto reciba esta carta, Edmundo, si no quiere perder más que la vida, y si desea evitarme la muerte.

*La Marquesa de Olmedo.*»

—Véndeme usted ahora los ojos, doctor—dijo la noble madre:—ya no se volverán á abrir á la luz hasta que pueda abrazar á mi hijo.

—¡Dios bendiga á usted, señora!—dijo el anciano, cubriendo los ojos de la Marquesa; y ambos se dirigieron de nuevo á la alcoba de Rosa, que empezaba á salir de su letargo.

## XVI

### EDMUNDO

Al separarse el doctor del capitán, le ofreció noticiarle lo que ocurriese relativo al estado de Rosa y á la curación de la Marquesa.

Falto del consuelo que sentía con las reflexiones y consejos cariñosos del doctor, Edmundo se entregó á su imaginación fogosa, exacerbando su pena con la exageración de sus ideas. Despertábase y creía ver á Rosa espirante, como vió á Clementina.

—¡Rosa, Rosa!—exclamaba entonces.—¡No te separes de mí... quiero seguirte... sí... sí: la muerte, término dichoso de una existencia penosa, va á unirnos para siempre!

Otras veces creía oir la voz de la señora de Osorio que le pedía cuenta de su hija, de su Rosa, que con tanto encarecimiento le había recomendado. Maldecíale Clementina y le llamaba su verdugo. Cruzando entonces las manos convulsas por la fuerza del dolor,—¡Perdón—gritaba,—perdón! ¡Piedad, Clementina! ¡No pronuncies esa terrible maldición!

Cuando la señorita de Osorio, rendida al peso de su pena, se postró en el lecho, el capitán sintió oprimírsele el corazón. El amor verdadero, la fuerte simpatía de dos almas hermanas, habían unido con lazos indisolubles á aquellos dos hermosos y nobles seres, tan magníficamente dotados por el cielo de todas las virtudes; como las palmeras del desierto, se comprendían y amaban desde lejos, y el capitán sentía todos los tormentos de Rosa, del mismo modo que se reflejaban en el alma de ésta todos los dolores de Edmundo.

Para él, que había ya amado á Clementina, no eran desconocidos los pliegues más secretos del corazón de su hija. Rosa era el alma de su madre, descendida del cielo para darle algunos días de ventura en este mundo de martirio.

En medio de tanto dolor, le sorprendió una carta del doctor, á la que iba unido un pequeño billete. Sin advertir que éste había caído á sus pies al abrir aquélla, Edmundo leyó ávidamente, y sin poder dar crédito á sus ojos, lo siguiente:

«¡Bendito sea Dios, Edmundo, que me permite ver lucir el día más feliz de mi vida! Hoy puedo pagar á usted una deuda sagrada que tenía contraída con su noble padre. Aquella alma benéfica me salvó de la indigencia, y le debo la vida y todo cuanto soy.»

Al llegar aquí se detuvo el capitán, vencido por la emoción que sentía.

—¡Oh, padre mío!—exclamó.—¡Bendito seas, pues que todos santifican tu nombre! No bastaba á tu amor haberme dado la vida. ¡Quisiste derramar mil beneficios para que yo recogiese el fruto de ellos! ¡Bendita seas, alma santa! Tú has dejado en este mundo la luz purísima que alumbra mi áspero camino.

«Oiga usted, Edmundo—prosiguió leyendo,—y envanézcase al conocer la excelencia de la sangre que circula por sus venas.

»Yo me hallaba en Madrid, huérfano, sin amparo y en la indigencia. La casualidad hizo que su padre de usted me conociera, y sin duda debí interesarle, porque quiso saber mi inclinación, y viendo mi predilección por la medicina, pagó mis estudios y ocurrió á todos los gastos de mi carrera, siendo para mí el protector más noble y el más cariñoso padre. Cuando intentaba yo hablarle de mi gratitud,—Calla—me decía,—hijo mío: nada me debes; soy rico, y el goce más dulce para mí es la satisfacción que me causa el bien que hago. La fortuna que Dios dispensa no es para que nos envanezcamos y miremos con desprecio la desgracia: es, sí, para que la atenuemos con beneficios. ¿Qué diferencia existe entre nosotros para que tú vivas privado de lo necesario, y yo goce de todas las comodidades que me proporciona lo superfluo? Si algún día estás en buena posición, transfiero mi crédito para entonces, hijo mío, y lo que hoy crees deberme, me lo sa-

tisfarás con los beneficios que hagas á tus semejantes.

»Concluídos mis estudios, quise aprender más, y pedí á su padre de usted su beneplácito para pasar á Inglaterra. Concediómelo y me repitió sus santos consejos, que le juré seguiría siempre. Seis años permanecí en el extranjero; el joven doctor español adquirió nombre, porque en el ejercicio de mi profesión me asistió la fortuna, y al volver á mi patria me precedió la fama de mis hechos.

»Apenas la saludé, me dediqué con empeño á buscar á mi bienhechor; y al fin pude saber ¡ay de míl que pobre, desgraciado y solo había muerto en Cádiz. El dolor más amargo destrozaba mi corazón, al pensar que no había podido cerrar sus ojos. Marché á Cádiz, y después de tributarle los últimos obsequios y de besar mil veces el sepulcro en que coloqué sus preciosos restos, volví á Madrid para buscar á usted. No le diré cuánto trabajé, Edmundo, para conseguirlo: Dios sabe que puse todos los medios que están al alcance humano; ni aun sus compañeros de usted sabían dónde estaba: sin duda ocurrió entonces la muerte de la señora de Osorio, y ocupado justamente en este grave acaecimiento, no pensó usted en dar cuenta de sí mismo.

»Perdida la esperanza de lograr mi propósito, marché á Italia, llevando conmigo el dolor de la muerte del padre y la incertidumbre de la suerte del hijo.

»Ya era yo entonces muy rico, pero también muy desgraciado. Siguiendo religiosamente los consejos de mi bienhechor, hice todo el bien que pude; mas sólo ingratos encontré, y todos aquéllos á quienes colmé de beneficios fueron áspides que abrigué en mi pecho, que después desgarraron sin piedad.

»La virtud se acrisola con el sufrimiento: sólo las almas débiles y mezquinas pierden la fuerza y la fe cuando las hiere el soplo de una injusta decepción. El estudio purifica las ideas; la experiencia modifica los impulsos y dirige los hábitos. Resistí, pues, con valor al desengaño, fortalecido con las santas doctrinas de su padre de usted, y buscando mi consuelo en la religión, puerto seguro en las borrascas de la vida.

»Juzgue usted de mi alegría cuando, á mi regreso de Italia, le encontré: yo le dejé muy joven y me era difícil conocerle; pero el relato de su interesante historia, que escuché con ansiedad creciente, me hizo ver en usted al hijo de mi querido bienhechor.

»Formé entonces mi designio, y contrariando mi ternura, sellé mi labio é impúse silencio á mi corazón. Intentaba volver á usted la dicha que creía perdida para siempre. Si no lo consigo, me decía; si salen fallidas mis esperanzas, nunca sabrá lo que he hecho: en este caso, le manifestaré mi deuda para con su padre, y mi celo, mis cuidados y mi amor le consolarán de sus des-

gracias. Mas el cielo, que conoce su virtud de usted, se ha dignado tomar mi deuda como suya. La Marquesa está curada, y le llama á usted, como podrá convencerse de ello, por el adjunto billete que le escribe.»

Edmundo se inclinó, cogió el papel y leyó rápidamente su contenido. Mas su semblante se cubrió de lívida palidez, temblaron sus manos y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Rosa va á morir...!—murmuró con ahogada voz;—á no ser así, no me llamaría esa mujer...—Y volviendo á tomar su crispada mano la carta del doctor, acabó de leerla con ojos desencajados.

«Venga usted, pues, Edmundo—concluía;—pero venga pronto si quiere salvar á Rosa; si no pierde instantes, aún puede ser feliz.»

El capitán se precipitó sobre el cordón de la campanilla y tiró de él con violencia.

—Ve y toma un asiento en el coche del correo que sale para Burgos—dijo al criado que se presentó.—¡Pronto! ¿qué esperas?—añadió, dando impaciente con el pie en el suelo al ver que le miraba atónito.

Inclinóse el criado y salió presuroso, seguido de Edmundo.

El correo iba á partir, y el capitán saltó al coche, que arrancó con violencia ocultándose entre una nube de polvo.

## XVII

### EL PERDÓN

Al entrar el carruaje en el patio de la casa de correos, situada en el hermoso paseo del Espolón, saltó Edmundo al suelo y tomó como una exhalación el camino de la casa de la Marquesa.

La puerta estaba abierta, y Edmundo llegó, sin encontrar á nadie, hasta el aposento de Rosa.

Eran las tres de la madrugada. La Marquesa, sentada junto á una mesa, apoyaba en ella el brazo y sostenía la frente con su mano.

Aún tenía vendados los ojos; su semblante, grave y hermoso siempre, estaba profundamente triste. Su cabellera, de plateada blancura, abundante y sedosa, se dividía sobre su frente en dos espesas trenzas, que servían de marco á su semblante; todas sus facciones conservaban restos de una belleza sin igual; mas el terrible abatimiento en que estaba sumida la hacía asemejarse á Niobe llorando la pérdida de su último hijo.

El doctor Alvarez se paseaba por el aposento: muchos días hacía que no salía de aquella casa y que no se apartaba un instante del lado de Rosa.

De vez en cuando se aproximaba con cuidado á la alcoba y levantaba una de las cortinas, que volvía á dejar caer después de algunos segundos de observación.

—¡Que sea él, Dios mío!—exclamó.—¡Tened compasión de este ángel!

Al concluir estas palabras, apareció Edmundo en el umbral. Pálido y erizado el cabello y bañada la frente, presentaba la imagen de la desesperación.

—¿Y Rosa?—gritó;—¿dónde está Rosa? ¡Oh, doctor, por la memoria de mi padre, dígame usted dónde está!

El médico entró en la alcoba y entreabrió las cortinas del lecho. El capitán se lanzó detrás.

A los primeros ecos de su voz, hizo la joven un movimiento. Aquel sonido, que penetró hasta su alma, comenzó á sacarla de su letargo.

—Venga usted, Edmundo—dijo el doctor á Gálvez, que, más pálido y desfigurado que la joven, se apoyaba maquinalmente en una de las columnas del lecho;—acérquese sin temor, puesto que ella le ha estado viendo siempre en el fondo de su pecho: ninguna sensación peligrosa puede producirle su presencia.

Precipitóse el capitán de rodillas junto al lecho, y cubrió de besos una mano de la joven. Ni llorar ni proferir una sola palabra le era posible; únicamente se escapaba de su pecho un tristísimo sollozo más elocuente que las más apasionadas frases.

El doctor se aproximó al lecho.

—¡Rosa!—dijo á la joven.—¡Rosa...! ¿me oye usted?

Movió ésta lentamente la cabeza y sonrió con dulzura.

—Escuche usted, mi amada Rosa—continuó el doctor:—el capitán Gálvez me escribe que va á venir, y presumo que ya debe estar muy cerca.

La mano de Rosa, que el doctor tenía entre las suyas, tembló ligeramente, y Alvarez sintió que se enardecía y que se alteraba su pulsación.

—¿No me escucha usted, Rosa?—repitió el doctor.—¿No me oye cuando le digo que viene Edmundo?

Desprendiéronse gruesas lágrimas de los ojos cerrados de la joven.

—Ya no le veré más, señor—dijo con dulcísima voz;—voy á morir y á unirme con mi madre, que me llama desde el cielo.

—Pase usted al otro lado del lecho, Gálvez, donde no pueda verle: pronto—dijo el doctor con voz baja, pero imperiosa.—Usted, señora—prosiguió dirigiéndose á la Marquesa,—colóquese detrás de mí.

Ambos obedecieron, y el doctor se volvió y desató la cinta que vendaba los ojos de la anciana.

De repente se incorporó la señorita de Osorio sobre un brazo, y abrió sus rasgados ojos fijándolos en Alvarez.

—Cuando llegue Edmundo—dijo,—ya estaré

yo con mi madre rogando á Dios por él; pero dígale de parte mía, y mire usted, señor, que le hablo en la hora de mi muerte, dígale que le he amado hasta el último instante de mi vida, y que para él ha sido mi pensamiento postrero.

—Y si usted misma pudiera decírselo, hija mía, ¿no sería mejor? ¿Por qué desconfía usted de la bondad de Dios, usted que es tan buena y piadosa?—dijo el doctor con cariñoso acento.

—Voy á morir, señor, se lo repito—respondió la pobre Rosa;—ya no tendré la ventura de verle.

—¡Sí, le verás, hija mía!—exclamó la Marquesa, quien, sin poder contenerse por más tiempo, se arrojó sobre el lecho, cubriendo de besos y lágrimas el semblante de Rosa.—Ven, Edmundo —prosiguió diriguiéndose al capitán:—déjame el placer de que sea yo la que te conduzca ante mi hija;—y tomando por la mano á Gálvez, á quien el doctor contenía con sumo trabajo, le llevó junto á la enferma.

—¡Edmundo...!—exclamó ésta con un acento en que se veía claro el amor inmenso que llenaba su alma.—¡Eres tú! ¿Es cierto que te veo...? ¿Acaso se reproduce la visión engañosa que sin cesar me persigue? Dime—continuó, echando sus brazos al cuello del capitán,—¡dime que eres mi Edmundo, aquél que tanto me quería y á quien tanto amaba yo!

Pálida y quebrantada por tan violentas emo-

ciones, dobló Rosa la cabeza sobre el hombro de Edmundo.

—¡Doctor, doctor, mírela usted!—exclamaron á un tiempo la madre y el amante.

—Nada hay que temer—repuso Alvarez;—de la crisis pendían la muerte y la vida: habéis llegado á tiempo, Gálvez; Rosa está curada, y lo que la postra es un desmayo causado por la violenta emoción que ha experimentado.

En efecto: la joven, tan demudada pocos instantes hacía, se iba animando súbitamente; sus labios blancos habían tomado un leve colorido, y parecía que la sangre y la vida circulaban por sus venas.

La Marquesa y el capitán contemplaban absortos á aquella noble y generosa criatura, á la cual un milagro acababa de arrebatar al imperio de la muerte.

—¿Qué dice usted, doctor?—preguntó el capitán con ansioso cuidado;—¿no le parece á usted que esta crítica situación se prolonga demasiado? ¿No podría usted indicar algún medicamento que ayudase á la naturaleza tan combatida de Rosa?

—Repito á usted, Edmundo, que se ha salvado,—contestó el médico.

—¡Oh, doctor!—exclamó el capitán, estrechando entre las suyas las manos del anciano.—Pídame usted el sacrificio de mi vida... ¡ella vale mucho menos que la existencia de Rosa!

El médico se volvió para ocultar su emoción,

y se dirigió á la alcoba. La Marquesa sostenía á su hija, que acababa de volver de su desmayo, y buscaba con inquieta mirada al capitán; al verle, una sonrisa de dicha asomó á sus labios.

—Antes de hacer á Rosa la protesta de mi amor—dijo Edmnndo, acercándose á la Marquesa,—permítame usted que implore el perdón de las faltas que el frenesí de mi pasión me ha hecho cometer.

—Yo soy, Edmundo, quien debe esperar esa gracia de tu bondad. Sí: yo te ruego que me perdones lo mucho que por mí has sufrido; cruel é injusta he sido para contigo; mi dureza, mi detestable orgullo han amargado tu existencia, y la han hecho desgraciada durante mucho tiempo.

Rosa había levantado la cabeza, y miraba absorta el grupo que formaban la Marquesa y el capitán.

—¿Qué no te debo yo, Edmundo?—continuó la Marquesa.—Me has pagado el mucho mal que te he causado dándome todo el bien que podía apetecer. Me has vuelto la vista y la razón, y me vuelves á mi hija, que mi ciega obcecación precipitaba en la tumba de su desventurada madre.

Lágrimas de dolor brotaron de los ojos de la Marquesa á este tristísimo recuerdo. Mas haciéndose superior á su pena, se acercó á Rosa.

—¡Hijos míos!—exclamó, juntando en las suyas las manos de la joven y las del capitán.—Recibid el juramento que os hago de uniros para

siempre, y de confundiros con igual ternura en mi corazón. Recibid la bendición de vuestra madre, y plegue á Dios prolongar y hacer felices los días de vuestra existencia... Y tú, hija mía adorada—prosiguió elevando al cielo sus ojos arrasados de llanto,—sé feliz en esa gloria que te conquistó tu largo y doloroso martirio. Perdona á tu madre, Clementina, y bendice al hombre á quien tanto amaste y á la hija de tu corazón...

Rosa y el capitán lanzaron un grito, y por un espontáneo movimiento llevaron ambos á sus labios las manos de la Marquesa.

—¿Cuándo podrá dejar mi hija la cama, doctor?—preguntó la anciana.

—Confío en que podrá ser dentro de cuatro días, señora,—contestó el médico.

—Yo espero que la bondad de usted no rehusará encargarse de una comisión que le reservo,—dijo sonriendo la Marquesa.

—Estoy, señora, á las órdenes de usted,—contestó el doctor.

—Sepa usted, pues, desde ahora, que todos le encargamos de los preparativos del casamiento. Tenga usted cuidado, mi buen doctor—añadió la Marquesa:—esta comisión le crea un compromiso, y no dude que Rosa, Edmundo y yo seremos inflexibles para pedirle cuenta. ¿Ha dicho usted que mi voluntad era la ley? Pues bien: deseo que de aquí á un mes estén mis hijos unidos para siempre.

—Acepto, señora, tan dulce compromiso, y lo llenaré con placer y tan cumplidamente, que no temo ser reconvenido,—contestó Alvarez.

—¡Bendito sea usted, amigo míol—exclamó Edmundo.—Usted ha sido el autor de nuestra dicha y nuestro ángel de salvación.

—Yo le debo hasta la existencia á su padre de usted, Edmundo, y hubiera dado sin vacilar toda la sangre de mis venas por ver á usted feliz. Pero observe usted á Rosa—continuó:—se ha dormido, y ese sueño benéfico le traerá la vida y la salud.

## XVIII

### LOS CONTRATOS

Un mes después del día en que la Marquesa de Olmedo concedía al capitán Gálvez la mano de Rosa, presentaba la casita de la calle de San Esteban un aspecto muy distinto de aquél con que la hemos conocido.

Eran las nueve de la noche, y el aposento de la señora de Olmedo se hallaba enteramente cambiado: una sillería sencilla, pero elegante; un hermoso espejo sobre la chimenea, y amplias colgaduras de seda verde que caían delante de las puertas y ventanas, habían reemplazado los pobres muebles que anteriormente tenía.

Veíase en el centro de la estancia una mesa cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban ricamente bordadas de oro las armas de los Marqueses de Olmedo y de la noble casa de Osorio. Dos candelabros de plata cincelada, puestos sobre la mesa, sostenían doce bujías de rosada esperma.

La Marquesa vestía un traje de *moirée* obscuro, cuyas mangas dejaban ver otras de riquísima

blonda, lo mismo que el ancho cuello; una manteleta de terciopelo negro cubría su talle, y sobre sus trenzas de plata llevaba una preciosa cofia de Valenciennes.

Rosa, vestida con un sencillo, pero elegantísimo, traje de raso blanco, no tenía otro adorno que una rosa del mismo color, medio perdida entre sus cabellos.

Aún estaba pálida: una aureola azul circuía sus grandes ojos, y sólo la gracia, la esbelta elegancia de sus hombros y garganta, podían disimular su absoluta carencia de carnes.

Estaba hermosa, sin embargo; hermosa de felicidad y de amor.

Edmundo había dejado el uniforme y vestía un traje negro.

Un personaje grueso, con grandes anteojos de oro y también completamente vestido de negro, se hallaba sentado delante de la mesa, en la que se veían varios papeles extendidos y una riquísima escribanía de plata.

La Marquesa, Rosa, Edmundo, el capellán de San Esteban y otro caballero de aspecto venerable, ocupaban asientos cerca del de los anteojos, que era un notario.

Aquella noche era la destinada para firmar los contratos nupciales de Edmundo y Rosa. Esperábase al doctor Alvarez, que hacía veinte días había salido para Madrid con el fin de obtener la licencia para el enlace del capitán, y conjurar la

tormenta que indudablemente debía amenazarle por haber abandonado al regimiento sin la autorización competente.

La última carta del doctor anunciaba que, terminado todo de un modo satisfactorio, estaría de vuelta el 7 de Junio á las nueve de la noche. Significaba á la Marquesa su deseo de que los contratos se firmasen entonces, y le rogaba que le esperasen, porque quería intervenir como testigo presencial.

La Marquesa lo dispuso todo para la noche del 7; y como quiera que en aquella ciudad no tuviese relaciones, sólo avisó al capellán de San Esteban, que se presentó acompañado de un anciano á quien ya conocía la Marquesa.

Las nueve y media señalaba el reloj, y la señora de Olmedo fijaba su vista impaciente en la puerta; tenía entre las suyas una mano de Rosa, que, débil aún, apoyaba su cabeza en el respaldo de su sillón.

—¿No oyes ruido, Edmundo?—preguntó la Marquesa al capitán.

—En efecto—contestó éste:—me parece que se oye llegar un coche.

Entonces se percibió más cerca el rumor de un carruaje, y poco después se detuvo una silla de posta enfrente de la casa.

Edmundo se dirigió á la puerta al tiempo mismo que el doctor aparecía en el umbral.

Venía el anciano cubierto de polvo, y el sudor

bañaba su frente. Dirigióse á la Marquesa y á Rosa, estrechó afectuosamente sus manos, abrazó con transporte al capitán y saludó con la cabeza á los demás.

—He hecho esperar á ustedes, y lo siento—dijo enjugando el sudor;—pero, amigos míos, se descompuso una rueda del carruaje y tuve que detenerme dos horas, á pesar mío. Puede usted proceder á la lectura del contrato, caballero,—añadió dirigiéndose al notario y poniendo sobre la mesa un cofrecito de ébano.

El notario se levantó y empezó la lectura. Los bienes de la señorita de Osorio eran inmensos, porque era en extremo rica la herencia de su padre.

Al nombrar al esposo, interrumpió el doctor al escribano.

—Ponga usted un millón quinientos mil reales junto al nombre de Edmundo, y suprima el título de capitán—dijo el anciano.—Mi querido Edmundo—prosiguió volviéndose á Gálvez,—abandonaste las filas del sangriento Marte, para entrar en el imperio del amor; has dejado el estruendo de la guerra, para vivir feliz en los brazos de la dulce paz. Ya no eres militar; pero, en cambio, heredas millón y medio de reales.

—¿Qué dice usted, doctor?—preguntó Edmundo asombrado.—Usted se chancea, sin duda. Yo soy solo, no tengo pariente alguno, y...

—Te engañas, hijo mío—respondió el doctor:

—tenías un tío de tu madre en los Estados Unidos, que ha muerto en Nueva York, y te ha nombrado su heredero á falta de otro pariente más cercano.

—¡Ah!—exclamó Gálvez, fijando una penetrante mirada en el semblante del anciano.—¡Ah, doctor! permítame usted que diga que encuentro inverosímil y raro este incidente...

—Pero contra la prueba de los hechos no opondrás resistencia, me parece—dijo Alvarez, abriendo el cofrecito que había dejado sobre la mesa, y que estaba lleno de billetes de banco y de letras de cambio.—Mira y cree,—añadió sonriendo.

La Marquesa había firmado durante este diálogo, y Rosa se disponía á hacerlo.

—Vamos, Edmundo—dijo el doctor sonriendo siempre, aunque se retrataba en su semblante una profunda ansiedad;—vamos, mira á tu prometida que acaba de firmar y te presenta la pluma.

Edmundo la tomó con mano trémula.

—Yo no debo firmar—dijo:—mi empleo era toda mi fortuna, y sin él nada puedo ofrecer á Rosa, nada, porque en vano trata el doctor de encubrir su generosidad con una noble mentira.

—¡Qué dices! —exclamó Alvarez. — ¿Acaso crees, Edmundo, que ese dinero me pertenece? No, no: ese dinero es tuyo, le has heredado tú.

—Y aun cuando así no sea—dijo la Marquesa levantándose y conduciendo á Edmundo junto á

la mesa;—aun cuando fueses pobre, firma, hijo mío: te lo ruegan tu madre y Clementina.

Aún dudaba Gálvez fluctuando entre la austeridad de sus principios y su amor; pero una mirada que dirigió á Rosa acabó de decidirle. Más pálida la joven que su vestido, le miraba con las manos cruzadas, mientras que dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¡Aceptar tan heróica abnegación!—dijo Edmundo con alterada voz al doctor.—¡Consentir en que se despoje usted de todo por mí...! ¡Oh! ¡Es harto grande el sacrificio!

—Y bien—exclamó Alvarez haciendo un esfuerzo para ocultar su emoción:—supongamos que no existe semejante herencia; supongamos hasta que el dinero que encierra ese cofrecillo es mío: tú no debes rechazar una oferta que te hace tu padre, porque yo, hijo mío, soy tu padre, y nada más justo que te entregue y tú admitas una parte de lo que debo al que te dió el sér.

—¡Oh, mi generoso bienhechor!—exclamó Edmundo abrazando al noble anciano.

—No, no digas tal cosa: yo no soy generoso, porque al darte esa suma voy á exigirte una condición; óyela bien para que puedas satisfacerla. Has de vivir siempre conmigo, y tus manos han de cerrar mis ojos cuando yo muera: júrame, pues, hijo mío, que ni tú ni Rosa os separaréis jamás de mi lado, y que será mío todo vuestro cariño, después del que debéis á vuestra madre.

—¡Sí, tuyo, tuyo será, querido padre mío!—exclamó Edmundo en un transporte de indecible amor, mientras que Rosa, incapaz de proferir una palabra, se inclinaba llorando sobre una mano del anciano y apoyaba en ella sus labios.—¡Te lo ofrezco, te lo juro, por la memoria sagrada del que me dió la existencia!

—Firma, pues, hijo mío; tu madre te lo ruega, —dijo la Marquesa enjugando sus ojos empapados en lágrimas de enternecimiento.

Vencido Edmundo, firmó con pulso alterado por la fuerte emoción que experimentaba. Después fué á echarse en los brazos del doctor, que le estrechó contra su corazón embriagado de gozo, mientras la señora de Olmedo oprimía á Rosa contra su pecho.

—¿Te acuerdas, Edmundo, de lo que te dije la primera vez que te ví en Madrid?—murmuró el anciano al oído de Gálvez;—¿te acuerdas de que te dije, respondiendo á tus palabras de gratitud, que ya te pediría yo mismo la recompensa de lo que iba á hacer por tí? Pues bien: en este instante acabas de pagarme con usura todo lo que debías al doctor desconocido.

Nada respondió Edmundo; únicamente elevó al cielo sus negros ojos, como para dar gracias á su padre por tanta felicidad.

## XIX

### EL CASAMIENTO

Al llegar el doctor á Madrid, su primera diligencia fué pedir para Edmundo la licencia absoluta, que obtuvo por su prestigio y altas relaciones; redujo después á metálico cuanto poseía, y volvió inmediatamente á Burgos.

Don Antonio de Alvarez no creyó contraer mérito alguno cediendo toda su fortuna al hijo de su bienhechor.

Había dedicado al estudio los mejores años de su vida, y su corazón, sensible y generoso, no tenía vínculo que le hiciese desear la existencia. Amó, porque se hizo la ilusión de que le sería posible encontrar un alma hermana de la suya; pero más tarde la realidad, los desengaños ahuyentaron su halagüeña esperanza.

Al renunciar al amor, buscó otro sentimiento que llenase su alma; creyó que lo encontraría en la gratitud: fué pródigo y benéfico, y recibió en pago indiferencia y desvío.

Sin las máximas de austera y sólida virtud que el padre de Edmundo sembró en su corazón, el

alma del doctor hubiera zozobrado en el tempestuoso mar de la vida y entre aquellas olas de amargo dolor, como la mísera nave que boga sin remos ni timón; mas la religión le abrió seguro puerto, mostrándole á lo lejos el faro de la bienaventuranza; dedicóse con asiduidad al estudio, viviendo sólo para la ciencia y conservando indeleble en el alma el recuerdo de su bienhechor.

El día en que encontró á Edmundo fué inmensa su alegría, y necesitó de todo el imperio que tenía sobre sí mismo para no descubrirse á él. Al oir la lastimera historia que le refiriera, con tal nobleza é ingenuidad, se conmovió hasta lo íntimo de su alma, é hizo á Dios el juramento de devolver á Edmundo, si no la dicha, al menos la calma y la tranquilidad. Entonces fué también cuando resolvió hacerle donación de toda su fortuna, proyecto que puso en práctica después, del modo que se ha visto.

El anciano amaba á Edmundo con un cariño enteramente paternal: le amaba mucho más desde que sabía cuán amarga le había sido la existencia; amaba también á Rosa, y la admiración que este ángel purísimo le inspiraba, era aún mayor que el cariño que hacia ella sentía. Nunca, ni aun en los sueños ardientes de su juventud, había visto nada que pudiera compararse á la hija de Clementina.

Cuando vió asegurada la felicidad de aquellos dos seres tan amados y tan dignos de serlo, y

cuyo cariño era para él el límite del mundo, les participó su resolución de no separarse de ellos, y la Marquesa, que le miraba como una divinidad en la tierra, y que, llena de gratitud, confesaba deberle la vista, la razón y la vida, apoyó su idea.

La señora de Olmedo manifestó á su hija que sólo le restaba, para ser del todo feliz, ver cumplido su deseo de acabar sus días en la quinta en que había nacido y muerto su amada Clementina, y en la que ella misma había abierto sus ojos á la luz.

La joven lo hizo saber á Edmundo y al doctor, que accedieron gustosos. Fueron, pues, restaurados los muebles y las pinturas, sin consentir la Marquesa que se variase la distribución de las habitaciones ni se tocase al jardín.

Muy cerca de la quinta se encuentra situada una pequeña y linda ermita, cuyo patrón es Santo Tomás. Allí determinó esta familia respetable colocar los restos mortales del Marqués de Olmedo, de Clementina, de don Fernando de Osorio y del padre de Edmundo, á cuyo efecto se erigió un magnífico mausoleo de mármol, en el cual la señora de Olmedo dispuso que se reservase un nicho: la amante madre quería dormir su último sueño junto á la hija de su corazón. Rosa, Edmundo y el doctor deseaban gozar de su dicha cerca de aquellos restos queridos.

Terminado todo, se acordó definitivamente

marchar á la quinta tan pronto como se efectuase el enlace.

La aurora de aquel día tan deseado encontró levantada á la anciana, que se encaminó al cuarto de Rosa: aún dormía la joven; contemplóla durante algunos instantes, y después besó con amor su serena frente.

Al sentir tan dulce impresión, abrió Rosa los ojos, sonrióse y echó los brazos al cuello de la Marquesa.

—Vamos, hija mía—dijo la señora de Olmedo, ayudando á Rosa á ponerse una bata de mañana: —Edmundo y nuestro querido doctor esperan ya, y el capellán está avisado para las siete.

—Llama á Clara, mamá—dijo Rosa con dulzura,—y vístete tú también.

—Voy á ayudarte á tí primero, hija mía, porque ni Clara ni Isabel te vestirán á mi gusto: corto será nuestro tocado, porque sólo he mandado dejar fuera los trajes de camino.

—Permíteme, al menos, que llame á Clara para que me peine—dijo la joven:—esto te molestaría demasiado.

—Tienes razón, hija mía—contestó la anciana: —siempre lo hará antes que yo, porque en verdad—añadió, acariciando la angélica cabeza de Rosa,—me costaría mucho arreglar estos magníficos cabellos.

Tiró del cordón de la campanilla, y una camarera se presentó al instante.

—¿Está todo dispuesto, Clara?—preguntó la Marquesa.

—Sí, señora,—contestó aquélla.

—¿Han salido los equipajes?

—Los de la señora Marquesa y el señor doctor han salido hace una hora; los de la señorita y el señorito Edmundo acaban de salir.

—¿Y los vuestros?

—Pronto estarán arreglados.

—Ya sabes que Isabel viene con nosotras. ¡Ah! ¿Y los ayudas de cámara de mi hijo y del señor doctor han cumplido las órdenes que les dí anoche?

—Ya han salido con los equipajes, llevando también á Azor.

—Peina á mi hija ahora mientras yo me visto, y avísame después.

La Marquesa salió, y Clara desató la espléndida cabellera de la joven, que la envolvía como un manto de seda. Tomando después el peine de marfil, alisó con maravillosa agilidad los rizados bucles y enlazó las gruesas trenzas detrás de aquella seductora cabeza.

Después iba á llamar á la Marquesa; pero se detuvo al verla venir peinada y vestida ya.

Era una hermosa mañana del mes de Junio. Clara abrió las ventanas, y el aire perfumado de las flores penetró en la estancia.

La Marquesa abrochó á Rosa un lindo traje de camino de cachemira gris perla, y echó sobre los

hombros de la joven una ancha pelliza de piel de cisne, forrada de raso, para preservarla del fresco de la mañana, al mismo tiempo que Clara se acercaba con una bonita y sencilla capota de transparente gasa azul.

—Llévala al aposento de mamá, Clara—dijo la joven;—me la pondré al subir al coche.

La Marquesa llevaba un traje de igual clase y hechura que el de su hija, aunque de color obscuro; su manteleta era de piel de chinchilla, y negro su sombrero de camino.

La señora de Olmedo y su hija salieron del aposento, y fueron á encontrar á Edmundo y al doctor.

—Que los coches estén dispuestos para las nueve — dijo la Marquesa dirigiéndose á Magdalena, que era la que transmitía y hacía ejecutar las órdenes de su señora;—marcharemos en cuanto se termine la ceremonia.—Y apoyándose en el brazo del doctor, se encaminó á la iglesia de San Esteban, seguida de Rosa y Edmundo.

Por fin se unieron aquellos dos seres, cuyos corazones se habían purificado en el crisol del sufrimiento; se enlazaron aquellas dos nobles almas que habían agotado hasta las heces la copa amarga de la desgracia. Al pronunciar Rosa el *sí* solemne que la unía para siempre con su adorado Edmundo, elevó al cielo sus ojos con una mirada de profunda é inefable gratitud.

La Marquesa y el doctor, con la mirada per-

dida en el espacio, buscaban en él sus sombras queridas.

—¿Estás contento de mí, bienhechor mío?—murmuró el anciano.

—¿Has perdonado á tu madre, Clementina?—dijo en voz baja la Marquesa. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Una hora después, dos sencillos, pero elegantes, coches de camino, salían de Burgos por el Arco de Santa María, y tomaban al trote el camino de Valencia. Iban en el primero la Marquesa, el doctor, Rosa y Edmundo, y en el otro Clara y una muchacha del país que la acompañaba.

Magdalena é Isabel se quedaban en Burgos ocho días más para concluir de levantar la casa.

# EPILOGO

Son las siete de una hermosa tarde del estío: el sol, recostado ya en su lecho de nubes, dora aún con sus reflejos las copas de las palmeras y naranjos que crecen en la hermosa y fértil campiña de Valencia. La luna aparece radiante y llena, y el lucero vespertino brilla ya en el firmamento.

Aún deja oir el ruiseñor sus armoniosos trinos, y el canto monotono de la cigarra se escucha sin cesar entre las ramas de los árboles.

Todo es vida, armonía y amor, porque nunca se adora á Dios como en esa hora en que no hay más luz que un débil crepúsculo. Entonces, recogido el corazón, sujeto el pensamiento y errantes los ojos entre el cielo y la tierra, es cuando se comprende la grandeza y omnipotencia del Creador.

Un coche baja al paso el camino que media entre la hermosa quinta de los señores de Gálvez y la ermita de Santo Tomás, conducido por un cochero y dos lacayos con galoneadas libreas.

—¡Pare usted!—dijo una dulce voz de mujer al auriga desde el fondo del carruaje.

Obedeció éste; fué á abrir uno de los lacayos la portezuela con el sombrero en la mano, y una joven saltó al suelo con ligereza, sin que su piececito tocase apenas en el estribo.

Tenía puesto un largo vestido de seda azul, una ligera manteleta que permitía ver toda la gracia y esbeltez de su talle, y un sombrero de paja que cubría dos gruesas trenzas de cabellos castaños, con reflejos dorados y brillantes.

Tendió sus negros y rasgados ojos por el camino, y se dirigió lentamente hacia la ermita.

—¿Quiere la señora que la siga el coche?—preguntó el lacayo acercándose respetuosamente á la joven, siempre con el sombrero en la mano.

—No: gracias, Bautista—contestó ella dulcemente;—espéreme usted aquí: voy á sentarme allá arriba,—añadió señalando una pequeña eminencia desde la cual se descubría toda la campiña.

Inclinóse el doméstico, y su señora se sentó sobre la húmeda yerba.

De súbito oyóse, aún lejano, el rumor de los pasos de un caballo, y una viva expresión de alegría iluminó el hermoso semblante de la joven; brillaron sus ojos y se levantó rápidamente.

Pronto apareció un caballero, que venía al trote airoso de un hermoso alazán tostado. Su rostro, dotado de esa belleza varonil peculiar de los hijos del Mediodía, tenía una expresión muy pronunciada de nobleza y altivez; había ya pasado la primavera de su vida, y se veían algunas hebras

de plata entre los negros rizos de sus cabellos; pero aún ardía en sus rasgados ojos el fuego de la pasión. Vestía un sencillo y elegante traje, y su torneada mano sujetaba negligentemente la brida de su fogoso caballo.

Al divisar á la joven, hizo un ademán de alegría y se apeó con un movimiento lleno de gracia y de soltura.

—¡Tú aquí, Rosa!—dijo estrechando á la joven apasionadamente contra su pecho.—¡Y á estas horas! ¿estás sola?

—No, Edmundo mío—dijo Rosa echando sus brazos al cuello de su esposo:—he venido en el coche de mamá, y por su orden me ha acompañado Bautista, que nos espera.

—¡Ah, bien!—dijo Gálvez más tranquilo; y pasando el brazo de su esposa debajo del suyo, se quedó entre sus manos la blanca manecita de la joven.

—¿Y mamá? ¿Y el doctor?—preguntó.

—En casa jugando al ajedrez é inquietos con tu tardanza. ¡Oh, cuánto te aman, Edmundo!—prosiguió la señora de Gálvez.—Mamá no vive ni sosiega, ni quiere que le hablen de nada mientras su amado hijo no está á su lado; hoy es para nuestros padres un día de inmenso placer, porque se cumple el año de nuestra unión.

—Ya he dado gracias á Dios sobre la tumba del que me dió la vida—dijo Edmundo,—y le he rogado, como siempre, con ferviente anhelo, que

te conserve á mi lado hasta el fin de mis días; á tí, que eres mi hermoso ángel tutelar, el encanto de mi vida y la vida de mi alma,—continuó, imprimiendo sus labios en la pura y serena frente de Rosa.

—Mamá no me ha permitido acompañarte á la ermita, porque el doctor le ha dicho que me afecto demasiado—dijo la señora de Gálvez;—pero mi impaciencia me ha traído á esperarte, contando con la tardanza cuando vas á Santo Tomás.

—¿Tienes celos de los muertos, amada mía? —dijo Edmundo con melancólica sonrisa.

—¡Oh, no!—repuso la joven con infantil candor:—amo, como tú, esas sagradas memorias, y, como tú, las respeto con la veneración más profunda. — E interrumpiéndose de repente,—¡Mira! mira á nuestro pobre y viejo Azor,—exclamó viendo llegar al noble animal casi arrastrando de fatiga.

—Nos ha echado de menos y viene á buscarnos,—continuó Rosa con los ojos llenos de lágrimas; y arrodillándose en el suelo abrazó con amor á su perro leal, que se tendió á sus pies exánime de cansancio.

Edmundo contempló durante algún tiempo aquel tierno é interesante cuadro, que tan bien simbolizaba la sensibilidad y el reconocimiento; y llamando después á Bautista,

—Toma á Azor—dijo,—y colócalo con cui-

dado en el coche, porque está fatigado; vuelve á casa, y lleva el tiro al paso y al caballo de la brida; nosotros iremos á pie.

Bautista iba á obedecer; mas el inteligente animal pareció comprender las palabras de Edmundo, porque se levantó y saltó dentro del carruaje así que vió abierta la portezuela, colocándose en el almohadón que le estaba destinado durante los largos paseos.

Bautista, rígido observador de la etiqueta, corrió las persianas, no obstante el calor que hacía, y tomó al paso el camino, mientras otro lacayo conducía de la brida el caballo de su señor.

Edmundo volvió á tomar bajo el suyo el brazo de Rosa, y los dos amantes esposos emprendieron lentamente el camino que conducía á la quinta, mientras que miles de estrellas iban bordando el manto azul del firmamento.

FIN DE ROSA

# FLOR DE ORO

La única dicha positiva de la tierra se encierra en la hermosa esperanza que nos dan estas palabras de nuestro eterno y amoroso Padre: *Los que lloran serán consolados.*

(De un libro inédito.)

# I

—¡Te digo que calles, Ana! Nada de cuanto me has dicho me convence, y sólo consigues irritarme con tus necedades.

Estas duras palabras fueron pronunciadas por los labios frescos y rosados de una jovencita que llegaría apenas á los quince años de su edad.

Aquélla á quien se habían dirigido guardó silencio, en efecto, é inclinó la cabeza sobre un bastidorcito que tenía en la falda. Y en el cual había extendido un rico pañuelo de batista.

Era otra jovencita, que contaría un año más; pero mucho menos linda que la que acababa de reconvenirla con tanta acritud. Ya sabemos que se llamaba Ana, y quiero, lectoras mías, deciros algo acerca de su persona.

Figuraos una joven de diez y seis años, de mediana estatura, delgada y pálida; adornad su semblante, que no puede llamarse feo por su graciosa nariz y linda boca, con dos hermosos ojos negros y una plácida expresión de bondad dulce y resignada, y tendréis una idea, aunque imperfecta, de Ana.

Ya he dicho que su compañera era mucho más bonita; llamábase Sofía: largos cabellos rubios y sedosos guarnecían su frente blanca como el nácar; su boca, muy pequeña, estaba adornada de una lindísima y diminuta dentadura; su nariz era fina y recta; su tez estaba animada de un delicioso sonrosado; en suma, Sofía era una belleza. Ana era á lo más, y aun esto á los ojos de las personas indulgentes, una criatura simpática, dulce é inofensiva.

—¡Vamos! ¿ya estás triste?—preguntó Sofía con impaciencia, después de algunos instantes de silencio, y al ver que Ana había vuelto á su labor sin replicar una sola palabra;—¿ya te has encerrado de nuevo en tu insufrible silencio?

—¿Y qué quieres que haga?—observó Ana alzando la cabeza, y dejando ver una ancha lágrima que temblaba en sus largas pestañas negras.

—¿Qué he de querer? ¡Que hables!

—¡Pero si tú misma me has dicho que calle!

—¡Me desespera tu modo de entender las cosas!—gritó Sofía exasperada.—¡Te haces la tonta á las mil maravillas cuando te conviene!

—¡Yo me hago la tonta!

—¡Sí, sí, tú! Demasiado sabes que lo que me incomoda, lo que no puedo sufrir, es que me des consejos acerca de mi ociosidad, de mi amor al lujo; ¡pero puedes hablarme de otras cosas!

—¿De qué quieres que te hable?

—¡De otros mil asuntos! Vamos á ver: ¿no reparaste anoche en el Teatro Real cuánto me miraba el Marquesito del Fresno?

—No—respondió Ana con indiferencia,—no lo reparé: estaba admirando la obra y á los artistas.

—¡Como siempre! ¡Pareces una labriega!

—¿Y qué remedio?—respondió Ana con una dulce sonrisa;—ya sabes que voy poco al teatro, y cuando asisto á él nada puede distraer mi atención del espectáculo: no obstante, ví una cosa.

—¡Es extraño!—dijo Sofía irónicamente.—¿Y qué fué lo que viste?

—Que tu primo te miraba con tristeza.

—¡No me hables de él!—repuso la joven con una expresión muy pronunciada de ira y de hastío:—ya le ví, é hice por olvidar que se hallaba en el teatro y que su butaca estaba enfrente de nuestro palco. ¡Hombre más insoportable!

—No sé, en verdad, por qué le profesas tan violenta antipatía: es un joven estudioso y próximo á concluir su carrera con brillantez.

—¡Gran carrera! Después de terminada, será un abogadillo.

—¡Te ama!

—Yo no le puedo sufrir.

—Y sabes que tu padre deseaba que te casaras con él, siendo aún muy niña.

—Lo sé porque lo he oído decir; sin embargo, sé que mamá me ha asegurado muchas veces que nada, gracias á Dios, nada dejó mandado relativo á eso.

—Sin embargo, prima mía, yo creo que con él vivirías muy feliz: no es rico, es verdad; pero, en cambio, tú lo eres por los dos.

—¡Hablas como una necia!—gritó Sofía volviendo á la ira, según le sucedía cada vez que le contrariaban en su gusto ó en las locas exigencias de su vanidad.—Tú—continuó con acritud,—tú puedes pensar así porque eres pobre; pero yo no: ¡deseo ser Marquesa, y lo seré, porque mamá lo desea también!

—Pero si ese Marqués del Fresno es, además de calavera, un mentecato. Todos se ríen de él.

—Pero es Marqués.

—¿Y esto basta para ser dichosa?

—¡Quién lo duda!

—Prima mía—dijo Ana con tristeza,—aunque no es mucha, tengo más edad que tú, y he sido amaestrada en la escuela de la desgracia, lo cual madura el entendimiento: así, pues, creo que sin equivocarme puedo asegurarte una cosa.

—Y... ¿qué es?

—Que serías dichosa con tu primo, y que el

Marquesito quizá quiere sólo divertirse con tu credulidad.

—Yo pienso lo contrario—dijo Sofía:—pienso que me ama de veras y con todo su corazón. Veremos quién se equivoca.

La joven fué interrumpida por la llegada de su madre, gruesa y corpulenta señora, joven aún, y que hubiera sido bella á no impedirlo su extrema obesidad.

Acercóse á su sobrina, y miró su labor con cierto ceño; luego, alzando sus brillantes ojos hasta el plácido rostro de Ana, exclamó con acritud:

—¡Cómo! ¿Todavía está esto tan atrasado?

La joven guardó silencio; pero Sofía, que á pesar de sus defectos tenía buen corazón, respondió:

—Mamá, ese punto de armas es muy costoso.

—¡Eso es! ¡Excusa á la señorita!—repuso la gruesa señora con aspereza.—Estos caracteres hipócritas es bien sabido que se vuelven cada vez peores con la dulzura y la condescendencia, y tú no usas otra cosa con tu prima. ¿No te he dicho mil veces que te calles cuando yo la reconvengo?

Sofía bajó la cabeza y no respondió nada.

Ana siguió bordando, después de haberse enjugado furtivamente otra lágrima.

—Vamos—prosiguió la madre de Sofía,—á vestir, niña; el carruaje está pronto, y quiero que tomes un poco el aire antes de que te pongas al tocador para ir al teatro. Tú, Ana, procura

aprovechar la velada, y adelanta ese bordado que ya estoy cansada de ver en tu bastidor.

Sofía envió á su prima una mirada de conmiseración, y salió seguida de su madre, que á su vez miró iracunda á la pobre niña, que no alzaba los ojos de su labor.

## II

No quiero pasar adelante en mi narración sin dar á conocer á mis lectoras algunos de sus principales personajes.

La señorita doña Estefanía Torroja, hija de un comerciante de paños bien acomodado, casó á los veinte años con un asentista rico, viejo y bastante grosero, gracias á su belleza y juventud, que halagaron la vanidad de aquél. Llamábase su marido Toribio Martín; pero ni tan prosáico nombre, ni tan plebeyo apellido, ni todas las malas cualidades de que estaba dotado, fueron bastantes motivos para desilusionar á Estefanía, que, ambiciosa, vana y soberbia como la que más, ansiaba ante todo ser rica, elegante y admirada.

Fué, pues, á los veinte años la señora de don Toribio Martín. Ella era rubia, blanca como un cisne: tenía un talle elegante, preciosos ojos azules, boca diminuta y purpurina, linda nariz y mano y pie de niña; él contaba cincuenta y ocho años: era pequeño, obeso hasta lo monstruoso, tuerto, arisco, gruñón y cojeaba un poco; pero Estefanía le miraba casi con delicia, y decía para sí:

—Es muy feo mi marido, pero tanto mejor: cuanto más feo sea, más me mimará, y tanto más bonita le pareceré yo.

Fuerza es decir, sin embargo, que se equivocó en sus cálculos: nadie ha sabido jamás si don Toribio hallaba bella á su esposa, aunque es de suponer que fuese así; mas lo que puede asegurarse es que no la mimaba nada absolutamente, y que todas las noches le daba el dinero contado para el gasto del día siguiente.

Estefanía, pues, sufrió mil privaciones, lo que agrió su carácter, que era ya de suyo bastante áspero; pero tuvo para consuelo cuatro hijos en los cinco primeros años de su matrimonio, y se resignó á cuidarlos en vez de ir de baile en baile y de asistir á los teatros, según había pensado al formar su odioso enlace.

Tres de sus hijos murieron, y sólo le quedó Sofía, que era la menor; su marido se vió súbitamente atacado de una paralisis, y todos los caudales de la casa vinieron á las lindas manos de la señora de Martín cuando ésta menos lo esperaba.

Por entonces recibió una carta de una hermana menor que ella, y la sola que tenía: le decía que acababa de enviudar, y que arruinado su esposo por algunas calaveradas de su juventud, se veía casi en la imposibilidad de dar pan á su única hija.

Ya he dicho que el carácter de Estefanía, áspero por naturaleza, se había hecho mucho más duro bajo la rígida dependencia de su marido;

pero cuando esta dependencia cesó por la enfermedad de aquél, lejos de suavizarse su índole, se petrificó su corazón, y, como todas las almas bajas, se propuso vengar en todos sus sufrimientos.

La carta de su hermana, en vez de conmoverla, la irritó, y Estefanía contestó con dureza, concluyendo con el párrafo siguiente:

«En fin, hermana mía, tú te casaste con un joven pobre, pero gallardo: hiciste tu gusto, lo que hallo muy en orden; yo me casé con un hombre muy feo y que podía ser mi padre, pero opulento: también hice mi gusto; pero ahora cada una debe sufrir las consecuencias de lo que hizo. Yo estoy rica, tú pobre: paciencia, y cásate así que puedas con un viejo feo y rico, lo que te será fácil, porque debes ser aún muy linda.»

Doña Estefanía Torroja de Martín no volvió á pensar más en su hermana, después de escrita esta inhumana carta; un año más tarde supo, por un antiguo conocido de su padre, que había muerto de una calentura maligna, y que su pequeña hija Ana, por amor á la cual no había querido volver á casarse, estaba desde su orfandad en poder de una parienta lejana de su padre.

Así pasaron algunos años: durante ellos, el pobre don Toribio murió, dejando á su esposa inmensas riquezas, que ella era tan capaz de lucir como de hacer prosperar.

En efecto: doña Estefanía desplegó una sorprendente actividad. Compró, vendió, realizó, hizo

mejoras en las fincas adquiridas, y puso, en fin, en circulación y á ganancia las enormes sumas que su avaro esposo tenía empaquetadas desde hacía mucho tiempo.

Aquel gran capital produjo crecidos intereses. Doña Estefanía prestó fianzas y prestó también dinero en grandes y pequeñas sumas, por supuesto con un interés bastante crecido, y con hipotecas sobre bienes libres de carga alguna.

Pronto el nombre de la viuda de Martín corrió por Madrid, rodeado de la aureola de una envidiable riqueza; pero aquella aureola no fué bastante á proporcionar á doña Estefanía lo que más deseaba en el mundo: entrar en los círculos aristocráticos de la corte. Cuando paseaba por la Castellana, acompañada de su preciosa hija y recostada en los mullidos almohadones de su carruaje, se preguntaban algunas gentes:

—¿Quién es esa señora tan lujosa?

—La viuda de Martín,—contestaban las personas que había cerca de los que interrogaban.

—¡Yo creía que era alguna Duquesa!

—¡Una Duquesa con ese traje! ¿Con ese vestido color de rosa, ese sombrero azul y esas plumas blancas? ¿Qué Duquesa viste así? Allí va la de N... con traje negro y sombrero blanco con lilas: ¡vea usted qué diferencia!

—¡Es verdad!

—¡Esa es la viuda de un agiotista, de un hombre que se enriqueció como Dios sabe!

Esta suposición era aventurada cuando menos. Don Toribio era avaro, pero probo, y sus cenizas pagaban la pena de la soberbia y vanidad de su mujer.

Aquella soberbia nada más consiguió que tan amargo fruto: ninguna casa se le abrió, y se le cerraron no pocas á causa de las habladurías de la gente que envidiaba sus trenes, sus carruajes y sus joyas.

Un día, al llegar á su casa de vuelta de paseo, se halló, esperándola, á un anciano de aspecto pobre y severo; doña Estefanía le miró con una ojeada desdeñosa, y se volvió á su camarera, que en pos de ella cruzaba la antesala, diciéndole:

—Da una limosna á ese pobre y que se retire.

—No vengo á buscar limosna—dijo el anciano con altivez.—Vengo á decir á usted que la persona encargada de su sobrina acaba de morir, y que la niña va á ser conducida mañana por la mañana al hospicio.

—Está bien. ¡Retírese usted!—gritó furiosa la viuda de Martín.

Cuando llegó á su cuarto, se dejó caer en un sillón, roja como la grana: se sofocaba; su doncella, al mismo tiempo que cortaba las cintas de su corsé, procuraba tranquilizarla.

—Calla—le dijo doña Estefanía;—calla, porque no hay más que un solo medio para que yo pueda tapar las bocas de los maldicientes y envidiosos, esto es, que vayas al instante á buscar á

esa niña: ya debe tener catorce años... uno más que mi hija; tráetela, y sacaremos de ella la mayor utilidad posible.

Esta palabra *utilidad* quería decir: «Haremos que cosa, borde y sirva á Sofía, sin darle descanso ni un instante.»

La camarera partió, en efecto, y volvió con la pobre Ana, que estaba flaca y miserablemente vestida.

Era invierno y tiritaba de frío bajo un vestido de indiana, descolorido por el uso; su pobre calzadillo estaba roto; un pañuelo de lana viejo y recosido se cruzaba sobre su débil pecho, enflaquecido por la enfermedad y las privaciones; pero, á través de tan dolorosa miseria, había en aquella niña algo de puro, noble y tierno.

Su carita, morena y pálida, tan triste y tan dulce á la vez, estaba lavada con esmero; su boca, algo marchita, dejaba ver unos dientecitos como perlas; su cabello castaño estaba alisado y bajaba en dos espesas trenzas á lo largo de su espalda: la vista de aquella niña conmovía el alma y cautivaba el corazón.

Nada de esto le sucedió, sin embargo, á la viuda de Martín. Miró á su sobrina con ceño y murmuró:

—¡Vaya un presente que me hace la suerte! ¡y es más fea la chiquilla que el pecado mortal! ¡Qué diferencia con mi Sofía! ¡Pero tanto mejor: parecerá una camarerita suya, y nos daremos tono!

Puede suponerse, con tal recibimiento, cuál sería el porvenir que se preparaba á la desgraciada niña; éste se descubrió muy pronto para ella misma: las doncellas fueron pasando una á una, y mirándola con indolente desdén; luego fué llamada su prima, y doña Estefanía le dijo:

—Hija mía, esta pobre chica viene hoy á casa, recogida por caridad: mándale cuanto quieras, pues tiene la obligación de obedecerte.

—¿Quién es?—preguntó Sofía, mirándola con una ojeada despreciativa.

—Soy tu prima, — respondió Ana con mucha suavidad, pero con acento digno y noble.

—¡Mi prima! ¡Tú mi prima!—murmuró Sofía llena de admiración.—¿Es esto cierto, mamá?

—Sí—respondió la señora de Martín, que no se atrevió á negarlo:—es hija de mi hermana; pero nadie lo diría al verla tan fea, porque su madre era muy bonita.

Dicho esto, tomó á su hija de la mano y salió con ella de la habitación.

Las criadas de la casa prepararon para Ana una habitación, según su antojo, en un cuartito muy reducido que había en un pasillo, y que estaba alumbrado por una estrecha ventana; sin embargo, la pobre niña, acostumbrada á vivir en el camaranchón de una vieja vecina, que hacía alcoba y cocina de la misma habitación, halló aquel humilde asilo bonito, alegre y agradable: tenía en él una limpia camita, cubierta con una

cortina blanca; una mesita de pino, pintada de verde; dos sillas y un baúl viejo que le había regalado una camarera joven y linda, de las tres que estaban al servicio de doña Estefanía y de su hija.

Esta camarera era una muchacha que contaba diez y ocho años, y á la que se había bautizado, desde muy pequeña, con el nombre de *Flor de Oro*, por tener una admirable cabellera rubia: peinada con la exquisita gracia que ella poseía, su cabeza parecía, en efecto, una dorada flor.

## III

La viuda de Martín quería á aquella joven, porque bordaba con tal perfección y tan raro primor, que sus gorros de mañana y sus juegos de cuellos y mangas llamaban la atención de cuantos los veían.

Además, era sobria como un pájaro, primorosa como un hada; de sus blancos dedos brotaban los encajes y las flores de un modo mágico; trabajaba mucho y bien, y lejos de desear los domingos y fiestas para salir á paseo con sus compañeras, jamás faltaba de casa, y se pasaba las tardes leyendo y á la disposición de la señora y de la señorita, quienes, por cierto, no la dejaban mucho reposo.

Por estas razones, su servicio convenía mucho á doña Estefanía, que, conociendo el gusto delicado de la bella joven, la empleaba sólo en bordar ó hacer flores para sus adornos de cabeza y los de Sofía.

La pobre Ana fué tratada muy mal por los criados en los primeros días de su estancia en casa de su tía; ninguna de las camareras se cui-

daba de entrar á arreglar su cuartito, ni de mullir su lecho, ni de cambiar el agua de su palangana; pero había en aquella niña un admirable instinto de delicadeza y un talento tan grande, que le hacían obrar siempre del modo más digno y más conveniente.

No dirigió á las criadas una sola reconvención: madrugaba y arreglaba su habitacioncita, que siempre resplandecía de limpieza; luego peinaba sus hermosos cabellos castaños, y se vestía con todo el primor posible para cuando su tía y su prima se levantasen, lo que verificaban siempre muy tarde.

Y no se crea que el equipaje de Ana fuese muy rico, ni que estuviese surtido con abundancia: todo su ajuar se reducía á dos trajes, uno de lana de bajo precio, y otro de seda que ya había desechado su prima.

A su humildad iba unida una dignidad llena de nobleza. No contentas las criadas de la casa con desatender completamente su servicio, quisieron rebajarla hasta el punto de encargarle el desempeño de alguna de sus obligaciones.

Un día estaba planchando una de ellas, y Ana cosía cerca de la ventana.

La camarera quería ir á otra habitación, y dijo á Ana:

—Señorita, hágame usted el favor de planchar este cuello de encaje de la señorita Sofía: así irá usted aprendiendo.

—Me es imposible—respondió Ana sin ira, pero con gravedad:—he de acabar pronto este bordado.

De esta suerte echó abajo todos los proyectos de humillación de los criados; porque es sabido que éstos son siempre imitadores, no de las buenas prendas, sino de los defectos de sus amos, y que lo que éstos tienen en poco, procuran ellos abatirlo por todos los medios posibles.

La señora de Martín no podía tener en menos á su sobrina: pocas veces la llamaba á su lado; hallándola bastante instruída en la costura y bordado, la dedicó á un trabajo asiduo, y la pobre niña pasaba los días y las noches sola en su cuarto ó en el comedor, recordando á su buena y cariñosa madre y llorando con lágrimas amargas su orfandad y su abandono.

Tantos pesares no habían podido, sin embargo, alterar la suave índole de Ana: jamás la ira entró en su corazón; jamás se quejó de su suerte, y se limitaba á guardar silencio cuando su tía la reconvenía duramente y sin motivo alguno.

Un joven Marqués apareció prendado de pronto de la belleza de Sofía, y quizá más aún de su dote, que era muy pingüe. Nada puede compararse á la alegría de la viuda de Martín, al observar las miradas del Marqués: esperó impaciente á que le presentaran en su casa; pero el joven no parecía muy dispuesto á ello, quizá á causa de la

oposición de su madre, que manifestó desde luego gran repugnancia á semejante alianza, á pesar de lo vacío de su cerebro.

En tanto un primo de Sofía, hijo de una hermana de su padre, acabó su carrera en Madrid. La belleza de la joven le encantaba, y era tal su admiración, que excusaba todos sus defectos, achacándolos á la mala educación que recibía de su madre.

Pero Sofía no podía sufrirle: deslumbrada por las miradas del Marqués, cuando pasaba á caballo cerca de su coche en la Fuente Castellana, ó cuando la veía en el teatro, su primo le repugnaba, le parecía ordinario, y era sólo grave y natural: prosáico, porque no era fatuo; pobre, porque vivía con la modestia de una posición no brillante, pero sí decente.

Sin embargo, Luis era un modelo de probidad, de honradez y distinción; no de esa distinción ridícula y pedantesca, sino de la distinción digna y noble del hombre honrado y que ha recibido buena educación.

Tenía veinticuatro años, y vivía con su anciana madre, que adoraba en él y de quien era el único sostén.

Luis apenas conocía á Ana: aquella pobre joven, siempre relegada al interior de la casa, siempre sujeta á un trabajo asiduo y penoso, no tomaba parte ninguna en las diversiones de doña Estefanía y de su hija.

Sin embargo, ésta le amaba porque su corazón era bueno; pero la soberbia natural de su carácter, desarrollada hasta un punto increíble por su educación y por el ejemplo de su madre, ahogaban en ella todos sus buenos instintos.

## IV

Algunos días después del en que empieza esta historia, Ana, sola en la sala de labor con Flor de Oro, terminaba un bordado, que era un pañuelo de gran mérito, para su tía. Flor de Oro acababa una linda corona de rosas, que Sofía debía lucir aquella noche en su palco.

Las dos jóvenes formaban un cuadro encantador.

Flor de Oro llevaba un traje de lana muy sencillo, pero hecho por su mano con mucha gracia; sus cabellos rubios estaban peinados en gruesas trenzas, y recogidos por medio de una flecha de plata.

Ana estaba peor vestida: nadie había echado de ver que llevaba hacía un año el mismo pobre trajecillo gris, y que toda su habilidad para componerse se estrellaba en los estragos del tiempo.

Aquella desdichada criatura estaba en una posición mucho más triste que la alegre y joven camarera que trabajaba á su lado. Flor de Oro no era mortificada por nadie: era necesaria, y esto bastaba para que la considerase bastante la dura y egoísta doña Estefanía.

Ana estaba allí de más; ninguna falta hacía, y su pan y el vestido de desecho que le daban se consideraban como una limosna.

Flor de Oro era alegre y bonita; Ana era triste, y su gracia pensativa sólo podía ser agradable para las almas buenas.

Las dos jóvenes hablaban cordialmente; eran amigas, porque en el aislamiento de Ana no había más rayos de luz que el que despedía la dulce mirada de Flor de Oro.

Sin embargo, la florista y bordadora de doña Estefanía llamaba señorita á la pobre huérfana; ésta le hablaba de tú y la llamaba con su lindo apodo.

—Con que—decía Ana,—¿tú siempre has sido dichosa, Flor de Oro?

—Siempre, señorita—respondió.—Viven mis padres en el fondo de su provincia contentos con su suerte, porque tienen el pan preciso; mi hermano, el mayor, les ayuda con su trabajo de grabador en madera; yo les envío de cuando en cuando algún dinerito; los veranos, cuando las señoras se van á los baños, me dan dos meses de licencia, que paso con mi familia: entonces les llevo mis ahorros, y, en cambio, mi buena madre me guarda ropa blanca, medias finas hechas por ella, y algunas veces unos pendientes ó una cruz de oro.

—¿Y cómo conociste á mi tía?

—La señora fué á pasar una temporada al pueblo donde reside mi familia. Una mañana

llevé á la señorita un ramo de flores de nuestro huertecillo; la señora me dió una moneda de plata, que yo no quise admitir; me hizo varias preguntas, y luego me dijo:—Vuelve mañana con tu madre.—Así lo hicimos, y la señora preguntó:—¿Qué sabe hacer Flor de Oro?—Ya sabía que me llamaban así en el pueblo—añadió la joven á modo de paréntesis.—Mi madre le dijo que bordaba muy bien, y que deseaba que me examinase de maestra, aunque sólo contaba diez y seis años. —Para eso ha de tener veintiún años—respondió la señora:—si usted quiere que se venga conmigo, durante estos cinco años acabará de perfeccionarse en sus habilidades; no estará como doncella, sino como una joven á la que protegeré yo y por la cual miraré como cosa mía.—Mi madre convino en ello, y me vine con las señoras: ya hace dos años que estoy aquí, y á la señorita la quiero con toda mi alma; cuando tenga tres años más, seré maestra de mi pueblo ó de algún otro cercano.

—¡Dichosa tú!—murmuró Ana, diciéndose, en su dolorosa tristeza, que ella también admitiría como suyo tan riente porvenir;—¡dichosa tú, que vivirás al lado de tus padres, á los que siempre podrás ayudar y de cuya compañía disfrutarás siempre!

—¡Oh, sí!—respondió Flor de Oro;—y si pudiera ser elegida maestra de la capital, mi felicidad sería completa; pero usted, señorita, ¿qué piensa hacer?

—¿Lo sé yo por ventura?—respondió la joven con profundo y amargo desaliento:—sólo quiero pensar en el día de hoy, porque el de mañana me aterra.

—Señorita—exclamó Flor de Oro como herida de una idea repentina,—¿sabe usted que don Luis me ha preguntado quién era usted?

—¿Cuándo?—interrogó Ana.

—Ayer pasaba por el recibimiento; estaba usted leyendo en sù cuarto, con la puerta entreabierta, y él miró casualmente; yo estaba allí limpiando el sombrero de terciopelo de la señorita; entonces él se volvió y me dijo:

—¿Quién es esa joven?

—La señorita Ana—respondí yo;—la sobrina de la señora.

—¡Cómo! ¿esa joven de quien se dice que está siempre encerrada en casa?

—Sí, señor.

—¡Pues mi tía dice que es muy fea y muy arisca, y que no sale porque ella no quiere!

—¡Eso no es verdad!—dije yo sin poderme contener:—no sale, porque su tía no se lo permite.

—¡Y es bonita, lindísima! ¡y su cara no indica mal carácter!

—¡Si es la misma dulzura! ¡un ángel! Tan cierto es que tiene mal genio, como que no quiere salir.

—¡Oh, Dios mío! ¡por qué has dicho todo eso! ¡Si lo llega á saber mi tía!

La joven fué interrumpida por un golpecito que sonó á la puerta. Flor de Oro fué á abrir, y un gallardo joven apareció en el umbral. Era Luis.

—¿Y mi tía?—preguntó, después de saludar á Ana con una inclinación de cabeza.

—Ha salido con la señorita,—respondió Flor de Oro, con voz trémula y las mejillas encarnadas de rubor.

—Lo siento—repuso el joven,—porque venía á despedirme.

—¡Cómo!—exclamó Flor de Oro,—¿se va usted, señorito?—Y las rosas de sus mejillas se trocaron en pálidos jazmines.

—Sí—respondió Luis:—he sido nombrado Fiscal de la Audiencia de T... y me marcho mañana.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la joven,—¡cuánto le envidio á usted el ir cerca de mis padres! El pueblo en que residen dista sólo dos leguas de esa ciudad.

En aquel instante se oyó la campanilla del portero y el ruido de un carruaje que entraba en el patio.

—Ya están ahí las señoras,—dijo Flor de Oro, corriendo á abrir la puerta de la escalera para disimular su emoción.

Luis quedó sentado enfrente de Ana, que no levantaba la vista de su bordado; el joven miraba con una conmiseración profunda aquel dulce rostro, señalado por los padecimientos, y se preguntaba si

no valía más, para hacer dichoso á un hombre, aquella amable y resignada criatura, que su brillante y desdeñosa prima, de la que estaba tan ciegamente enamorado.

La áspera voz de doña Estefanía interrumpió sus pensamientos: la buena señora, que detestaba á su sobrino, y que deseaba á toda costa que suprimiese sus visitas, creyó que no podía hallar mejor ocasión para deshacerse de él, y empezó á reconvenirle duramente.

—¡Me gusta!—gritó;—¿con que usted, señor sobrino, se aprovecha de mi ausencia para venir á gastar el tiempo con esta tontuela, que sólo sirve para incomodarme? ¡Pero yo sabré poner remedio!—añadió, sentándose, sofocada por la ira.—¡Usted, señorita hipócrita, saldrá hoy mismo de mi casa para que no vuelva á dar mal ejemplo á mi hija; y usted, señor sobrino, no volverá á poner los pies aquí!

Luis y Ana oyeron la formidable sentencia de muy distinto modo: en los labios del joven se dibujó una sonrisa burlona; pero la desgraciada huérfana volvió hacia su tía su rostro bañado en lágrimas.

—¡Perdón, tía mía!—exclamó;—¡yo no sabía que te enojaba estándome aquí! ¿A dónde iré si tú me desamparas?

—¡A servir!—respondió doña Estefanía con enojo:—¡los pobres no tienen otro recurso!

—Señora—dijo Flor de Oro, adelantándose

con nobleza,—la señorita Ana tiene otro recurso: yo le ofrezco por asilo la casa de mis padres.

—¿Qué dice esta insolente?—gritó doña Estefanía en el colmo de su cólera, y en tanto que su sobrina se arrojaba en brazos de la generosa joven.

—Digo, señora — repuso, —que mañana, al amanecer, la señorita Ana y yo saldremos de esta casa y nos iremos á la de mis padres.

—No podías recompensarme de un modo mejor lo que he hecho por tí, que quitándome de delante el ente de mi sobrina—replicó la viuda de Martín con despecho.— Pero vamos, niña, y dejemos estos misterios, que se pasa la hora del teatro.

Al decir estas palabras, tomó del brazo á Sofía y salió con ella de la estancia.

## V

Un mes más tarde, un pintor que hubiera pasado por una solitaria calle del pueblecillo D.... hubiera quedado extático ante un cuadro verdaderamente encantador.

A la puerta de una casa que entoldaba una frondosa parra, se veían sentadas dos jóvenes que parecían saludar á las primeras brisas de la primavera.

Tenía la de más edad, que era rubia y fresca, la belleza de un hada.

La menor, que era algo lánguida, con grandes y dulces ojos negros, la gracia de una musa.

Aquélla era Flor de Oro.

Ésta, Ana; pero no aquella Ana pálida, casi demacrada y triste que habéis conocido, mis queridas lectoras, en casa de la arisca y dominante viuda de Martín: un leve sonrosado se extendía por sus mejillas, que ya ostentaban la fresca y satinada redondez de sus diez y seis años; sus ojos brillaban con la plácida luz de la salud y del contento; sus cabellos castaños guarnecían su frente con una gracia infinita; llevaba un traje de modesto percal, pero cortado con graciosa ampli-

tud, y sobre el cerrado escote volvía un cuellecito liso y blanco como la nieve.

Delante de ella había una mesita de pino blanco, y sobre ésta un jarro de loza que contenía un ramillete de flores de los campos y muchos útiles de fabricarlas artificialmente.

En efecto: Ana estaba haciendo una corona imitando aquellas flores que debía lucir la Virgen, patrona del pueblo. Flor de Oro, sentada en una silla baja de anea, en todo igual á la que ocupaba su amiga, bordaba una falda de bautismo de gran riqueza y exquisita batista. Como se ve, ambas habían continuado su respectiva ocupación: la una había sido la maestra de la otra, trocando enteramente el aprendizaje y la dirección.

Vestían iguales, y no había en ellas otra diferencia que la que les imprimía su distinta belleza y la de ser Flor de Oro más alta que Ana.

La rubia hija de la aldea no llamaba señorita á la sobrina de su antigua señora. Ana había exigido que suprimiese este dictado respetuoso, y que, supuesto que era su hermana de corazón, lo fuese también de confianza.

Enfrente de las jóvenes había sentados dos ancianos de blancas cabelleras y apacibles rostros: eran los padres de Flor de Oro, cuyas nevadas cabezas se asemejaban á dos flores de plata.

El padre estaba encorvado, fruto de largos años de trabajo duro y asiduo: sólo la madre tierra hubiera podido decir las gotas que habían caído en

su seno de la frente del viejo labrador, y lo que aquel sudor había fructificado; á su lado había un grueso bastón: era el báculo del patriarca.

Su mujer era pequeña, gruesa y rosada: aún brillaba en su frente la grata inocencia de la esposa casta, sumisa y tiernamente devota, tipo bello y sublime que hallamos á cada paso en las aldeas de nuestra amada España. Aquella buena anciana, ora miraba al cielo, ora á su esposo: cuando alzaba los ojos al primero, su mirada expresaba la alegría, como si allí viese su patria; cuando los fijaba en el segundo, sus pupilas, que el tiempo no había podido empañar, expresaban una dicha íntima y severa, que parecía decir: «ni en vida ni en muerte nos separaremos.»

¡Dulce y santo lazo del matrimonio! ¿y hay quien pueda renegar de tí y culparte de los dramas que se desenvuelven en el seno de las familias? Los lazos que se tienen por más gratos y durables, sólo son un remedo tuyo, y no hay alianza más fuerte y más santa que la que está formada á un tiempo mismo por los lazos del amor y del deber.

Aquella apacible anciana era la que había puesto á su hija el poético sobrenombre de *Flor de Oro*. El nombre de la niña y el de la madre era María; pero no hay alma de madre que no atesore algo de poesía, y había mucha en la de aquella mujer, nacida, criada y envejecida en la apacible soledad de los campos.

En aquella bella tarde de Marzo hilaba un copo de nevado y suave lino, y de cuando en cuando el huso se escapaba de su mano, envidioso de la delicia con que miraba á las jóvenes.

—Hijas—dijo el anciano,—¿cuándo dejáis la labor? Ya sube el sol á lo más alto de la copa del álamo grande.

—Yo, padre, quiero acabar esta flor,—contestó Flor de Oro, mostrando su bordado.

—Yo, concluir de armar este grupo,—añadió Ana.

—Es que ya pronto vendrá don Luis,—dijo á su vez la anciana María.

Al oir aquel nombre, las mejillas de Flor de Oro se volvieron de carmín. Ana permaneció tranquila.

—Y además, pronto llegará también Lorenzo, —añadió el padre.

Al escuchar aquellas palabras, Ana fué la que se puso como una amapola, y su amiga la que permaneció serena.

—¡Pobre hijo mío!—exclamó la anciana María, llevando una mano á los ojos para enjugar una dulce lágrima;—jamás podremos pagarle lo que hace por nosotros. ¡Ganar treinta reales diarios y dármelos intactos! ¡ir cada día dos leguas de camino á trabajar á la ciudad sólo porque nosotros no queremos dejar nuestra aldea! ¡Ah! ¡No hay hijo como nuestro Lorenzo!

—Eso es cierto—afirmó el padre, como si su

voto fuese muy imparcial:—ni mejor hijo ni más hábil y primoroso grabador en maderas. ¡Qué magníficas láminas hace! ¡Las últimas que trajo estampadas ya en papel, para que las viéramos, son divinas!

—¡Dígalo quien las guarda!—murmuró Flor de Oro, mirando á su amiga con una risita maligna.

La confusión de Ana llegó eutonces á su colmo.

—Según ha dicho—continuó Flor de Oro,—el dueño del taller le va á dedicar solamente á que haga láminas para mandarlas encajonadas á Madrid: entonces podrá trabajar en casa y á nuestro lado.

En aquel instante se oyó el trote de un caballo.

—¡Ya está aquí don Luis!—dijo la anciana, en tanto que su hija se levantaba por un movimiento maquinal y casi convulsivo.

Un instante después apareció, en efecto, el sobrino de doña Estefanía, que se apeó delante de la puerta de la cabaña.

Era el mismo joven gallardo y elegante, de fisonomía simpática y honrada que hemos conocido. Aquella tarde llevaba reflejada en su sembante la gravedad de un pensamiento que le ocupaba exclusivamente.

Sentóse cerca de la honrada familia; miró á Ana con una emoción profunda, y luego dijo dirigiéndose al anciano:

—Señor Lorenzo, vengo á pedir á usted la mano de su pupila, la señorita Ana.

Palideció el labrador, y miró casi con espanto al que le interpelaba, huyéndose también el color de rosa que tenía el plácido semblante de la señora María.

Pero nadie experimentó la conmoción que Flor de Oro. Pálida también y palpitante, clavó una mirada de extravío en el dulce rostro de su amiga, esperando su primera palabra.

Siguió á la demanda un instante de silencio, que pareció un siglo á los padres y á la hija.

—Yo no tengo ningún derecho sobre esta joven, señor don Luis—contestó el señor Lorenzo;—ella debe responder á usted.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento tembloroso. Ana paseó una mirada de ternura sobre los dos viejos, que cayó después sobre su amiga, y respondió luego con acento dulce y firme:

—Señor don Luis, puesto que mi padre, porque siempre miraré como á tal á mi bienhechor, me deja árbitra de mi suerte, debo decir á usted que, aunque agradezco mucho el honor que usted me hace, no puedo aceptarle.

Tres gritos se escaparon de tres corazones al oir aquella respuesta; pero el de Flor de Oro fué tan penetrante, que vibró hondamente en el alma de Luis, haciéndole fijar los ojos en la joven.

Ana prosiguió:

—Amo á otro, y es un obstáculo insuperable para que yo me una con usted, porque no podría ser dichosa ni darle la felicidad.

—Doy á usted las gracias por esa franqueza, señorita,—dijo Luis tras algunos instantes de silencio; y levantándose, añadió:

—Adiós, y el cielo quiera hacer á usted venturosa con el hombre á quien ama. Si algún día puedo volver como amigo á este hogar, lo haré, porque he pasado en él muy felices horas.

Estrechó, dichas estas palabras, la mano del anciano; saludó con la cabeza á la anciana y á las jóvenes, y, volviendo á montar á caballo, se alejó á paso lento y como preocupado por sus pensamientos.

## VI

Una hora más tarde se dejó oir el paso de otro caballo. Los tibios resplandores del crepúsculo habían sucedido á la claridad del día; en cada casa de la aldea brillaba una luz, y de cada chimenea blanca salía una columna de azulado humo. El que venía de la ciudad era otro joven de la edad de Luis poco más ó menos, de cara morena y expresiva, cabellos castaños y ojos negros.

Desmontó y entró en la humilde casita, de cuya puerta se habían retirado ya los dos ancianos y las dos niñas.

—Buenas noches, madre mía—dijo abrazando jovialmente á la anciana, que aún hilaba su copo; —buenas noches, padre. Hoy he trabajado mucho, muchísimo; pero es sábado, y ahí tenéis una onza de oro, el jornal de la semana.

Al decir esto, puso en la falda de la señora María un paquetito que contenía algunas monedas; luego dió una vuelta por la salita, amueblada con sillas de pino y una mesita que sostenía una imagen de la Virgen encerrada en una urna de cristales, y se detuvo al lado de Ana.

Flor de Oro iba y venía, poniendo la mesa para la cena de la familia.

Lorenzo se sentó al lado de la otra joven, que en aquel instante acababa de armar su corona para la Virgen, terminada ya.

—Señorita—le dijo con acento grave, pero un tanto trémulo,—hace ya días que deseo decir á usted una cosa, y no me atrevo... Veo, sin embargo, que nunca tendré más valor, y que lo mejor será que se la diga hoy delante de mis padres.

Los dos ancianos cambiaron entre sí una mirada de alegre inteligencia; pero guardaron silencio. Ana alzó hasta el franco y espacioso rostro de Lorenzo una tímida mirada, y balbuceó:

—No sé, en verdad... ¡ignoro lo que usted quiere decir!

—Son pocas palabras—repuso Lorenzo, que parecía haber tomado una resolución suprema;—he aquí lo que há largo tiempo deseaba decirle, y lo que le digo ahora:

—Señorita, yo la amo á usted; soy un hombre honrado, que puedo mantenerla, y me creo capaz de hacerla feliz. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Ana volvió á levantar su plácido rostro: brillaban en sus ojos la confianza y la alegría; alargó con noble franqueza su diestra á Lorenzo, y respondió con voz dulce y serena:

—Yo agradezco ese amor, y le pago con el mío: ésta es mi mano.

El joven besó con transporte aquella mano que

se le ofrecía; el señor Lorenzo se levantó dando palmadas de gozo, y gritó:

—¡Dentro de un mes la boda!

La señora María fué á abrazar á Ana, y le dijo al oído:

—Gracias, hija mía, y bendita seas, pues te debo la felicidad de mi hijo.

—¡Qué no debo yo á ustedes!—exclamó la joven devolviendo á la buena anciana sus caricias. — Pobre huérfana, abandonada de todos, ¿qué hubiera sido de mí, á no haber hallado amparo en mi querida hermana y en su familia? Además, que yo también amaba á Lorenzo, madre mía.

—¿Es eso cierto?

—Ya me oyó usted decir á don Luis que amaba á otro.

—Y ese otro, ¿era Lorenzo?

—¡Sí, madre mía! ¡El es el solo hombre á quien yo he amado!

Un sollozo contenido y sordo vino á mezclarse al acento de las dos mujeres: ambas se volvieron, y vieron llorando á Flor de Oro.

—¡Ay!—exclamó la buena María:—una de mis hijas es ya dichosa; ¡pero la otra!...

—La otra también será dichosa al fin, madre mía—repuso Ana.—Dios es bueno, justo y misericordioso, y ha dicho: los que lloran serán consolados.

## VII

Pasaron cuatro años. Durante este largo período se presentaron á Flor de Oro enlaces muy ventajosos; pero todos los rehusó con insistente firmeza.

Ana era ya madre de dos niños: tenía uno de tres años, y otro de dos, que llevaban los nombres de sus abuelos. Parecía que los patrones de aquella buena familia eran la Virgen y San Lorenzo.

Los dos ancianos habían envejecido poco. En el invierno de una vida apacible y consagrada al trabajo, hay pocas tempestades y parece reinar una serenidad inalterable; aquel viejo matrimonio renacía en sus hijos, y era feliz con su dicha.

Todos vivían en familia. Lorenzo ya no iba á trabajar á la ciudad, pues había entrado á la parte en las ganancias del que había sido su maestro, y enviaba su obra á Madrid en cajones, de donde se la encargaban los editores más acaudalados.

Flor de Oro era la que languidecía hacía cuatro años, los mismos cuatro años que hacía era su hermano tan dichoso.

Dos ó tres veces había aventurado algunas

frases acerca de su deseo de hacerse religiosa; pero había visto lágrimas en los ojos de sus padres, y un violento dolor en las facciones de Lorenzo; en cuanto á Ana, se había contentado con decirle al oído:

—Espera, que Dios ha dicho: ¡los que lloran serán consolados!

Una mañana el cartero del lugar trajo una carta para el señor Lorenzo, que se admiró mucho de aquel acontecimiento: desde que su hija había venido de Madrid, no había recibido carta alguna.

El grabador se encargó de leerla; decía así:

«Tres años he necesitado, mi querido señor, para olvidar á la que es hoy esposa de su hijo de usted; pero hace ya un año que estoy pensando cuán feliz sería al lado de una esposa dulce, modesta y bella, como lo es su hija María. ¿Podrá ella ser dichosa á mi lado? Pregúnteselo usted en mi nombre, y vea lo que á ella y á usted propongo.

»Proseguiré con mi despacho de abogado, abierto en esta ciudad; pero compraré en ese pueblo la casita que hay en venta al lado de la de ustedes, y haremos una sola de ésta y de su vecina; viviremos en familia, porque há seis meses que perdí á mi buena madre, y deseo la compañía de ustedes para mi mujer y para mí; yo vendré cada mañana á mi despacho, y por la tarde volveré á casa. Flor de Oro no se separará del lado de sus

padres. Consúltela usted sobre esto, y conteste á quien sabe que le estima mucho, y que desea de todo corazón poder llamarse su hijo.

*Luis.*»

Flor de Oro dejó escapar un grito de alegría, y se arrojó en los brazos de su madre al terminar Lorenzo la lectura de esta carta.

Cuando levantó la cabeza, todas las huellas de sus padecimientos morales habían desaparecido de su bello rostro, que resplandecía con la hermosura de un ángel.

—¡Escribe, hijo mío, escribe!—dijo el anciano.—Dile que venga... ¡que le necesitamos para ser del todo dichosos!

Lorenzo tomó una pluma, y escribió algunas palabras á Luis.

Dos días pasaron entre la alegría y la esperanza; en la mañana del tercero se oyó el paso de un caballo que se detuvo á la puerta de la casita.

De él bajó Luis. Los dos ancianos, Lorenzo y su esposa salieron á recibirle al umbral, y detrás de ellos, trémula y ruborosa, salió también Flor de Oro.

Luis estrechó la mano de Lorenzo y de su padre, y luego oprimió entre las suyas la de la anciana María; mas al fijar sus ojos en el semblante de Ana, palideció como un cadáver y bajó los ojos.

Flor de Oro, que no separaba de él los suyos, vió su terrible emoción: le pareció que dentro de su alma se rompía algún resorte necesario á la vida; alzó una mirada al cielo, y sus labios se movieron como si rezase, mientras corrían dos lágrimas por sus mejillas.

Luis entró en la salita con toda la familia.

—Mañana—dijo,—iremos á ver al señor cura para arreglar los días de las amonestaciones y el de nuestro casamiento.

—No—repuso Flor de Oro:—mañana iré á encerrarme para siempre en el convento del pueblo.

—¡Qué dices!—exclamaron los padres y los hermanos.

—¡Digo que no amo lo bastante á don Luis para ser su esposa, y que el solo esposo que me conviene es Dios!

La joven, dichas estas palabras, se levantó para retirarse; pasó por el lado de Luis, y le dijo en voz baja:

—¡El amor que usted creía muerto, estaba sólo dormido! ¡Huya usted de aquí para siempre! Respete el reposo de Ana y de mi hermano, y que sea yo la única víctima de mi desgraciada pasión.

—¿Qué ha dicho, don Luis? ¿qué ha dicho?—preguntó ansiosa la madre, luego que se hubo retirado.

—Que su única dicha consiste en ser religiosa;

no contraríen ustedes su vocación, y permitan me despida, porque vuelvo á marcharme.

En efecto: media hora después, el galope de su caballo dijo á Flor de Oro, que lloraba en su cuarto, que el hombre á quien había amado tanto se alejaba de allí para siempre, según su deseo.

## VIII

Algunos meses después, y en una helada mañana de invierno, un carruaje de camino se detuvo en la pequeña explanada que había delante de la casa del señor Lorenzo.

El coche traía una rueda rota; el postillón llamó y preguntó si había quien la compusiera en el pueblo, en tanto que bajaban unas señoras: la una joven y bella, y la otra de alguna edad y extraordinariamente obesa.

Lorenzo, que fué el que salió á contestar, dijo que en la villa inmediata había maestro de coches; que las señoras podían continuar su viaje en la diligencia que pasaba por allí á las doce, y hasta dicha hora tomar asiento y algún refrigerio en su casa.

Las dos damas aceptaron y entraron en la salita que ya conocemos; pero al salir á recibirlas Ana, que estaba cosiendo, dejó escapar estas dos exclamaciones:

—¡Tía mía! ¡Querida prima!

—¡Ah, ya! ¡Eres tú!—respondió con sequedad doña Estefanía:—estás hecha toda una labriega.

—¿Y á qué debo yo la dicha de veros por aquí? —preguntó Ana con dulzura, poniendo una cafetera á la alegre lumbre de la chimenea.

—Nos vamos á vivir á la ciudad de T....—repuso Sofía,—porque al fin me caso con mi primo Luis.

—¿Y dejas á Madrid?

—No hay más remedio. Los gastos que hizo mamá para ver si podía lograr mi boda con el Marqués, han sido tales, que ha quedado reducida á muy poco nuestra fortuna; y el ingrato acaba de casarse con otra, aunque nada debe importarme, porque era un necio.

—¿Y tú eres feliz?—preguntó doña Estefanía, sorbiendo una taza de humeante té con leche.

—¡Oh, sí! ¡muy feliz!—respondió Ana con entusiasmo.—¡Tengo un esposo que me ama, y tres hermosos hijos!

El postillón entró á decir que pasaba la diligencia.

Sofía abrazó á su prima, y la viuda de Martín se despidió friamente de su sobrina, subiendo después con su hija al carruaje público.

—¿Qué hay, hija mía?—preguntó la anciana María, que volvía con su marido de la iglesia del convento donde su hija se había encerrado hacía nueve meses.

—Hay, madre mía—respondió Ana,—que toda felicidad humana necesita víctimas; hay que Luis se casa con mi prima Sofía, y que la víctima ex-

piatoria de su dicha y de la mía es nuestra pobre Flor de Oro.

—¡No!—respondió con semblante alegre la venerable anciana.—Sor María es ya dichosa: la he visto hoy blanca y rosada como cuando era niña, y me ha dicho:—Madre mía, estoy contenta con haber abandonado el mundo por el cielo; ya soy feliz y estoy tranquila. Dios lo ha dicho: «Los que lloran serán consolados.» Sólo pido á ese Dios de bondad que, si os vais antes que yo, me reciba pronto allá arriba.—¡Ah!—prosiguió la anciana.—¡Los hombres! Ninguno de ellos, exceptuando mis dos Lorenzos, vale una hora de dolor de una mujer. ¡Pero ese ingrato que así ha olvidado el amor de mi hija, hallará en su casamiento el castigo que merece!

---

A fines del invierno, y en el término de dos días, murieron los dos ancianos en los brazos de Lorenzo y de Ana.

El último día de Mayo, el alma de Flor de Oro voló al cielo, estando ésta sentada en el jardín: subió á su patria suavemente, sin lucha y sin esfuerzo; sus padres la llamaban, y se reunió á los que habían sido su solo amor sobre la tierra.

Por la mañana se la había visto alegre, sonrosada, y después de recibir el Pan de la Eucaris-

tía, había cantado y reído con las jóvenes novicias.

Flor de Oro sólo podía vivir en los jardines de eterna luz.

¿Se cumplió la petición de la anciana María respecto á Luis?

No me atrevería yo á asegurar que no, porque el secreto de los corazones pertenece sólo á Dios.

Vosotras, lectoras mías, conoceréis este tipo del hombre frívolo y egoísta; del hombre que ama por capricho á la mujer que es imposible para él, y que no es capaz de hacer dichosa á ninguna.

Luis tiene muchos semejantes; á cada paso le hallaréis en el mundo. Es el hombre ambicioso, sombrío en su casa, detractor de todas las mujeres, adulador de los poderosos, que anhela ser diputado para llegar á una cartera, que no ríe por conservar su gravedad, que no reza con fervor, que no da limosna jamás.

Es el hombre todo apariencia, y nada en el fondo.

Es, en fin, el egoísta.

¡Feliz mil veces Flor de Oro, que huyó de él para volar al cielo!

FIN DE FLOR DE ORO

# INDICE

## ROSA


| | Páginas. |
|---|---|
| DEDICATORIA | 9 |
| I.—La calle de San Esteban | 13 |
| II.—Sorpresa y dolor | 23 |
| III.—Sacrificio | 29 |
| IV.—Luisa | 35 |
| V.—Una carta | 45 |
| VI.—Nobleza | 51 |
| VII.—Celos maternales | 61 |
| VIII.—Última esperanza perdida | 69 |
| IX.—Una mártir | 79 |
| X.—La muerte | 87 |
| XI.—La infancia de Rosa | 93 |
| XII.—La partida | 99 |
| XIII.—Un buen doctor | 107 |
| XIV.—La operación | 117 |
| XV.—Agonía | 121 |
| XVI.—Edmundo | 129 |
| XVII.—El perdón | 135 |
| XVIII.—Los contratos | 143 |
| XIX.—El casamiento | 151 |
| Epílogo | 159 |

## FLOR DE ORO

Páginas.

I..... 167
II..... 173
III..... 181
IV..... 187
V..... 195
VI..... 203
VII..... 207
VIII..... 213

**RETURN TO** → **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

| LOAN PERIOD 1 **HOME USE** | 2 | 3 |
|---|---|---|
| 4 | 5 | 6 |

**ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS**

**DUE AS STAMPED BELOW**

INTERLIBRARY LOAN
JUL 2 1 1988
UNIV. OF CALIF., BERK.

AUTO. DISC.
JUL 27 1990

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
FORM NO. DD6, 60m, 1/83 BERKELEY, CA 94720

U.C. BERKELEY LIBRARIES

YB 43781

C003325053

339901

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY